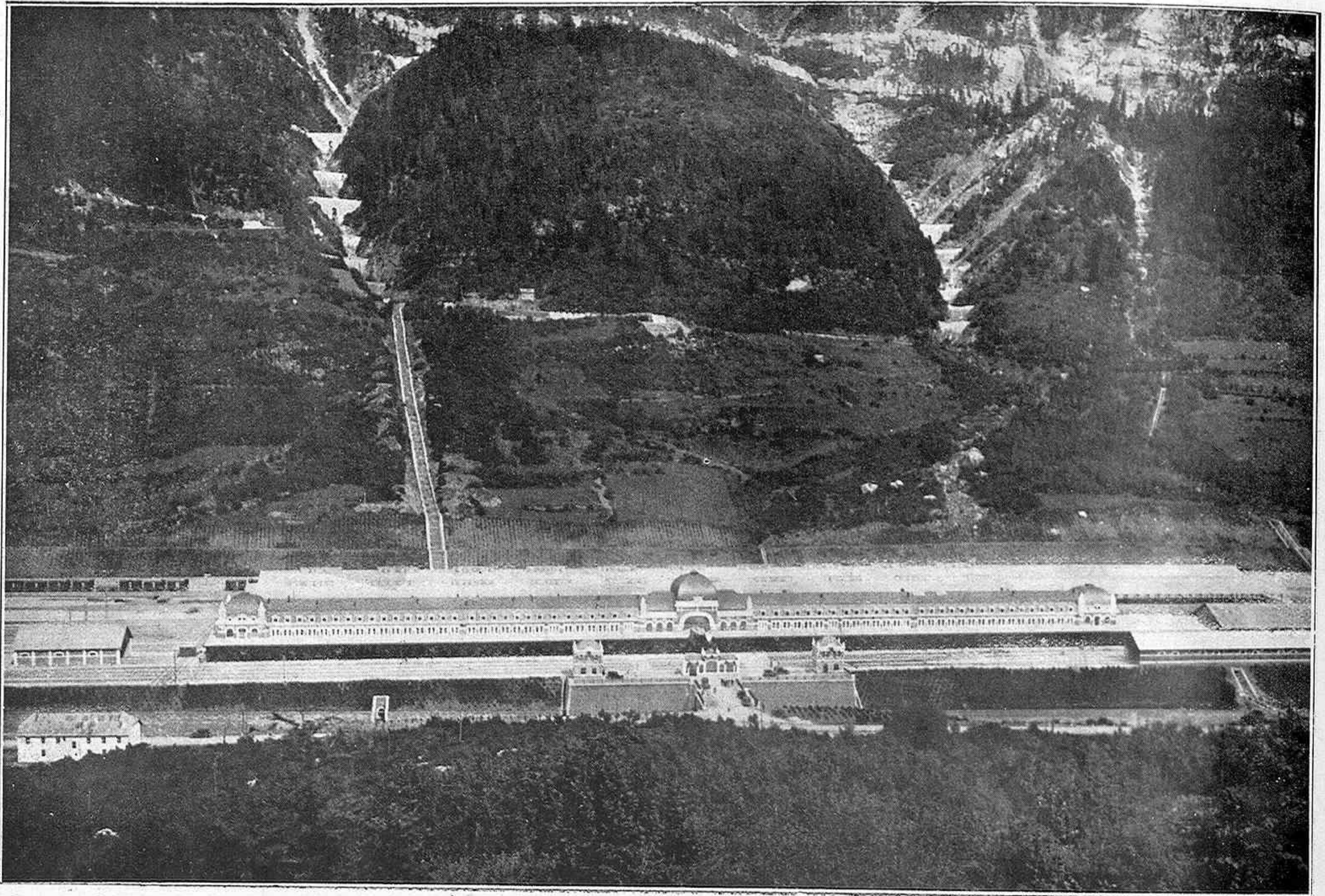


UNA OBRA TRANSCENDENTAL.—El túnel de Somport, maravillosa obra de ingeniería moderna, bajo cuya bóveda se han abrazado, en la representación de sus pueblos respectivos, el Rey de España y el Presidente de la República francesa. El acto de la inauguración de la magna obra ha constituido, en su grandiosa sencillez, un acto de fraternidad hispano-francesa, que ha puesto de relieve, una vez más, el mutuo afecto y estimación de los dos pueblos vecinos

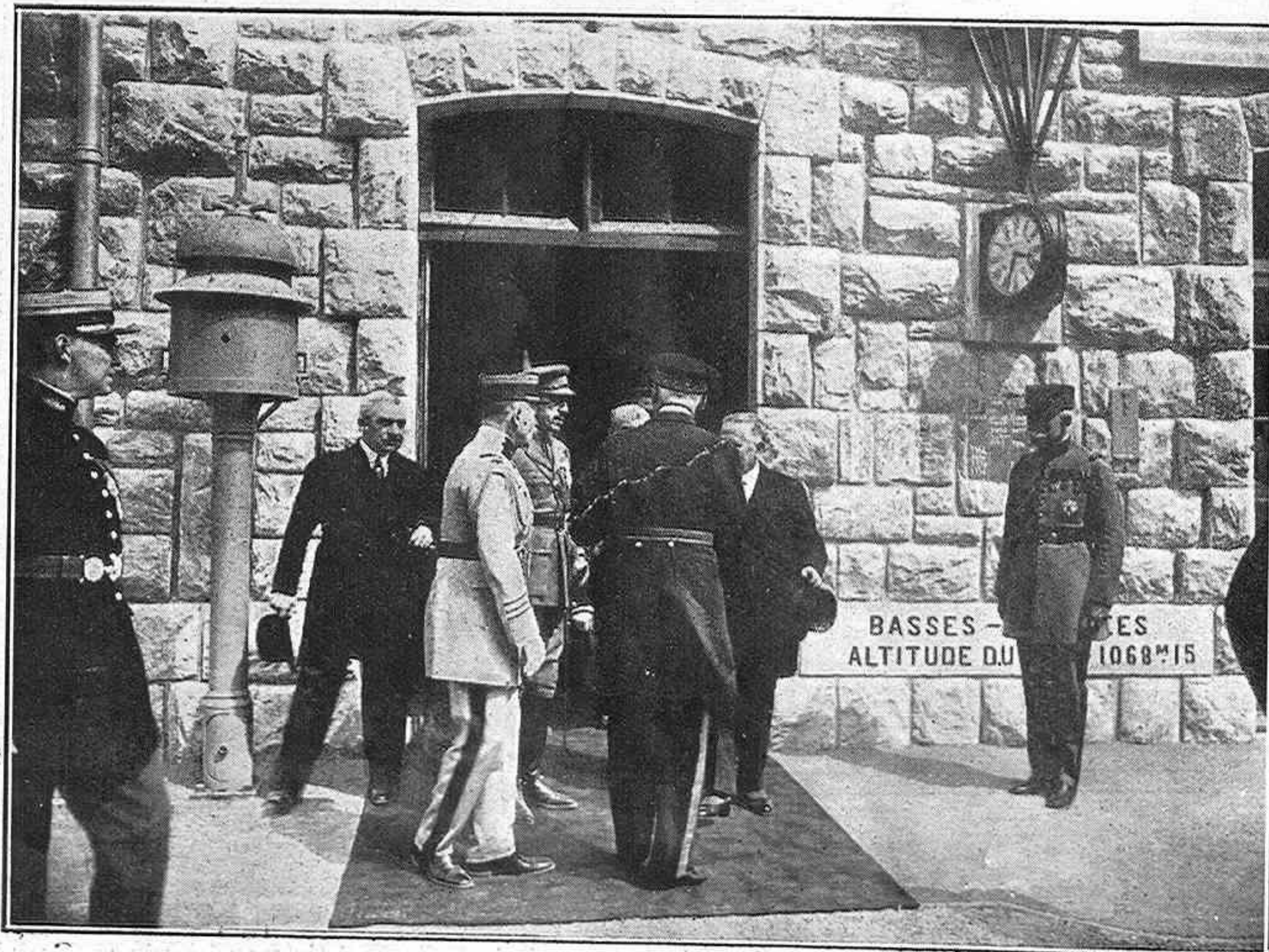
# La inauguración del ferrocarril de Canfranc



Vista de la estación de Los Arañones

EL túnel del Somport es un magnífico alarde del trabajo y la ciencia hispanofrancesa. El enorme boquete que ha horadado los Pirineos tiene una longitud de 7.874,81 metros, de los que han sido construidos: tres mil ochocientos cuatro metros por España, y cuatro mil setenta por Francia. El conjunto de las obras de perforación, urbanización, repoblación forestal, estaciones, viaductos y puentes ha costado treinta y un millones de pesetas.

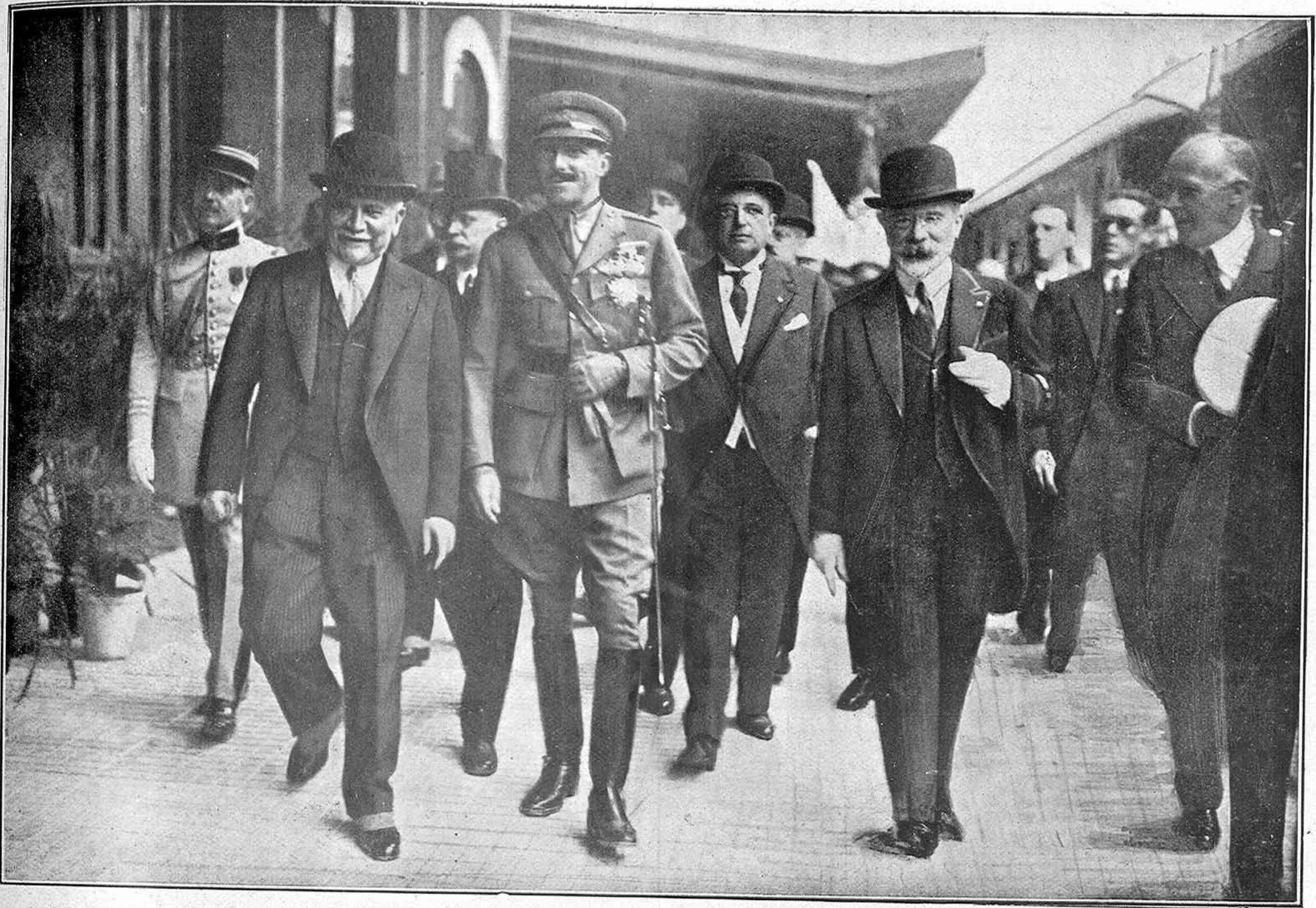
El acto de la inauguración de la magna obra que une á los pueblos españoles y franceses ha sido sencillo, efusivo, cariñoso. El Presidente de la República francesa, monsieur Doumergue, al estrechar la mano de Don Alfonso XIII, pudo oír de los labios del Rey de España unas cuantas frases henchi-



S. M. el Rey Don Alfonso XIII á su llegada á la estación de Les Forges d'Abel

das de afecto, llenas de franca cordialidad, palabras que salían del corazón del Rey, y que eran el eco profundo de España, que busca su engrandecimiento y su salvación por las rutas luminosas del trabajo. Algunas veces, la prosa cancillera y protocolaria no responde en su espíritu á lo que expone la letra. Es algo frío, ritualista, vacío de cordialidad; es el cumplimiento de trámites políticos, hieráticos, por cuyos cauces escritos corre la repulsa ó el odio, donde se habla de aproximación y de paz; se habla de amor donde sólo hay despecho ó indiferencia; ó se exalta la fraternidad cuando bulle en lo más hondo la inquina ó las más turbias pasiones.

En Canfranc la letra ha respondido al espíritu. El abuso de las palabras trae á veces su descrédito; pero una



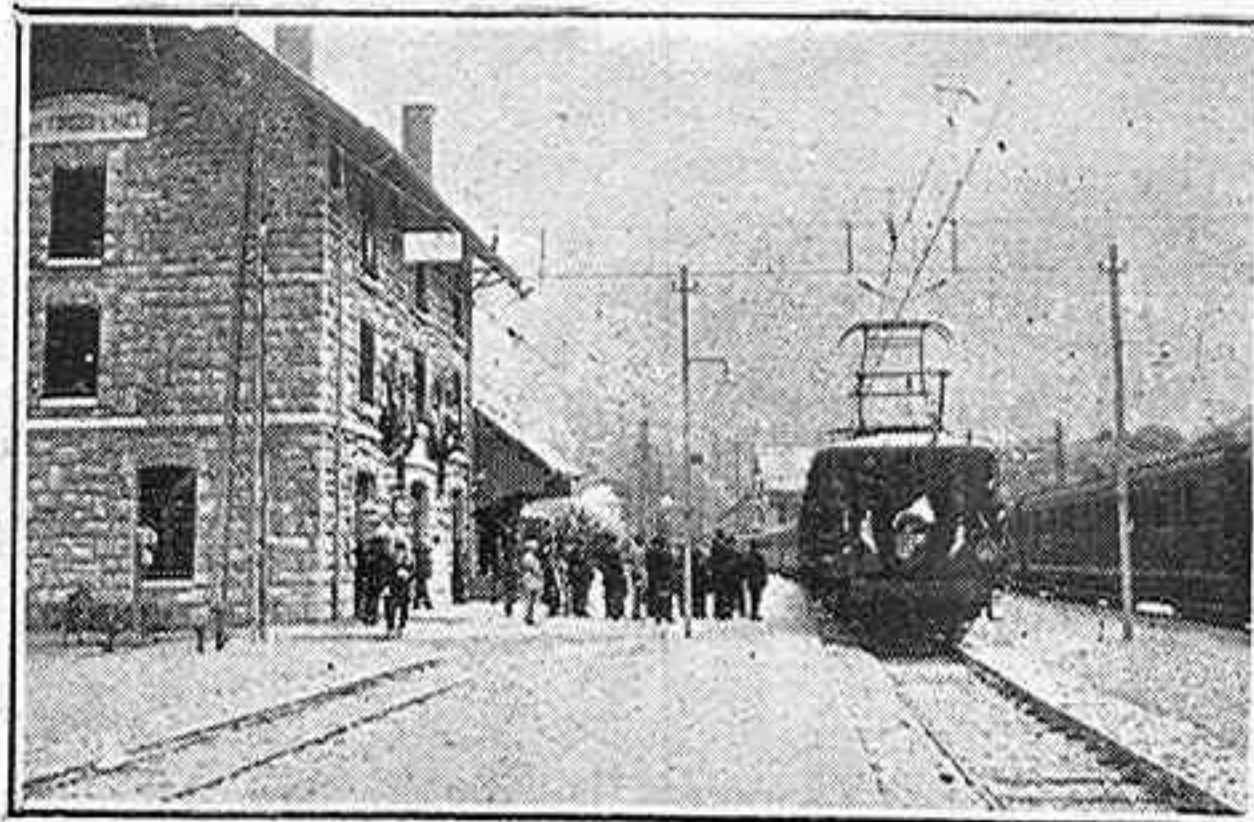
El Rey de España y el Presidente de la República francesa recorren la estación de Los Arañones, en el acto solemne de la inauguración del ferrocarril internacional de Canfranc

(Fots. Marín)

frase tiene siempre grandeza si responde á un noble propósito y á una hidalga intención.

.....  
Solidaridad humana, respeto mutuo, estimación, he aquí lo que constituye obras como la del ferrocarril de Canfranc, que sirve de nexo espiritual y material á los dos países. La incomprensión, el desconocimiento de los pueblos, de sus hombres, de sus obras materiales y científicas, de sus afanes é inquietudes, va creando como un moho ó cerrazón que los aísla y que cuando los acerca es para un choque sangriento.

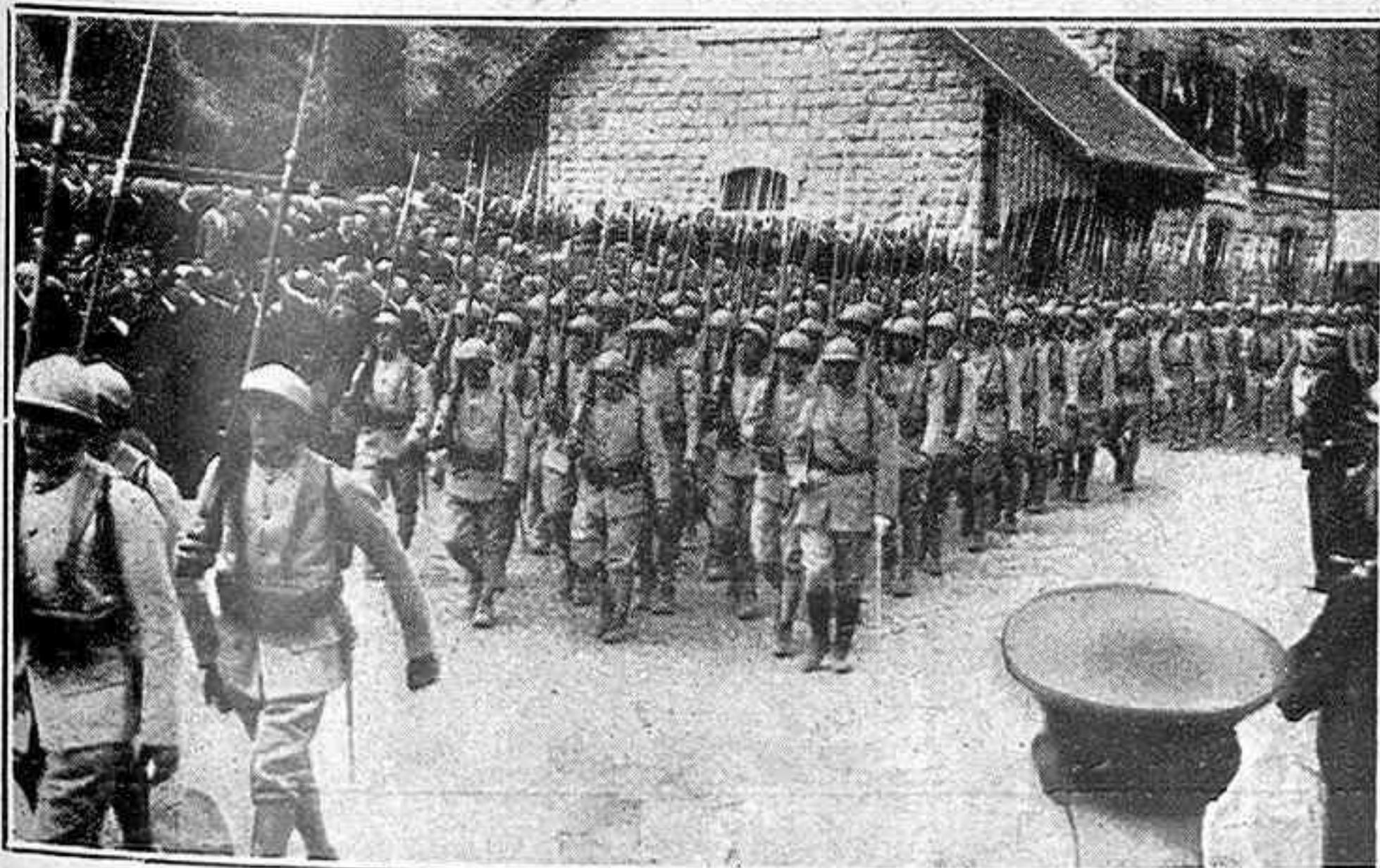
La tarea del porvenir es la de tirar las fronteras geográficas y espirituales para que los



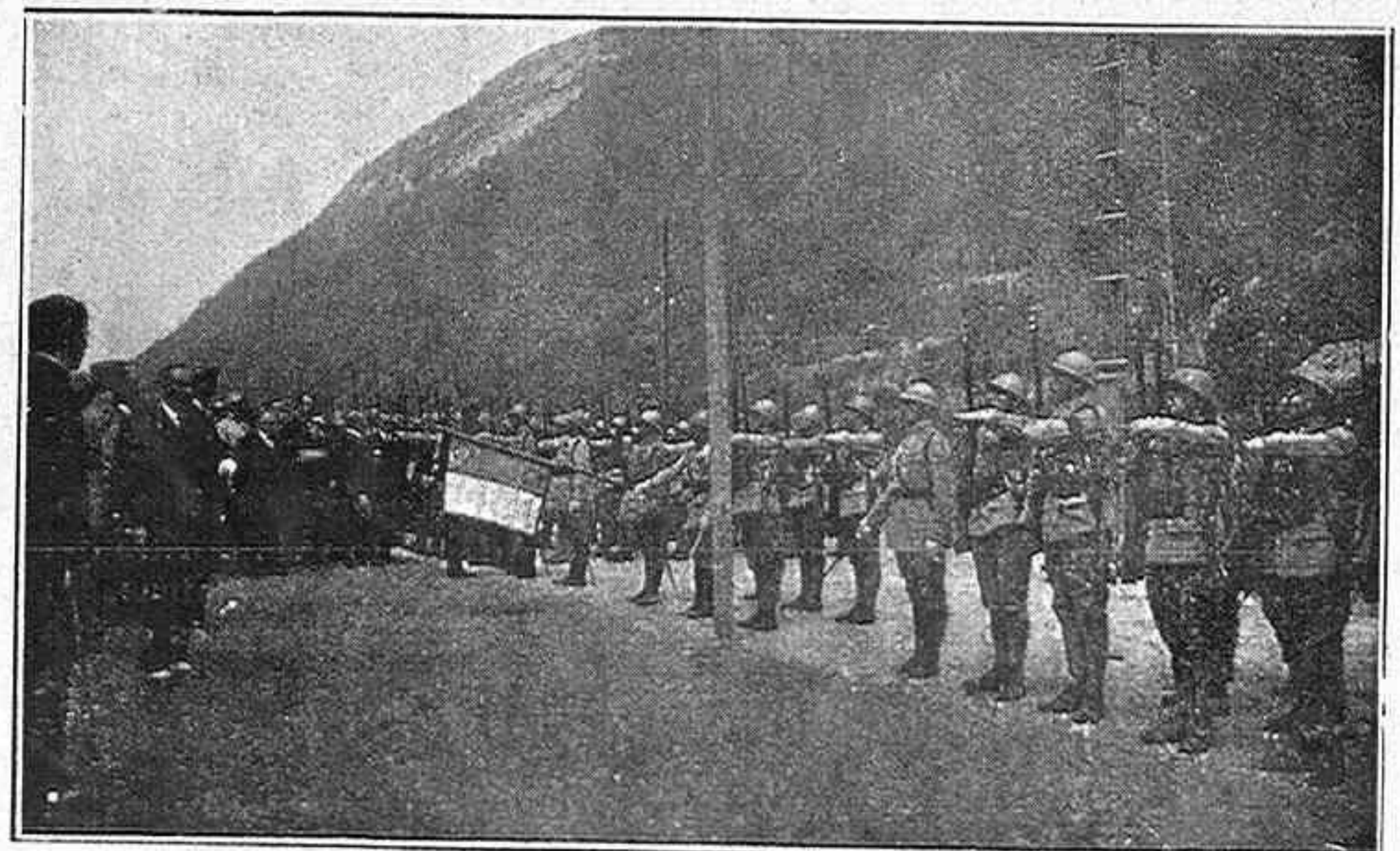
La pequeña estación francesa de Les Forges d'Abel, á la llegada del tren oficial en que iban los dos Jefes de Estado y sus séquitos

hombres se conozcan y se amen, y las fobias exaltadas no pongan á la Humanidad en trances de choques cruentos. España y Francia, al tenderse lealmente su mano á través del túnel del Somport, se han dado la mayor muestra de respeto, de cariño internacional y de seguridad mutua.

Los corazones franceses y españoles laten con orgullo al pensar en esa gran obra, en la que han colaborado en fraternal camaradería los estadistas é ingenieros hispanofranceses. Esa enorme brecha que une á Francia y á España responde á estas frases: lealtad y cariño. Y de estos sentimientos de los dos pueblos han sido verídicos intérpretes el Rey de España y el Presidente de la República francesa.



Los soldados franceses desfilando en la estación de Les Forges d'Abel, frente al Rey y el Presidente de la República



Las tropas francesas rindiendo honores al Rey en la estación francesa de Les Forges d'Abel (Fots. Martínez)



DON CEFERINO PALENCIA ALVAREZ  
Ilustre autor teatral, recientemente fallecido en Madrid

## LA MUERTE DE CEFERINO PALENCIA

### *El dramaturgo del buen gusto, de la distinción y de la bondad*

A los sesenta y ocho años de edad ha muerto en Madrid D. Ceferino Palencia Alvarez, personalidad literaria de gran relieve, hombre de trato exquisito, de extraordinarias dotes de bondad, dramaturgo prestigioso, que aumentó el acervo literario indígena, trasladando á nuestro idioma las obras extranjeras de más prestigio.

La nota predominante del trabajo de Ceferino Palencia era el buen gusto, la distinción, el noble empaque, el desinterés y el respeto á la producción ajena, en tiempos en que un desenfrenado mercantilismo se desbordaba y empezaba á envilecer nuestro teatro.

La pluma prestigiosa del ilustre autor de *La novicia* no se ensució en el albañal pútrido de lo chabacano y grosero, ni pidió plaza en el mercado de logreros y mercachifles teatrales que infestan hoy el «templo de Talía», ni dió—con la impudicia y el descoco, tan corrientes en la producción escénica—por obras suyas lo que era parto de otros ingenios.

A más de sus brillantes cualidades de autor original y adaptador de obras extranjeras, Palencia tenía un profundo conocimiento de los menesteres teatrales. Su palabra era escuchada siempre con atención, y seguir su consejo era tropezar con el acierto. Conversador ameno, su parla estaba matizada de honestas y curiosas anécdotas, de graciosos sucesos y de noticias llenas de interés y amenidad.

Casado con la ilustre actriz María A. Tubau, que tantos días de gloria dió á nuestra escena, el Sr. Palencia dirigió con indudable acierto la Compañía en la que su ilustre cónyuge figuraba como primera actriz, recorriendo esta formación triunfalmente todos los escenarios de España y América.

Las obras de Ceferino Palencia alcanzaron grandes éxitos, poniendo su nombre á una envidiable altura. Adaptó lo más florido del teatro francés, demostrando predilección por Sardou y Dumas. Su ojo perspicaz y agudo estaba siempre abierto á las novedades exóticas que trasplantaba al huerto vernáculo con el respeto y buen gusto proverbial en un hombre de su calidad intelectual y de su honestidad literaria.

Era, además, un excelente director escénico. Su buen gusto estético, su gran bagaje cultural y su talento hac a que las comedias que se representaban en las formaciones que él dirigía fueran un alarde

artístico, un camino á seguir por los amantes del teatro en lo que éste tiene de divertimento honesto y de función docente.

El notable autor de *Cariños que matan* siempre tenía una palabra de aliento para los jóvenes que luchan por abrir una brecha con sus trabajos en la indiferencia pública. Pero, sobre todo, sus consejos á los noveles iban encaminados siempre á que no olvidaran el respeto al arte, que no trabajaran *pane lucrando*, ni se dejaran arrastrar por la oleada del mal gusto, cuando el tufo de la chabacanería predominara sobre las multitudes analfabetas.

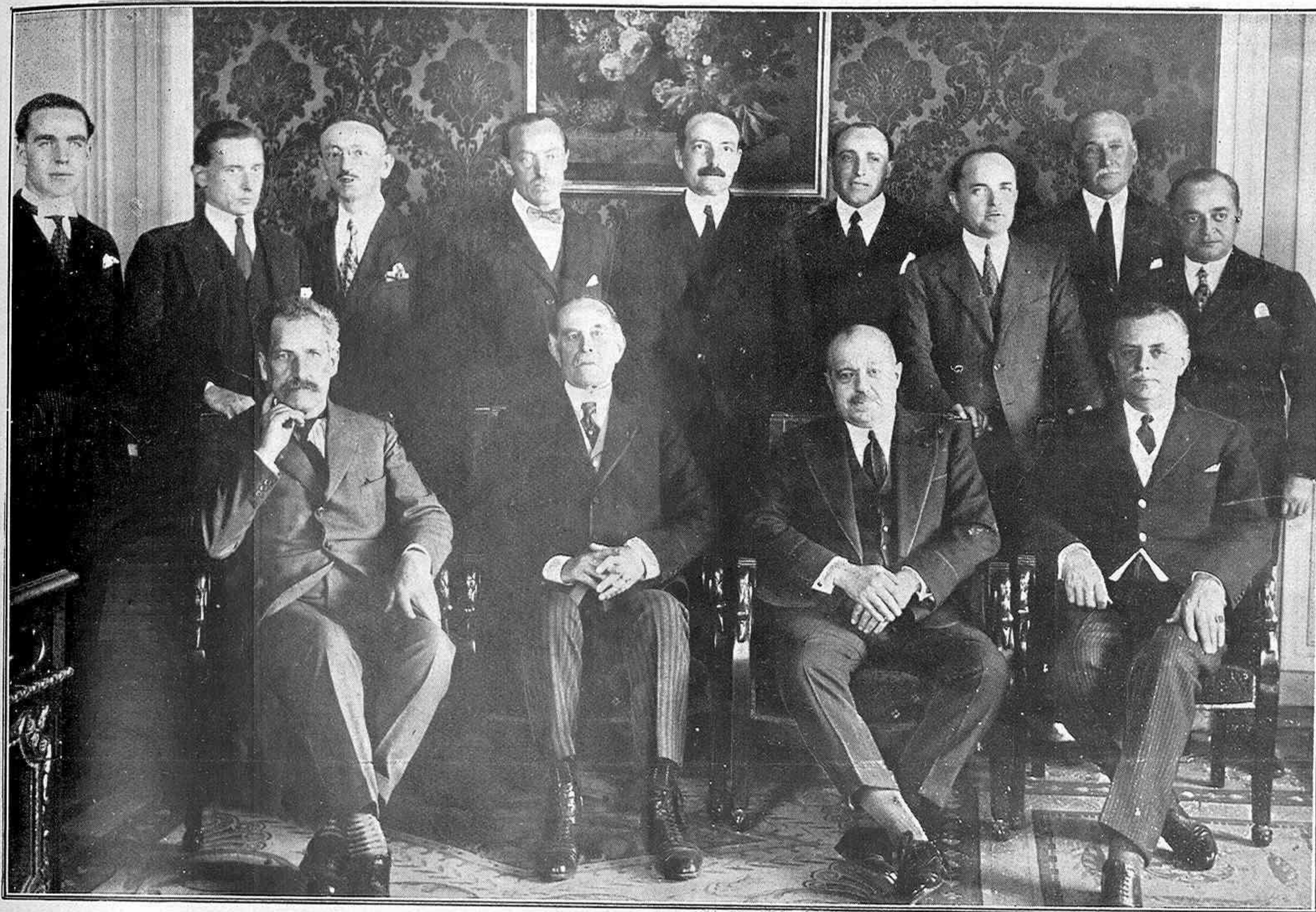
Las obras de Ceferino Palencia alcanzaron grandes éxitos. Recordamos, entre otras, *Carrera de obstáculos*, *El cura de San Antonio*, *En los bosques*, *Hasta mañana*, *El desquite*, *Cariños que matan*, *La charra*, *¡Qué vergüenza!*, *Quince minutos de palique*, *Currita Albornoz*, *Comediantes y toreros ó La Vicaría*, *Quere-lla criminal*, *La novicia*, *Pepita Tudó*, *Las alegres comadres*, *La nube*, *La bella Pinguitos* y otras muchas.

A la muerte de su esposa sucedióle en su cátedra de Declamación del Conservatorio.

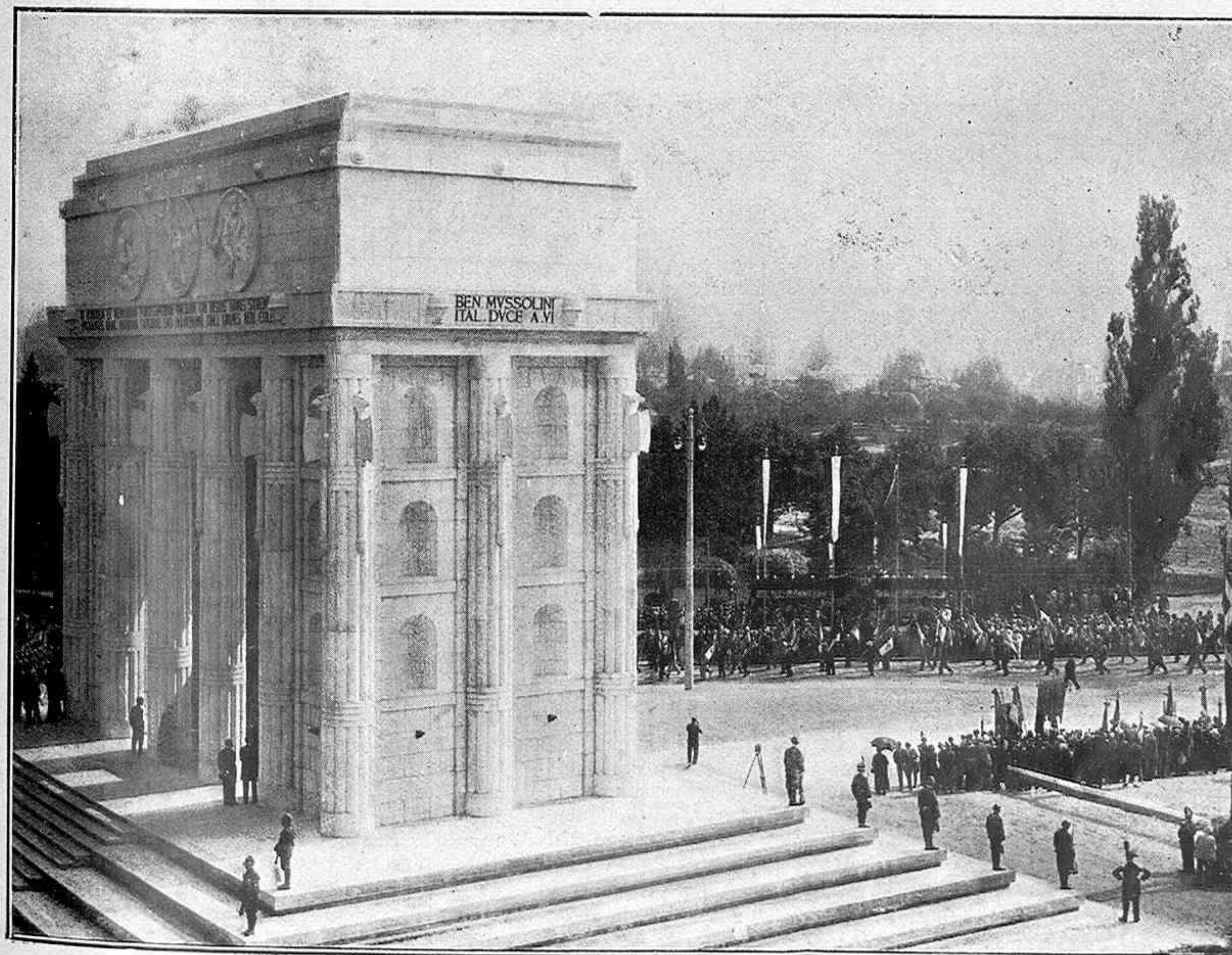
Con Ceferino Palencia pierde nuestra escena á un autor de talento, de probidad y honestidad probadísima; á un cumplido caballero cuya bondad era proverbial en los medios literarios y teatrales.



DOÑA MARIA A. TUBAU  
Ilustre actriz, esposa de D. Ceferino Palencia. La Tubau dió muchos días de gloria á la escena en la interpretación de tipos inimitables



París.—Los firmantes del acuerdo internacional sobre Tánger, después de la conclusión del convenio. Sentados, de izquierda a derecha: M. Berthelot, secretario del Ministerio de Negocios Extranjeros de Francia; lord Crewe, embajador de Inglaterra en París; Quiñones de León, embajador de España en Francia; conde de Manzoni, embajador de Italia en la República francesa. En pie, detrás: delegados de los distintos países que han tomado parte en el estudio del acuerdo



*Actualidad internacional*  
**La firma del acuerdo sobre Tánger y la inauguración de un monumento a los héroes italianos de la gran guerra**

EL acuerdo que pone fin á la complicada situación por que pasó la ciudad de Tánger, ha sido firmado en París por los representantes de las cuatro potencias interesadas en el problema: Francia, Inglaterra, Italia y España, que han visto felizmente concluidas las conversaciones con el reconocimiento oficial del nuevo estatuto que tanto ha de contribuir á mejorar la situación de Tánger, donde la influencia hispana ha sido reconocida.

\*  
 En Bolzano, el Presidente del Consejo de Italia ha inaugurado solemnemente un monumento magnífico en honor á los héroes de la gran guerra, acto que ha revestido inusitada importancia.

Bolzano.—Aspecto de conjunto del soberbio monumento erigido en la ciudad italiana á la memoria de los héroes de la gran guerra, durante la inauguración oficial, que fué presidida por Mussolini (Fots. Marín y Agencia Gráfica)

## UNA GRAN FIGURA QUE DESAPARECE

## JUAN GIOLITTI

ITALIA acaba de perder, con la muerte de Giovanni Giolitti, á uno de sus hombres más representativos del ayer liberal; una de esas personalidades á quienes el tiempo ya había otorgado condición simbólica por la inactividad presente y el valor evocativo del pasado.

Juan Giolitti nació en Mondovì el 27 de Octubre de 1842. Ha muerto en Cavour el 17 de Julio de 1928. Había cumplido, pues, su ochenta y seis aniversario, y sólo el triunfo absorbente del fascismo, del que era natural y leal enemigo, pudo apartar aquella senectud fuerte é inteligente del Gobierno del país ó, por lo menos, de su intervención directa en las aspiraciones nacionales.

Si no esa perspectiva que únicamente la distancia de varias épocas sucesivas consiente, el brusco cambio que Mussolini y el fascismo han impuesto á Italia, sí permite ver ya á Juan Giolitti en la clara elocuencia de su verdadero significado político.

Es el estadista de la Italia anterior á la gran guerra y de las convulsivas turbulencias inmediatas á la paz insegura que habían de preparar la marcha sobre Roma.

Su perfil característico de hombre sensual—*il faut être sensuel pour être humain*, dice Anatole France en *Le Lys Rouge*—se asoma durante más de cuarenta años á los lugares y á las referencias gráficas de la vida política italiana.

La caricatura determinó pronto—con el sentido peculiar de la estilización definidora, que es su condición primigenia—aquella nariz larga, ancha, gruesa, que avanzaba sobre los labios carnosos donde el apóstrofe y la ironía alternaban. El bigote largo y blanco resbalaba á lo largo de las comisuras labiales. Una perilla blanca—la perilla muy siglo XIX—se agitaba sobre las corbatas negras y finas de lazo.

Gustaba de los sombreros haldudos y los gabanes holgados. Tenía, pues, un aire de antiguo garibaldino frecuente en las cálidas y románticas provincias de Italia. El amaba bien la suya natal, y ha sido también en un pintoresco pueblo de la industrial Turín—en Cavour, donde buscó pronto su retiro accidental y su refugio definitivo por último—donde la muerte ha venido á buscarle cuando ya parecía haberle olvidado.

En 1922, Juan Giolitti publicó *Memorie della mia vita*. Pudo titularlas con el certero fraseo que el novelista español Gutiérrez Gamero rotuló sus evocaciones personales: *Mis primeros ochenta años*.

Porque precisamente al cumplir esa edad las entregaba el político á la curiosidad pública y porque Giolitti era de los hombres cuya apariencia física y cuyo vigor intelectual sugerían la idea de una vitalidad perdurable y felizmente prolongada.

A lo largo de ese libro, la existencia del estadista y la historia de su nación se desarrollan paralelas. En su prólogo y en su epílogo hay una

clarividente visión de lo que aguardaba á Italia apasionada del ímpetu juvenil reconstructivo de las primeras agrupaciones fascistas.

Ha de recordarse, en efecto, que el libro autobiográfico de Giolitti se publica un año después de la retirada política del insigne estadista. En Junio de 1921, Giolitti, derrotado por una votación en el Parlamento, dimite irrevocablemente su cargo de Presidente del Consejo y deja el camino libre á Mussolini, con quien necesariamente, tradicionalmente, era incompatible.

Por aquel tiempo—¡tan inmediato aún y en

partidas de los campos opuestos. Entre los fuegos comunistas y fascistas, el gobernante íntegro y liberal se sentía atacado con igual furor.

Los «camisas negras», que blandían sus garrotes y los comunistas que disparaban sus revólveres, coincidían en no admitir el liberalismo de Giolitti como un sistema gubernamental adecuado á la Italia presente.

Se olvidaba, en el hervor polémico del momento, su historia, tan limpia, tan serena y tan dotada de capacidad política.

No tuvo, ciertamente, impaciencia Giolitti ni pecó de precoz su carrera política. Entró á ella en la madurez, cuando esa violencia impulsiva que caracteriza á los temperamentos de la raza latina se ha ponderado con el ejemplar didactismo de los años y los desengaños.

En 1882 es diputado por primera vez. Y en 1889—á los cuarenta y siete años—es ministro de Hacienda en el Gabinete Crispi.

En 1892, el Rey le encarga por primera vez de formar Gobierno.

Desde entonces, el nombre de Giolitti no deja de sonar en los destinos de Italia. Acaso no haya en ese periodo de vida italiana que va desde el famoso proceso de la Banca de Roma (1893) hasta el advenimiento del fascismo, un personaje político de la entereza, la energía y la lealtad de Juan Giolitti. Siempre es el espíritu de la vigilancia equidistante, de la independencia justa, del liberalismo bien cierto.

Enemigos y aliados son alternativamente los de arriba ó los de abajo cuando le suponen favorable á su distinto credo.

En realidad, es el hombre que no halaga pasiones partidistas. Para él no existe sino el interés nacional, la prosperidad de su país en todos los órdenes.

Se le deben casi todos los hechos fundamentales en que se basa la Italia moderna. Y varias veces con el fervor y otras veces contra la hostilidad de las grandes masas representativas de su país, prosigue su tarea.

Si en 1911, por ejemplo, forma Gobierno con el casi único apoyo de los socialistas, son precisamente los

socialistas los únicos que se lo niegan en 1920. Si partidario de la guerra contra Turquía consigue para su país la incorporación de Cirenaica y Tripolitania, cuando la guerra europea defendió á costa de su popularidad el criterio neutralista que hubiese evitado los excesos del comunismo y el empobrecimiento de Italia durante varios años.

Y si bien era un enemigo tenaz y leal del fascismo, ¿quién sabe si más de una vez no pensaría allí en su retiro de Cavour, donde acaba de morir, que, como ha dicho Martí, «la justicia manda reconocer que el mundo adelanta por la obra muda, hostil en la apariencia é idéntica en el fondo, de la ambición y de la virtud».



UNA FOTOGRAFIA CURIOSA

Giolitti, el gran político italiano que acaba de fallecer, durante una entrevista con Millerand, cuando la conferencia internacional de Aix-les-Bains (Fot. Henri Manuel)

aparición tan remoto ya!—cuando el mundo entero sufría la consecuencia del desequilibrio funcional de la postguerra, la figura de Giolitti representa en Italia la peligrosa encarnación de la ecuanimidad y del eclecticismo entre los ideales desbordados y las pasiones desatadas. De una parte, el abismo comunista; de otra, el alud reaccionario.

Nunca los ataques de Prensa fueron de tal modo agresivos para un hombre leal en su historia y sinceramente patriota como siempre lo había sido Giolitti. Si repasamos hoy las colecciones de caricaturas de *Pasquino*, *L'Asino*, *Número*, *Fischietto*, veremos constantemente la silueta de Giolitti con su nariz sensual, su belfo carnudo, sus bigotes y perilla blancos, su gabán flotante, como pretexto para diatribas feroces



Su Majestad la Reina Madre Doña María Cristina, cuyo septuagésimo aniversario del natalicio va á conmemorarse nacionalmente

La Historia de España, en estos últimos tiempos, va íntimamente unida á la Reina Madre, cuya actuación ejemplar ha sido justamente comprendida aún por los menos afectos al régimen.

La egregia dama, de altas virtudes y de sereno juicio, es acreedora de un homenaje nacional, ese homenaje que en ocasiones anteriores ha rehusado con singular y consecuente modestia. A su talento político, en los

duros y azorosos tiempos de la Regencia, á su exquisito tacto, se debe que España no se hundiera entre convulsiones políticas, que cada día parecían más inminentes. Y ahora, cuando ha renacido la tranquilidad nacional y España ha emprendido una ruta de admirable progreso material, económico y moral, es justo el homenaje que se merece S. M. la Reina Doña María Cristina, modelo de madres, de esposas y de Reinas.

## UN LIBRO MUY INTERESANTE DE CARMEN DE BURGOS

## «LA MUJER MODERNA Y SUS DERECHOS»

Carmen de Burgos (Colombine), la admirable escritora, ha publicado muy recientemente el libro «La mujer moderna y sus derechos», en el que se estudian, reposada y valientemente, todos los aspectos de la vida y el espíritu femeninos. Obra concienzuda, serena, llena de datos y de puntos de vista muy ciertos y muy justos: Carmen de Burgos ha sabido estudiar siempre con magnífica visión los problemas femeninos. Su obra de ahora es completísima, y debe ser conocida por toda mujer. El fragmento del capítulo XII que á continuación publicamos reflejará á nuestros lectores el gran interés que el libro tiene

La moda es tan antigua como el ser humano. Desde la época más primitiva, el consentimiento general se inclina á adoptar determinadas formas en las costumbres: comer, vestir, hablar y conducirse, que es lo que constituye la moda. Aunque generalmente se restringe el sentido para limitarla al traje, y á lo sumo, á los usos sociales.

La moda es por su naturaleza variable. El hecho de vivir trae por sí sólo el desgaste para llegar á esa negación que llamamos muerte y que apenas si al abrir cada día nuestra ventana, para que entre un nuevo sol, detiene nuestra atención un momento.

La moda muere gastada y vuelve á renacer, substituyendo á cada una de sus fases otra nueva y distinta, que en el fondo es siempre la misma. Pero la moda no es una cosa caprichosa y arbitraria, como cree Simmel cuando afirma: «Casi nunca podemos descubrir una razón material estética ó de otra índole que explique las variaciones de la moda.»

De esta opinión habían sido antiguos autores, como el padre Feijó, que cuenta (1) la anécdota de un loco que va desnudo y lleva una pieza de tela al hombro, sin atreverse á hacer su traje por miedo á las variaciones de la moda.

Los motivos de esas variaciones las sintetiza admirablemente el doctor Marañón: «La moda obedece—dice—siempre á motivos perfectamente reconocibles y fijos, que son: motivos de utilidad, motivos económicos y motivos sexuales. Repárense todas las modas en la indumentaria y la morfología, y se verá cómo siempre pueden descubrirse estos tres motivos, combinados en proporciones distintas.»

Mi experiencia, después de haber estudiado este asunto durante muchos años para tratarlo en el periódico y en el libro, me hace estar completamente de acuerdo con esta teoría.

Se puede comprobar cómo la utilidad y la necesidad han influido en la moda. En ella hay siempre algo muy importante, muy recóndito, capaz de revelar por sí sólo el alma de una época y el espíritu de un pueblo.

Limitándonos sólo á tratar de la moda en la indumentaria, se observa que están siempre influidas por la utilidad, aunque se mezcle á ellas el ornato, que es la demostración de la tendencia al arte que existe en el espíritu humano.

El vestido surge por utilidad; pero bien pronto el instinto del arte, el sentimiento de la belleza hace nacer el adorno. Se trata de embellecer el traje.

En un comienzo se diferencian poco por la indumentaria hombres y mujeres, y hasta hace pocos siglos ellos las superaban en lujo de sus trajes, con bordados en los que entraban perlas y piedras preciosas, encajes preciados y ricas telas.

Las luchas y los combates crearon las armaduras de los guerreros, y el trabajo y las ocupaciones de los hombres les obligaron á dejar sus man-

tos y sus antiguas vestiduras y adoptar el pantalón. Taine dice que el signo de la evolución del mundo es este cambio de indumentaria masculina: la conquista del pantalón. El hombre llegó á hacer del pantalón el signo de su virilidad. Es corriente la frase: «En mi casa no hay más pan-

Y, sin embargo, el hombre teme que la mujer deje su coquetería. Precisamente es éste uno de los argumentos que se emplean contra el feminismo. Madame Paquin ha dicho que «el movimiento feminista significa la muerte de la belleza de la mujer, y por esa razón el feminismo jamás triunfará en Francia.»

Pero precisamente es todo lo contrario. El feminismo ha venido á salvar la moda, porque ha emancipado á la mujer. Todo eran para ella cortapisas. Sobre todo, el pintarse se consideraba como una cosa pecaminosa, y se debatía si era lícito ó no. Recordemos los libros del arcipreste de Hita, que se asoma á las arcas de las mujeres y critica sus afeites, y el ensañamiento con que habla de sus atavíos el arcipreste de Talavera, autor de nuestro *Corbacho*, donde siguió la moda de hablar mal de las mujeres, que había renovado de Simonides, Aristófanes y Platón; Boccaccio, el cual escribió á impulso de un sentimiento de venganza contra una mujer y con el deseo de divertir á *Fiammetta*, ó sea á la princesa María, hermana de Juana I de Nápoles, para gozar de la risa de ambas cuando leía en su presencia en el famoso castillo napolitano del Huevo. Nuestra literatura primitiva, como inspirada en la oriental, presenta pérdidas á las mujeres, mientras que los libros de caballería la convierten en una bella durmiente del bosque capaz sólo de dejarse adorar.

El jesuita Well defendió el derecho de la mujer á acicalarse, honestamente, para agradar á su esposo.

Apunta ya con esto la razón sexual de que habla Marañón cuando dice: «El hombre y la mujer viven sujetos á la ley inexorable de la necesidad de cambiar.» «Se ha dicho muchas veces que no hay enemigo más fuerte para el amor que la costumbre, y con toda razón. Un hombre y una mujer que se aman necesitan renovar constantemente los motivos externos de su atracción para que ésta perdure: los trajes nuevos, la conmemoración de ciertas fechas, las ausencias, las riñas y la reconciliación subsiguientes, no son más que formas diferentes de renovar el poder de atracción y de luchar

contra la línea recta del hábito y las costumbres.»

En efecto, nunca la mujer es más brillante y más visible que cuando la moda varía mucho. Sus variaciones traen una constante renovación de la figura; es como si se colocase delante de un foco de luz que la iluminase é hiciese valer ya el brazo, ya la mano, ya el descote ó ya la cabellera, y esto trae una exaltación de las pasiones, aunque, como el mismo Marañón reconoce, hay veces en que la vida sentimental y psíquica de la pareja es lo bastante frondosa para encontrar en ella misma motivos de renovada curiosidad.

Los hombres, una vez simplificado su primitivo lujo, buscan más en el traje la comodidad que la belleza.

Marañón lo explica, porque el hombre ama en la mujer el género, y ella tiene que hacer esfuerzos para destacarse, individualizarse, atraerlo y



CARMEN DE BURGOS  
(Colombine)

talones que los míos», cuando quiere asentar su supremacía.

La afición á la moda se ha reputado como frivolidad femenina. «Cuando se trata de abrochar un traje—dice un escritor—son las recomendaciones á la doncella, las miradas al espejo, las vueltas, los pasos atrás y adelante, los movimientos de brazos, las flexiones del talle para exasperar al esposo más paciente, en vista de estos interminables preparativos que no acaban nunca. No se pueden vestir sin ayuda; hasta necesitan quien les abroche los guantes.»

Para este autor, hacer esperar á un hombre es un delito, y consigna el hecho de que las reinas Doña Cristina y Doña Victoria de España hicieran esperar á Don Alfonso XIII unos minutos el día de su matrimonio. Como prueba de la inferioridad femenina, dice que «la mujer se puede estar una hora contemplando un sombrero».

(1) «Teatro Crítico».



retenerlo. La mujer, en cambio, ama en el hombre al individuo. Asegura que durante unos años el hombre desea á la mujer bajo una forma determinada. Al cabo, la atracción se debilita y siente el deseo de cambiar.

Por eso no sólo se limita la moda al traje, sino que hace que se prefiera el color blanco á moreno; el cabello negro ó rubio, los ojos azules, verdes ú oscuros. Lo raro es la unanimidad del gusto en estos casos. Unas veces se prefiere el cuerpo de ánfora; otras la morfología matronil, y algunas como ahora—dice Marañón—: «Pasamos una época de arquetipo sexual flaco. Las mujeres de nuestro tiempo están, casi sin excepción, poseídas de la obsesión de lo que se llama la línea impropia, porque la línea amplia y curva, hoy pasada de moda, es también una línea que recobrará alguna vez su prestigio sobre la línea recta que hoy impera.»

Tal vez hay también en esto el motivo de utilidad, porque la mujer en esta época vertiginosa de trabajo y deportes necesita ser ágil y ligera.

Tal vez se cree un tipo nuevo en el que pierda la belleza de la mujer tal como hoy la concebimos. En los deportes, la mujer se hace fuerte, sus brazos adquieren bíceps, la musculatura de su cuello se acusa, los pies se hacen grandes y pierden su deliciosa curvatura, y los tobillos y muñecas la finura delicada, y embastecen manos y tez. Pero eso no quiere decir que pierda la belleza. Es una forma de belleza nueva.

La razón de economía entra por mucho en la moda moderna. Los trajes complicados que llevaban encajes y multitud de metros de tela, que exigían grandes modistas, han dejado su puesto á los vestidos lisos, sencillos y fáciles de llevar.

La moda nueva, con sus faldas tan cortas y sus grandes descotes, ha venido también á demostrar lo convencional de las leyes del pudor, en lo que no tienen de fundamentales. La antítesis de estas modas son las meninas pintadas por Velázquez en una época en que la mujer parece ocultar que tiene cuerpo, y le da ese aspecto raro y convencional en el que no se adivina su forma. El zapato yanqui, el tacón militar, el sombrero masculino y el traje estilo inglés son modas indispensables para rimar con las necesidades de la mujer moderna.

Al mismo tiempo, con sus nuevas modas la mujer ha emancipado el gesto. Simmel dice que «por medio de los ademanes el hombre toma posesión espiritual de una porción del espacio, y que los gestos peculiares de las mujeres revelan en cierta forma exterior la peculiaridad del alma femenina».

En efecto, los ademanes no son simples movimientos del cuerpo, sino expresiones del alma. Como el traje viene á revelar un estado de espíritu diferente, el gesto cambia y se podría decir paradójicamente que es como si el traje crease el gesto.

Tiene que ser muy distinta la expresión y los movimientos de la mujer que vivía reducida á la esfera doméstica, á la de nuestras mujeres. La soltura de la mujer activa es distinta á la de aquellas damas representadas en los viejos retratos, con su pañuelo en la mano y su actitud recogida, cuyos trajes parecen colgados mucho tiempo en un armario para tomar los mismos pliegues.

Sin embargo, la mujer en su nuevo gesto no pierde la armonía. Hay en ella algo fundamental que evita los movimientos angulosos, la voz dura y los ademanes descompuestos.

Con la moda, la mujer lo ha conseguido todo. Una de sus más grandes conquistas ha sido el derecho á andar, á salir de la casa... y á salir sola, rompiendo la ancestral máxima de que la mujer debía estar en la casa é hilar la lana.

Navicov, en su bello libro *La esclavitud de la mujer*, daba como la causa más importante la falta de derecho á salir sola. Además, estaba separada del hombre en el paseo, en el teatro, en la escuela y hasta en la iglesia.

Y no por eso estaba la mujer más respetada, por el contrario. La mujer va ahora sola por la calle con indumentaria más llamativa, y nadie la molesta, como á las *tapadas* que obligaban á tirar de la espada en su defensa á los buenos caballeros como D. Francisco de Quevedo.

El estar más habituados á tratarse hombres

Pero hasta Moratín en *El sí de las niñas*, nadie se atreve á proclamar la independencia y libertad femeninas.

Los tipos literarios que más influencia ejercieron sobre la mujer del siglo XIX fueron las de Goethe, hijas, por lo tanto, de las teorías de Locke, que no admite más fuente de conocimiento que los sentidos, y de Condillac, que en su regresión á Descartes llega á un sensualismo ideal.

Margarita y Carlota son enfermas desequilibradas que hacen daño al espíritu. La primera encarna la duda del siglo, representa el soplo del ensueño, nieblas y nubes fantásticas y viento que estremece los ventanales de los arruinados castillos del feudalismo. Carlota, con su coquetería, escudada en la inocencia y la bondad, es, en medio de su sencillez aparente, un espíritu complicado y peli-groso.

Otras mujeres tipo son las de Juan Jacobo Rousseau, parientas espirituales del sistema de Schilling, que camina al Panteísmo; exaltaron el amor maternal y la vuelta al campo.

Otros tipos literarios que ejercieron también gran influencia son *Pamela* y *Clara Harlowe*, de Richardson, que pueden filiarse entre el parentesco espiritual de Kant, que lleva á Fichte á establecer la responsabilidad de los hombres, independiente de la divinidad y sin ser víctimas del fatalismo. Son hijas del calvinismo más severo, con toda la austeridad cristiana, «ultra-rigoristas», verdadero exceso de perfección, que crean unas mujeres rígidas, frías, dominadoras de la pasión, moldeadas en ese fanatismo que hizo exclamar á Bernard Shaw: «Dios nos libre de un mundo donde todos quieran obrar rectamente, sin consideración ninguna.»

*La Garçonne*, de Víctor Margueritte, retrata bien una mujer actual. No se comprende el escándalo producido. *Mónica* es un tipo noble. Herida por la traición del hombre, loca de dolor porque la sorprende en su inocencia, en un momento de fiebre y de extravío cae en los más bajos fondos que tiene la sociedad siempre dispuestos, porque está siempre á su lado el hombre pronto á hacerla caer. Pero *Mónica* se redime por el trabajo y recobra toda su dignidad con su independencia, y es capaz de volver á amar, de ser amada, de ser esposa ejemplar, madre amorosa y dueña de un hogar feliz.

Los que están acostumbrados á las novelas en las que muere en el hospital la mujer que delinque ó se mete en un convento, se han alarmado de esta redención tan bella y tan humana, realizada sólo por su esfuerzo.

He dicho que el feminismo ha proclamado el derecho de la mujer á cuidar su belleza. El poderse vestir y pintar á su gusto, sin disimulo, es una de sus grandes conquistas; perdida la libertad con que lo hacían egipcias, griegas y romanas, luchando con los prejuicios que le imponían un traje determinado y le prohibían usar perfumes y productos que aumentasen su belleza cuando al escuchar á los moralistas aconsejarle: «sé buena para ser amada», su instinto le decía: «sé también hermosa».

Las artistas y las damas aristocráticas fueron las primeras en romper con los prejuicios y la excesiva severidad, en la que se llegó á considerar impropia de las mujeres honestas hasta la limpieza del cuerpo. Tal vez porque se asociaba á ella la idea gentilica de los baños de las romanas y de las abluciones de las árabes.

CARMEN DE BURGOS  
(Colombine)



Portada del libro

y mujeres mata ese fantasma del otro sexo, que perjudica á la verdadera moral.

La mujer se hace más sincera, no oculta sus deseos y su carácter; no es ese tipo falsamente recatado que no podía hablar delante de la gente, que debía permanecer con los ojos bajos, el aspecto encogido. Ese tipo de las traviesas *damas bobas* y *damas duendes* del teatro de Lope y Calderón. Traviesas, hipócritamente ingenuas, honradas y fuertes en el fondo, á las que se oprime de tal modo que bajo su capa forzada de exasperado candor guardan una endiablada malicia, y á las que defendió Lope de Vega en *El Premio del bien hablar*, cuando cice:

«Que es honrar á las mujeres  
cosa á que obligados nacen  
todos los hombres de bien  
por el primer hospedaje,  
que de nueve meses deben  
y es razón que se les pague.»

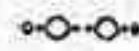


## CANCIONES DE LA CALLE

# EL VIADUCTO

Con sus zancos gigantescos se despatarra el Viaducto, aplastando al Madrid viejo. Noche estre lada, silencio; los faroles trazan rutas ideales, de la noche en el oscuro terciopelo. La mole del Seminario es como un fantasma austero, sobre las casas antiguas de tejados verdinegros. Las torres de las iglesias

tañen un grave concierto de campanas... En la noche suenan los pasos del Tiempo.



Callejones retorcidos y siniestros; pasadizos y pretiles, celosías de conventos. Un aroma antiguo flota sobre el barrio noble y viejo. Vagas sombras de otras vidas, como una ronda de espectros,

van por las encrucijadas... La saludan los aullidos de los perros.

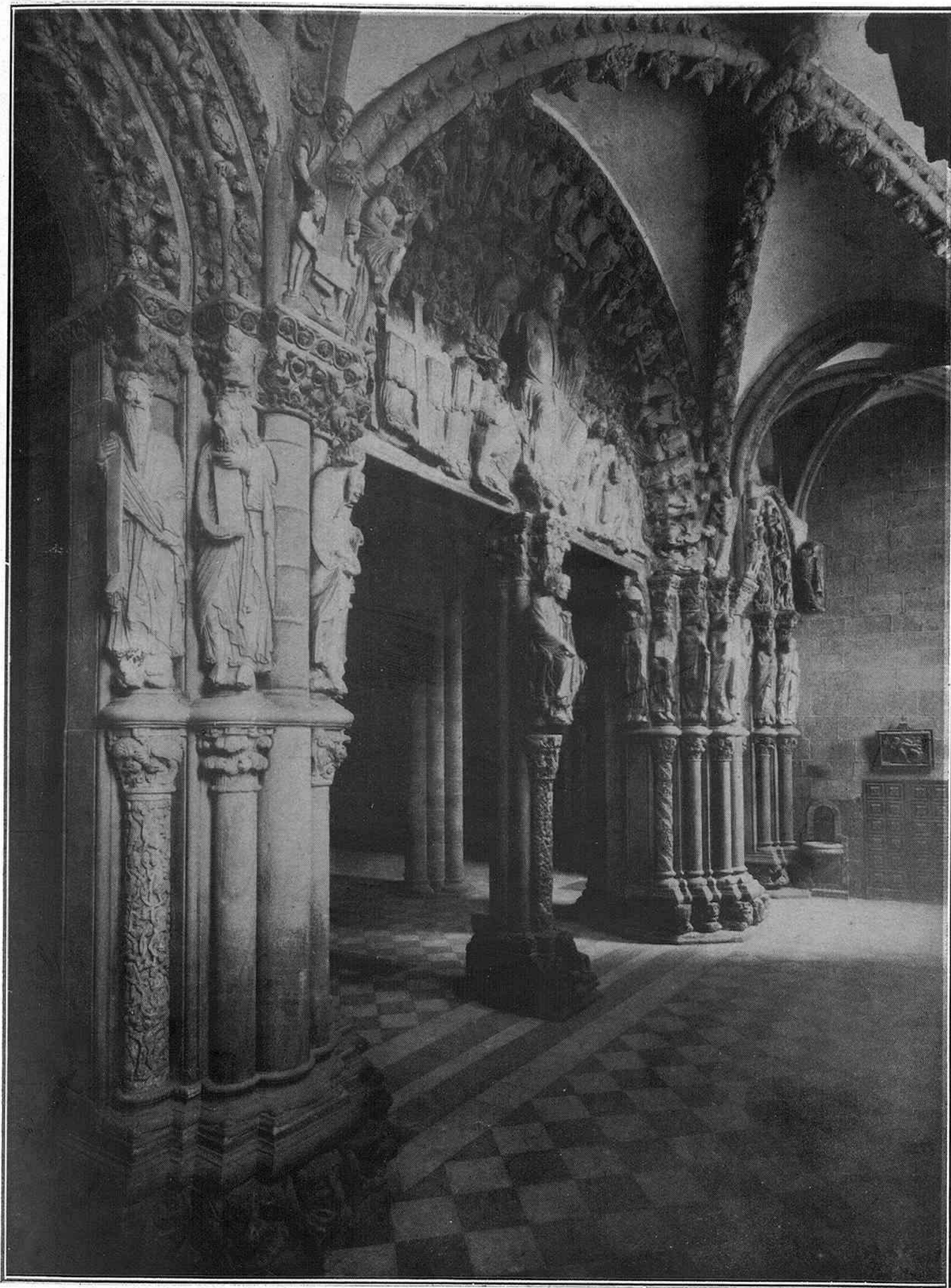


Plazuela de la Cruz Verde; un siniestro brasero inquisitorial —corozas y paños negros, procesión de condenados, entrevista de los cirios al fulgor amarillento—. Barrio prócer de palacios de solemnes aposentos —la de Eboli en un postigo le da una flor á Escobedo.

El Viaducto; buen balcón del soñador nocherniego, y el trampo in más seguro para dar el verdadero salto mortal, el funámbulo de lo Horrible que en su vuelo de trágicas volteretas aterriza en los Infiernos. Suena un reloj... En la noche se oyen los pasos del Tiempo.

EMILIO CARRERE

(Dibujo de A. Cuervo)



El «Pórtico de la Gloria», soberana obra de arte románico de la Catedral de Santiago de Compostela (Fot. Kasado)

EN una vitrina de la sala de arte decorativo en la Exposición de Artistas Gallegos se exhibían varios ejemplares del admirable álbum de fotografías de Kasado referentes á Santiago de Compostela.

Este álbum se titula *Estampas compostelanas*, y, ciertamente, es la más bella alusión gráfica que hemos visto á la Ciudad Incomparable.

Alguna vez, con referencia apologética á otra ciudad embellecida por los siglos y el fervor de sucesivas generaciones, se suponía posible la más alta distinción para el conjunto plural de sus edificios, carácter pintoresco de sus calles y plazas, prominente situación de su trazado ur-

---



---

## UNA OBRA DE ARTE ESTAMPAS COMPOSTELANAS

---



---

bano sobre alturas dominatrices de una fértil vega y un río legendario. Se consideró que toda ella, de los cimientos al primor pétreo de sus torres, era digna de ser nombrada con excepción de supremacía: *Monumento nacional*.

No es factible tal propósito, al menos sin legislar distinto en lo que al título se refiere.

Mas de serlo, y de llegar un día en que la nación y el Estado pensarán cuál era la ciudad española merecedora de aquella distinción, habría de ser Santiago de Compostela antes que ninguna y por encima de todas.

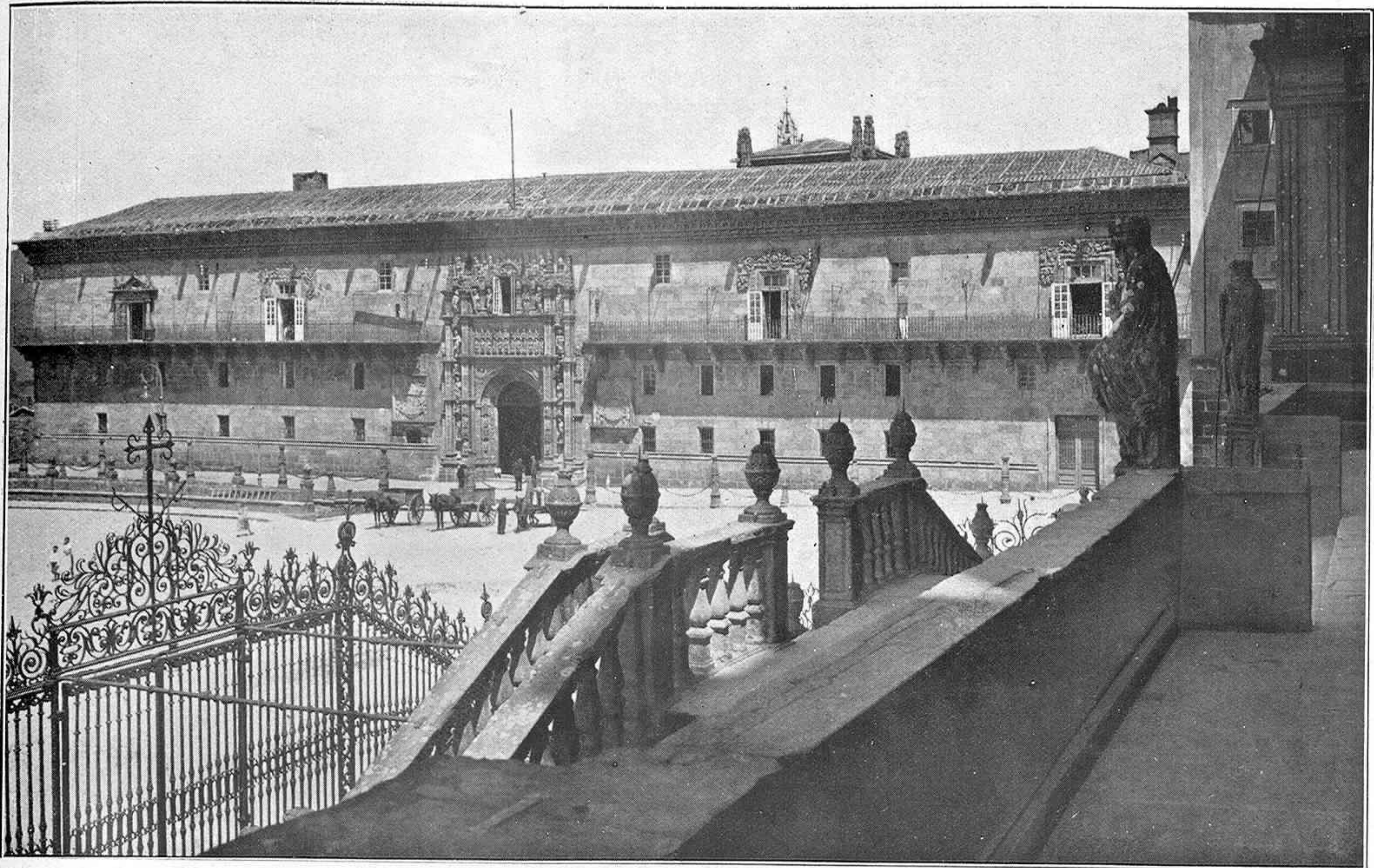
Henchida está de sugerencias antiguas y de bellezas presentes por su carácter eterno.



Angulo nordeste del claustro de la Catedral y torre del Reloj, en el fondo



Vista de la fachada de la Azabachería y torres de la Catedral



Fachada del Hospital Real. En primer término, la reja con la escalera que conduce á la Basílica

Templos, palacios, fundaciones monásticas y civiles, rúas y glorietas, contienen intacto el caudal histórico y viva la esencia artística. Adentrarse en ella es dar á la fantasía norte de ensueño y á la mirada deleite de la forma y al sentimiento derivaciones infinitas.

Sólo Roma y Jerusalén la igualaron en el poder atractivo de los fervores esparcidos por toda la tierra y coincidentes en ella. El arte, á lo largo del tiempo, era un peregrino más que buscaba el cobijo de sus muros sagrados y dejaba como exvotos las huellas puras, didácticas, de cada estilo y de cada época.

Bajo la lluvia perenne, piedras y almas se pavan de una melancolía patricia y las lentas horas se nutren de fecunda nostalgia y de capaz emotividad.

Otras ciudades son famosas por aislados prodigios arquitectónicos. Se acude á ellas con razón de sus archivos y pinacotecas. Se las busca en igual ánimo de añoranza y por igual sed de estático renunciamento, que á las ruinas mudas y á las penumbras que fueron cenitales resplandores.

Pero á Santiago de Compostela se le ama por lo que fué y por lo que sigue siendo. No es momia de ciudadanías pretéritas: perdurable milagro vital, sin abrigo de tradición ni penuria decadente.

No están en el encanto y valía de sí misma en aislados testimonios de arte y de tradición, sino en tal suma de ellos prolongada á través de las centurias, que diríanse los sitios y lugares públicos como salas del incomparable Museo abierto á la mirada húmeda de los cielos y á la codicia espiritual de los senderos del mundo.

Y esto conviene repetirlo, difundirlo.

Como lo repite y difunde el arte filial y la sensibilidad estética de Kasado en sus *Estampas compostelanas*.

Nuevamente, al hojear este álbum, evocador de las rúas románticas, de la basílica majestuosa, de los rincones misteriosos y los palacios su-

geridores y que deseáramos ver difundido por España, pensamos que está aquí, en estas fotografías perfectas de técnica y ricas de emoción, algo de lo que pudiera ser el *Libro de Santiago*, cuando se ordenaran sosegadamente y ampliamente los temas múltiples atañedores á la Ciudad Madre é Hija de las Artes.

Acudieran, además, entonces, romeros de diversa condición, atraídos por fraterna ansia, poe-

tas, eruditos, costumbristas, críticos, folkloristas; los libres constructores de la fantasía y los pacientes mosaístas de la investigación.

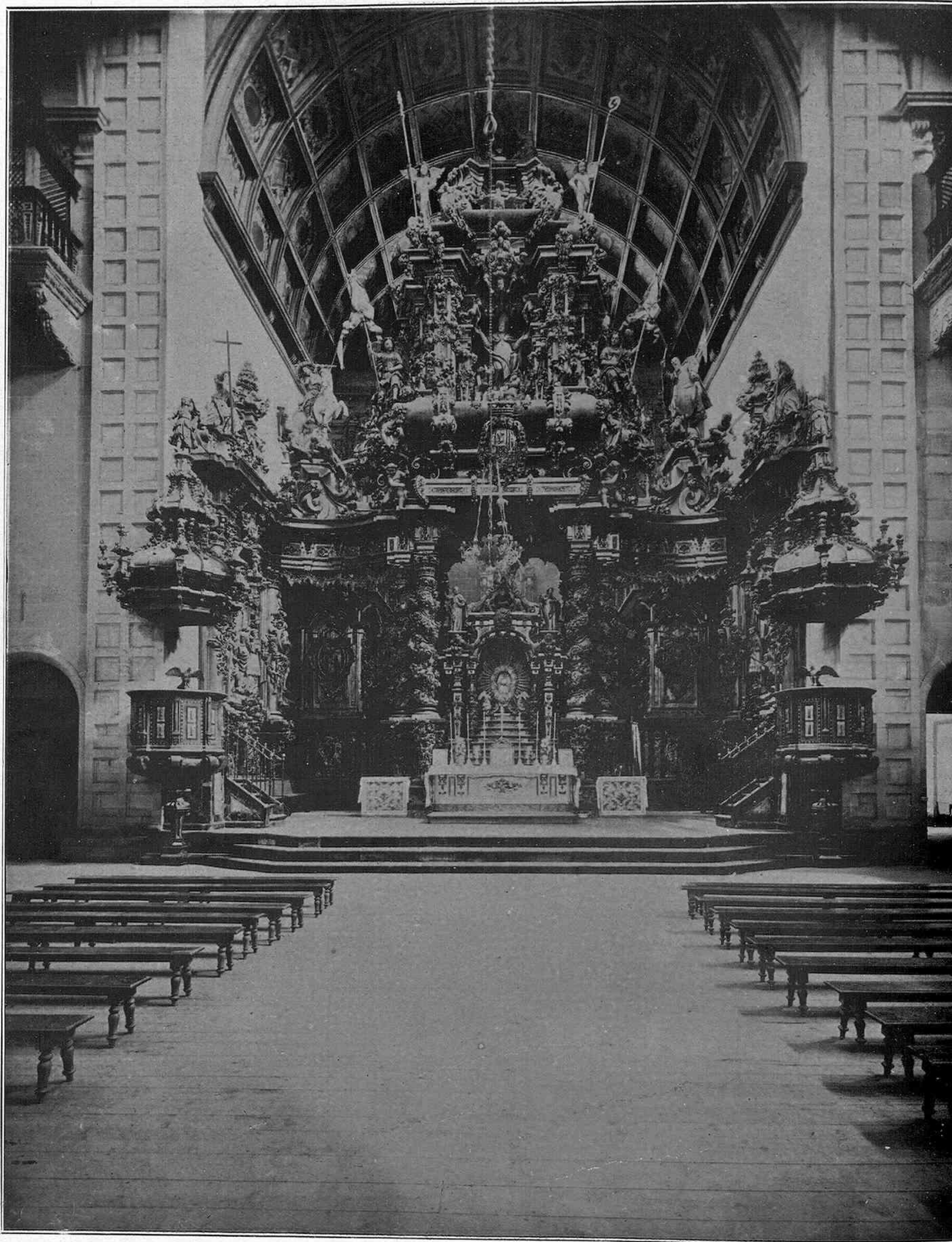
A contrapágina del relato histórico, el episodio de zumbonería estudiantil. Frente al poema lírico, la animada descripción del mercado aldeanico; rumor dilafado de campanas catedralicias y soñolienta canturía de la lluvia; la muchedumbre hierática sonriendo á los albores del gótico español desde los fustes jámnicos y el tímpano del Pórtico glorial, y la muchedumbre viva, juvenil, apretándose bajo los arcos de la Rúa y la del Villar en los atardeceres húmedos; el silencio hondo de la soterrada mansión de Gelmírez y el tumulto policromo y polifono de las peregrinaciones en el lago pétreo de incomparables márgenes, talladas por sucesivos siglos, que forma la Plaza del Hospital; el son de los mazos de los imagineros, sobre la madera del país, y el ritmo cantarín de los cinceles de plateros y orfebres á la sombra de la Basílica; los agros afales y circundantes á los que contemplan los muros sacros con sus redondas pupilas de musgo auriverde y el sombrío ámbito funerario de Santo Domingo con sus coronas negras sobre las tumbas de la Poetisa y el Reivindicador; la audacia de cáliz arquitectónico de la Colegiata del Sar y la amplitud panorámica desde el paseo de la Herradura; el arte de hoy y la figura enigmática, culminal, del *Magisteum Matheum* que magnificó la tumba del Santo, cubierta por encargo de Alfonso el Casto con humo de obra (*de petra et luto, opere parvo*), de aquel escultor que con los maestros anónimos de San Vicente de Avila y de la Cámara Santa de Oviedo forma la gran triada del tránsito del románico al gótico, según Stegmann.

¡Bella *Exégesis de Compostela* esta que suponemos creada por la floreciente espiritualidad, por la moderna sensibilidad galaicas!

■ No sufriría, ciertamente, de la micropsia que padece el español cuando afronta su ambiente la peculiar y la obra de sus connacionales.



El Botafumeiro



Presbiterio y retablo del altar mayor de San Martín

Porque el gallego tiene bien entrañable el culto de sus lares y porque emanan, radian de Santiago, únicos, la idea de belleza y el sentimiento estético que bastará asir el tema para lograr la forma y conseguir el acento.

Ahí están, por de pronto, las *Estampas Compostelanas* autorizando nuestra afirmación.

Cada una de ellas está colmada de emoción literaria y de veracidad sentimental. Se comprende cómo habrían de ser para ellas ilustrativos los poemas en prosa ó verso, que no ellas de éstos, por la enorme fuerza estética que poseen.

Kasado viene desde hace años consagrado á esas miradas filiales hacia su ciudad natal. Es el

tipo, definido cada día con mejor aprovechamiento de sus cualidades primigenias, del fotógrafo artista, del que fingen desdeñar los profesionales pictóricos.

Merced á ello, sus pruebas fotográficas pueden y deben ser estimadas como cuadros y apuntes nacidos de manos de pintor, ó como las



La rúa nueva con la casa Rectoral e iglesia de Santa María Salomé

(Fots. Kasado)

glosas literarias de los escritores santiagueses. Hojeando este álbum de estampas, encontramos la aportación elocuente al estudio de ese monumento, único en España, del arte románico, que se llama «Pórtico de la Gloria», y al lado la nota de la mujer humilde recortando su silueta á contra luz en los soportales un día de lluvia...

La pompa aérea y magnífica de las torres de la Basílica y la soledad de las rúas húmedas; el amplio ámbito de la plaza del Hospital y la nota en cierto modo humorística de los sacristanes que agitan el famoso Botafumeiro.

Piedras viejas y lluvia perenne, son los motivos que ama este maestro del claroscuro.

Y cuando vemos las aguafuertes de un Castro Gil ó de un Julio Prieto, esos pequeños paisajes urbanos, donde la musa, ayer melancólica y doliente, de Juan Luis se complace, encontramos cierta paternidad espiritual con las estampas de Kasado.

SILVIO LAGO

# ESTAMPAS CELTAS

UN amanecer en Santiago, no es como tantos otros amaneceres. En Santiago son tristemente iguales, monocordes, colmados de tedio y de melancolía.

Un amanecer allí, parece siempre retardado, por como la luz carece de los resplandores de otrora y de su amplia impetuosa inundante. Un amanecer allí, es gris, opaco, en el que se esfuman las siluetas, los contornos, y en el que ni hay horizontes ni perspectivas...

Parece como si el cielo, de una mate y húmeda grisura evanescente, cayese sobre la ciudad, colmando sus calles y lamiendo sus muros pétreos que chorrean.

Sólo reluce el suelo. Las grandes losetas de piedra tienen brillos tenues insospechados, y mantienen profundidades, en las que aparecen inverosímiles trozos breves de paredones y siluetas próximas.

Sólo se oye un glu-glu continuo, tenaz, monótonamente desesperante.

Y el clo-clo de los rucos contra las losas relucientes, limpias y húmedas, sobre las que resbala la lluvia con suave tenacidad, apagando el rumor de modo extraño. Es cuando la ciudad dormida recobra su pristino



Siluetas de la Torre del Reloj

# ORGANILLOS EN SANTIAGO

espíritu. Es cuando aparece más íntegra en su vetustez augusta, en su ciclópea grandeza de serenidades inéditas.

Bajo los porches exiguos, ensombrecidos siempre, cruzan siluetas conocidas. La beata ligera, peripuesta, entr metida y mandona. Amiga y conocida en la sacristía, camarera de santos e imágenes; la que arregla altares y mangonea en los ricos camerinos de las Vírgenes más rezadas y obsequiadas. La beata humilde, de los pasos cortos y bisbiseos largos; de los ojos bajos y el mirar huidizo; la que á las veces plancha las albas telas para los altares y apunta tímidamente el sitio donde «no haría mal un candelabro ó un florero». La otra, más sincera, más tímida, menos notada, que tiene un solo confesor y unos solos mismos pecados.

Y el canónigo, alto y flaco, ó bajo y grueso; el que camina ligero y el que da á sus pasos un ceremonioso ritmo procesionante. De todas clases, de todos los tipos, de todas las edades, pasan los curas.

¡Primeras horas! Suenan, entre rumor lento de lluvia, lentas campanadas, y se deslizan unos pasos silenciosamente, calladamente, religiosa-



Perspectiva de conjunto de la fachada del Preguntoiro de la maravillosa Catedral de Santiago de Compostela

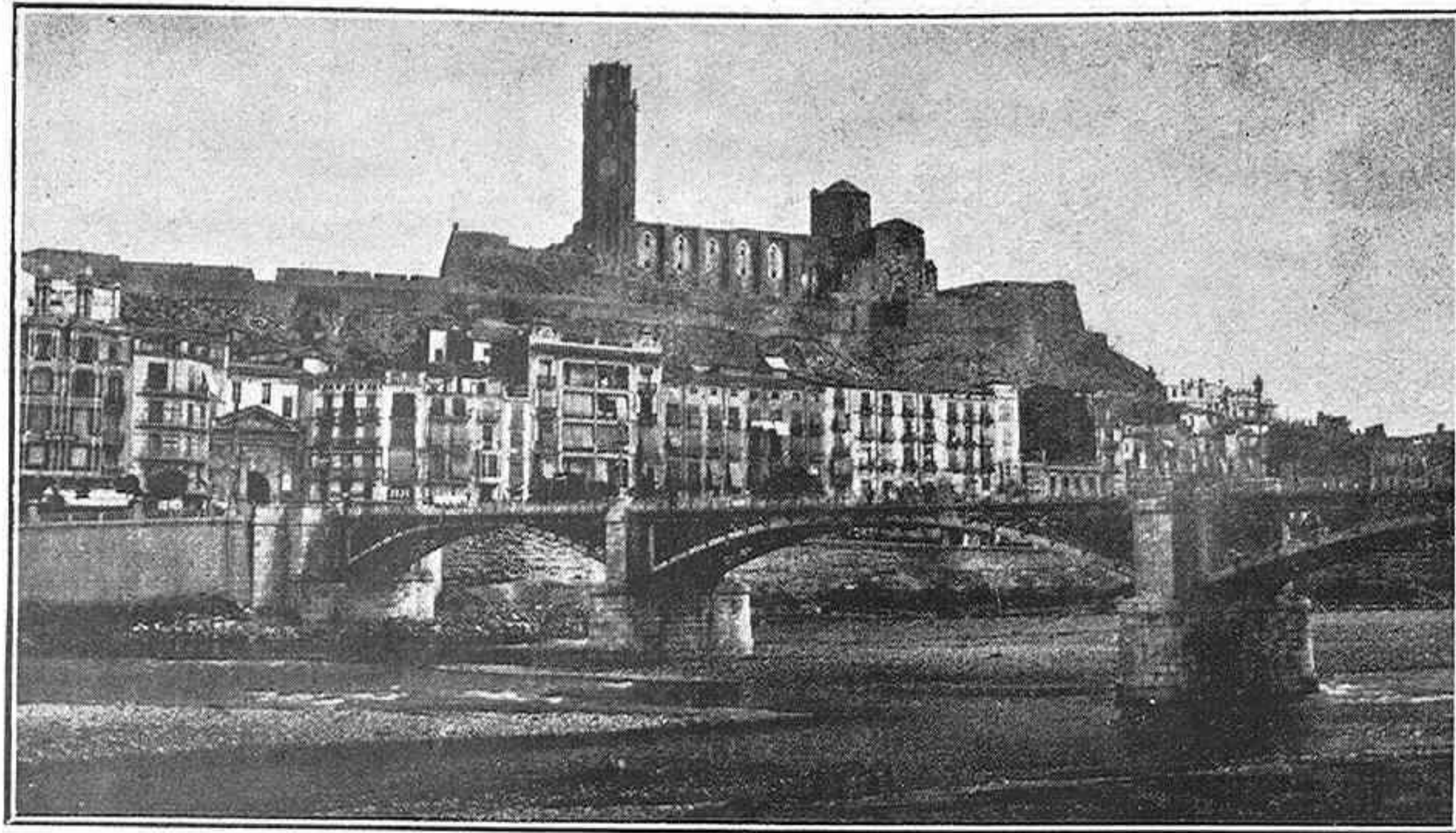


## LA SEO Y LA AZUDA DE LÉRIDA

## PEDIMOS PROTECCIÓN Y RESPETO PARA LAS ANTIGÜEDADES ROMANAS, MORAS Y CRISTIANAS DE LÉRIDA

ESTAS líneas y estas fotografías reproducidas en LA ESFERA no tratan solamente de dar al lector una imagen más de nuestra España pintoresca. Aspiran á llamar la atención de todos, y especialmente de quienes tengan poder y jurisdicción para evitar que acabe de borrarse una hermosa página de historia antigua en tierra española. Hemos subido á la Seo de Lérida. Hemos visto la Azuda, no ya invadida, sino destrozada. Sirve hoy de alojamiento á fuerzas de guarnición, y para habilitar los dormitorios están haciendo obras que la destruyen definitivamente. No pienso decir, por tanto, nada nuevo sobre la Seo de Lérida y sobre los restos de la venerable Azuda. Me contento con pedir que las dejen en paz.

Lérida, ciudad de tradición remota y de floreciente vida moderna, está coronada, en lo alto de su loma, por un fuerte maravillosamente emplazado de manera que domina la ciudad y el campo. Del muro más poderoso de esas fortificaciones á lo Vaubin surge la torre de la Seo. Toda la Seo sobresale como vencedora cuando, en realidad, está cautiva. La Seo, el Castillo, la villa nueva al pie y sobre el río Segre uno de los puentes más bellos del siglo pasado, componen armonioso conjunto. En esa armonía estética, formada por acoplamiento de elementos dispares, sería necesario ahondar un poco; dejar á un lado la silueta de Lérida, internarse hasta la plaza y luego trepar, calles arriba, para ver qué partes están muertas y qué otras viven aún dentro del panorama. Pero yo no he de hacerlo ahora, por no ser esta la ocasión ni el lugar adecuado. Sólo interesa aquí poner de relieve la singularidad del templo como una de las catedrales más bellas de Cataluña, aunque hoy esté deshecha y desfigurada. Y al mismo tiempo ver si puede salvarse todavía lo que resta de la Azuda, desalojándola, suspendiendo las obras y, por el contrario, realizando otras de carácter arqueológico que reconstituyan y descubran lo que de ese edificio valga. En realidad, esto debería entrar en la policía de costumbres. Hay quien gusta de ver en circunstancias excepcionales — trágicas ó, por lo menos, lamentables — las ruinas del pasado. Para estas gentes, en efecto, pocas visitas pueden ofrecer interés tan vivo y tan profundo como la del cerro de Lérida. Cuando entren bajo la protección oficial de una junta de monumentos nacionales ó de una corporación competente, ya no ofrecerán las notas pintorescas que hallamos ahora. No hay hiedra ni jaramagos entre las piedras rotas, como es uso en las ruinas de principios del XIX, porque el sitio es alto y el clima áspero; no las inunda la vegetación espontánea, y



Lérida.—Puente y castillo principal

más bien las ciega el polvo; pero á falta de ese prestigio romántico, tienen otros rasgos más originales. Un permiso de la autoridad militar—siempre cortés—franqueará al viajero las puertas de las murallas, y le consentirá hacerse cargo de la situación.

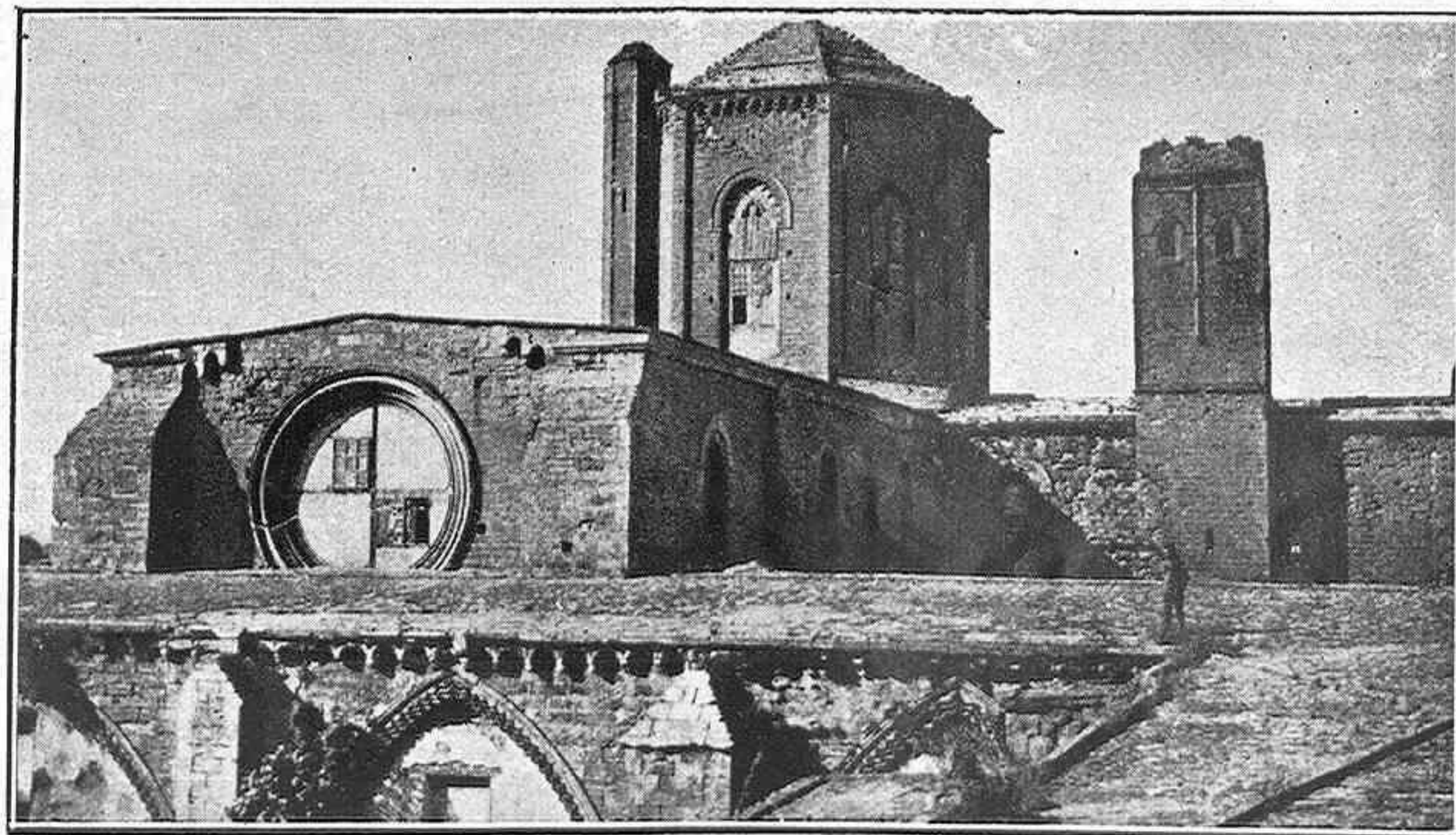
Arqueólogos y eruditos catalanes han descrito la Seo y la Azuda. He consultado la memoria de la Catedral Antigua del doctor D. Luis Roca y Florejachs, que lleva por complemento una monografía sobre «la Zuda», del cronista, que fué, de Lérida, D. José Pleyán de Porta. El libro sirve de guía artística, con su reseña histórica. Habla más de la construcción del templo que de su destrucción. Sabemos por el doctor Roca la fecha de la consagración, en 1278, y otras cosas esenciales para la historia de los monarcas aragoneses y de la Iglesia y el pueblo de la Corona. También la traza, peso y nombre de las campanas: *María* ó *Seny del Pont*; *Babilonia*, *Mercedes*, ó la *Sacristana*; *Son*, *Bárbara* ó *Seny de Gero*; *Rafaella*. Y las tres *Marietas*. Y una anónima; quizá construída por el mestre Jaime Ferrer ó por el cerrariense Tibaut Rahart, *mestre de senys*, «que floreció en el siglo XVI, labrándose con ello gran fortuna». La página más patética de ese libro de una catedral muerta de muerte violenta es la que dedica al traslado de los restos

napoleónicas, sino porque «instigado Azaquinolaza (un subalterno) por vanas maquinaciones de un general que creía salvar á Lérida del francés volando la Azuda, puso fuego á la mecha que había de llevar la desolación á la ciudad sin conseguir por esto librarla del enemigo».

Lo que es la Azuda para Cataluña, sólo con las dos figuras del Príncipe de Viana y de D. Jaime *el Desdichado*, que pasaron allí sus horas más amargas, nos lo dirá cualquier historiador nacional ó extranjero.

El doctor Roca no llegó á ver como nosotros hemos visto las bovedillas de la Azuda, rotas, truncadas, para convertir el local en dormitorio y abrir paso á escaleras que en su primitivo destino eran innecesarias. Su ánimo, «predispuesto á emociones patéticas»; quizá hubiera visto en esa profanación un castigo celeste que los pecados del rey D. Juan atraían hasta sobre las piedras de la Azuda: «... Viénesse aquí á las mientes la noble figura del príncipe de Viana, y llena el alma de santa indignación contra aquel rey y padre despiadado, créese todavía oír resonar sus gritos por aquellas bóvedas cuando, hincado de odillas el príncipe, desconfiado ya de hallar amparo en las leyes, suplicaba á su padre no procediese tan inhumanamente contra su propia sangre...» Aquí, D. Jaime *el Desdichado* oyó la irrevocable sentencia que le condenaba á morir en el fondo de un calabozo, resonando siempre en sus oídos las palabras altaneras de D.<sup>a</sup> Margarita de Montserrat: «¡Adelante, hijo! ¡Rey ó nada!» Nada llegó á ser. Pero, ¿qué es ya sino un recuerdo el rey que lo anuló? Y la propia Azuda, ¿qué es, tras de tantas profanaciones? Poco falta ya para su definitiva destrucción. Un empuje más de los siglos.

Quizá una vulgarísima disposición administrativa. Deseos tiene de vivir cuando se conserva todavía, á pesar de su sino trágico.



Lérida.—Conjunto Antigua Catedral

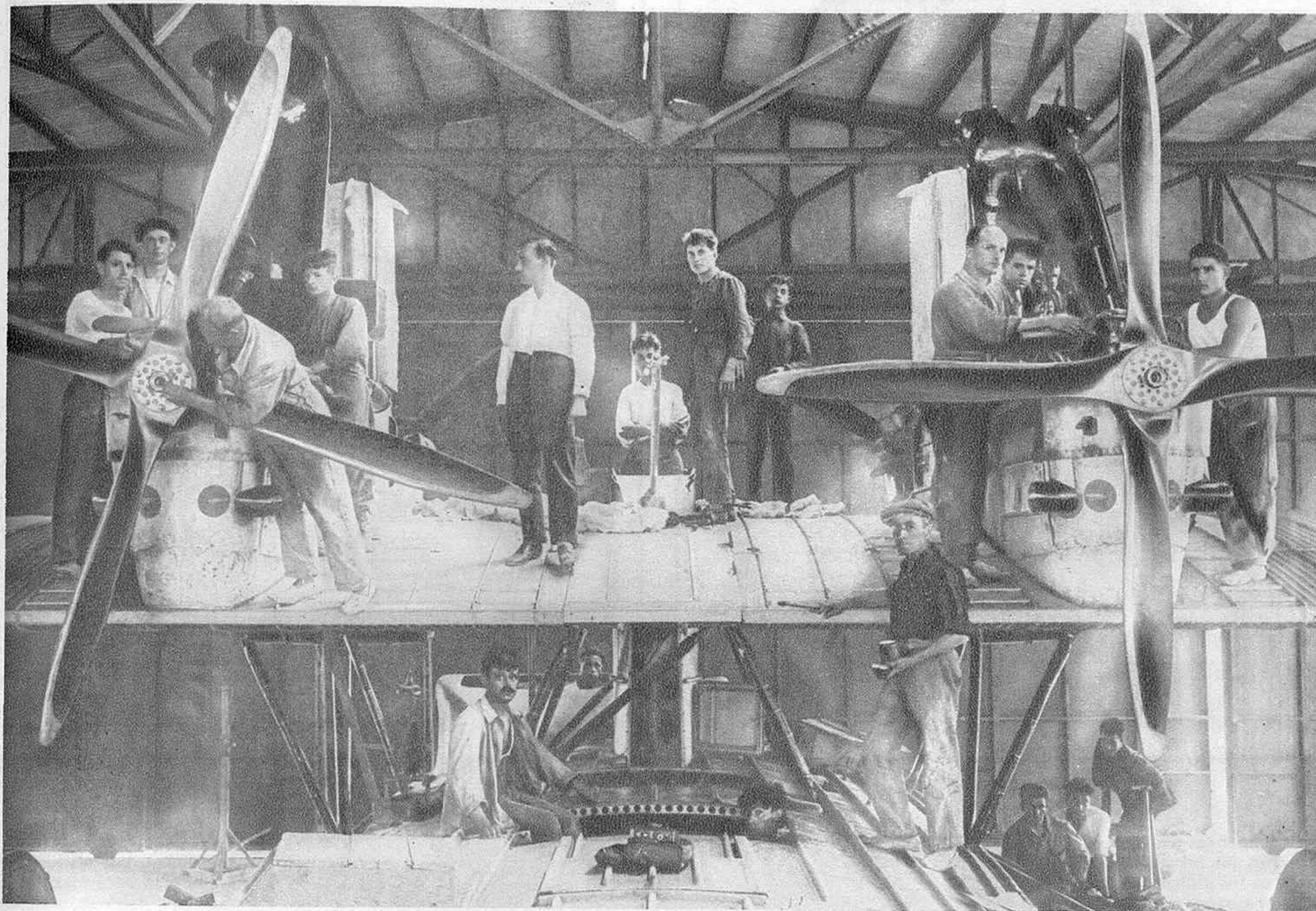
LUIS BELLO



«Mujercita de hoy», cuadro del pintor italiano Alvé Valdemí

# TRABAJO Y COMPETENCIA

## LAS RUTAS DEL GLORIOSO "NUMANCIA"



Interior del hidroplano durante los últimos trabajos de los operarios

YA está todo preparado para la larguísima jornada aérea, y dentro de pocos días el *Numancia* emprenderá el vuelo trasatlántico hacia las Azores, primera etapa del viaje.

Franco y sus compañeros van a probar una vez más el arrojo, pericia y voluntad indomable de los aviadores españoles que tratan de batir con este periplo aéreo el *récord* de la vuelta al mundo, recorriendo 40.000 kilómetros en cuarenta y cinco días. Los nombres de Franco, Galarza, Ruiz de Alda y Rada son una probada garantía del éxito del *raid*. Día tras día, con fervoroso ahínco y denodado afán, estos hombres han estudiado minuciosamente todo lo atañedor al larguísimo recorrido. Poco es lo que se ha dejado al azar; pero como quiera que la fortuna influye, con sus designios misteriosos, en todos los trabajos y resoluciones humanos, hacemos votos por que la suerte acompañe a nuestros bravos y competentes compatriotas en su gloriosa aventura.

El *Numancia*, al volar sobre lejanos continentes y bajo otros cielos, lleva en su armazón de aluminio la representación de la España optimista, nueva y jocunda, que busca, en las innumerables y gloriosas rutas aéreas, nuevos trofeos que añadir a su pasado esplendoroso.

Hoy, para no quedar rezagados en la marcha progresiva de los pueblos, hace falta demostrar con obras de paz, de trabajo, de probidad científica y de competencia, los tesoros que posee cada pueblo, y presentarse con este avatar al

gran concurso de la civilización. La silueta internacional de un país la van dibujando sus obras, y el respeto y la jerarquía no se consiguen con hueca y vana hinchazón palabrera, ni con desplantes majos, sino con el trabajo útil, callado y silencioso, que culmina siempre en una cosecha ubérrima de gloria y prosperidad.

Los aviadores que van a dar la vuelta al mundo en el *Numancia* llevan muchos meses estudiando y analizando cada detalle y minucia de la jornada. Manos expertas de obreros españoles han trabajado en la confección del *hidro* en la factoría gaditana, poniendo este hecho de relieve el conocimiento y la eficacia de los operarios indígenas.

Junto al ejército proletario y al lado de los técnicos que han construido el artefacto, han estado fijos los ojos sagaces y escrutadores de los pilotos.

En las mesas y tableros, repletas de mapas, de planos y artilugios mecánicos, han hecho, hora tras hora y día tras día, trabajos concienzudos, observaciones perspicaces, anotaciones útiles, hasta trazar el plan definitivo, demostrando con esta actitud que el principio del éxito, y el éxito mismo, en las grandes como en las pequeñas empresas, está en una buena y sólida preparación.

El *hidro* de Franco es un «Dornier Super-Wal», del tipo del *Plus Ultra*, aunque de mayores dimensiones que éste, de doble número de motores. Todos los aparatos de este tipo se hallan di-

vididos en distintos compartimientos, cuya utilización varía según que se trate de un «Super-Wal» militar, del comercial ó del de gran *raid*. El *Numancia* es el primer aparato de los fabricados para grandes *raids*, y ha sido adaptado y hecho expresamente para Franco.

Lleva el aparato hamacas para que los tripulantes puedan turnar en el descanso, y por medio de señales eléctricas pueden ponerse en comunicación los diferentes lugares del *hidro*. Los compartimientos del casco son siete, y en uno de los cuales—el departamento número 5—van cuatro tanques de gasolina de 600 litros cada uno, apoyados en el piso, y otros cuatro de 300 colgados del techo; en el departamento sexto van dos tanques de 1.200 litros. El *Numancia* lleva una carga total de 8.200 litros de gasolina.

En el puesto de los pilotos, el *Numancia* lleva excelentes instalaciones para la vigilancia de los motores y control del vuelo, y una instalación eléctrica completa, por medio de la cual el piloto puede hacer distintas señales a observador y mecánico, cualquiera que sea su situación. Estos también pueden comunicar con el piloto por medio de señales eléctricas que marcarán indicaciones según la clave convenida.

Desde el departamento quinto parte una escalera, que tiene acceso por medio de un tubo al interior de las alas, por las que se pasa a las dos cabinas de los cuatro motores, situadas sobre aquéllas.

El mecánico Rada puede llegar a dichas cabi-

# Los compañeros de Franco en el «Numancia»



El capitán Ruiz de Alda



El comandante Gallarza

nas y reparar las averías—si surgen—en las instalaciones, pero no en los motores, como han dicho algunos periódicos, por no tener todavía las cabinas de los motores la amplitud que ya se inició en aviones de tonelaje mayor.

En el departamento séptimo se instalará el navegador, con una mesa y los aparatos indispensables; tales como brújulas de inducción magnética, brújulas ordinarias, derivómetros, sextantes y cartas.

El *hidro*, al emprender el *raid* de la vuelta al mundo, saldrá con los cuatro motores en marcha. Pero se puede también continuar el vuelo desde el principio, aunque se inutilice uno, en el caso de que la carga sea la calculada, y cuando ya se haya gastado bastante gasolina se podrá volar con dos motores.

El punto de partida es Cádiz, que lo será también de llegada. Pero el itinerario del vuelo no puede ceñirse al paralelo  $36^{\circ} 31' 7''$  de latitud Norte, que pasa por la ciudad gaditana, pues la necesidad de buscar un punto donde poder efectuar escala durante la travesía del Océano Atlántico, la conveniencia de ajustarse al borde norte del Pacífico, la imposibilidad

El mecánico Rada  
(Fots. Díaz Casariego)

de efectuar largos vuelos sobre tierra por utilizarse un *hidro* y la necesidad de contar con lugares adecuados para el amaraje y permanencia del aparato al final de cada etapa, han hecho separarse la ruta en algunos trozos y á distancia bastante larga del citado paralelo.

El vuelo será efectuado en veinte etapas. Los recorridos y distancias de las etapas son los siguientes:

	Kilómetros
Cádiz-Azores (I. Fayal)	2.000
Azores-Halifax	2.850
Halifax-Nueva York	1.000
Nueva York-Habana	2.200
Habana-Veracruz	1.500
Veracruz-La Paz	2.000
La Paz-San Francisco	1.900
San Francisco-Prince Rupert	2.000
Prince Rupert-Unalaska	2.300
Unalaska-Paranuschir	2.400
Paranuschir-Tokio	2.400
Tokio-Kagosima	1.000
Kagosima-Manila	2.300
Manila-Port Vitoria	2.500
Port Vitoria-Colombo	2.200
Colombo-Bombay	1.700
Bombay-Bushire	2.500
Bushire-Alejandreta	1.800
Alejandreta-Palermo	2.000
Palermo-Cádiz	1.550

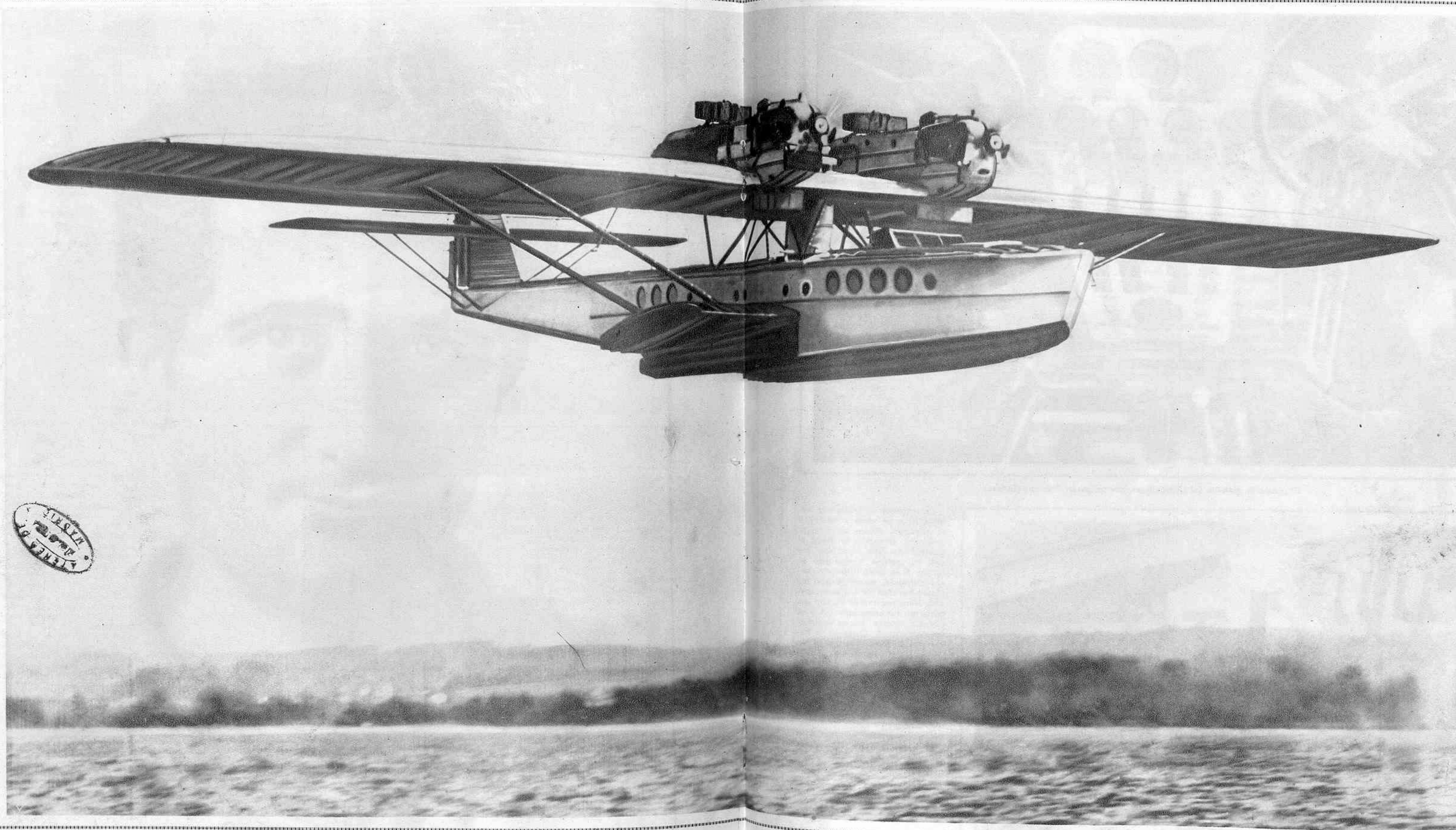
Recorrido total . . . 40.100

# Franco y sus ojos llenos de inmensidad



El pelo enmarañado, la piel tostada por el sol y los ojos fijos y brillantes, dan a la cara de Franco un aire de vieja medalla, y justifican el nombre familiar con que denominan sus compañeros al heroico aviador: el «chacal»

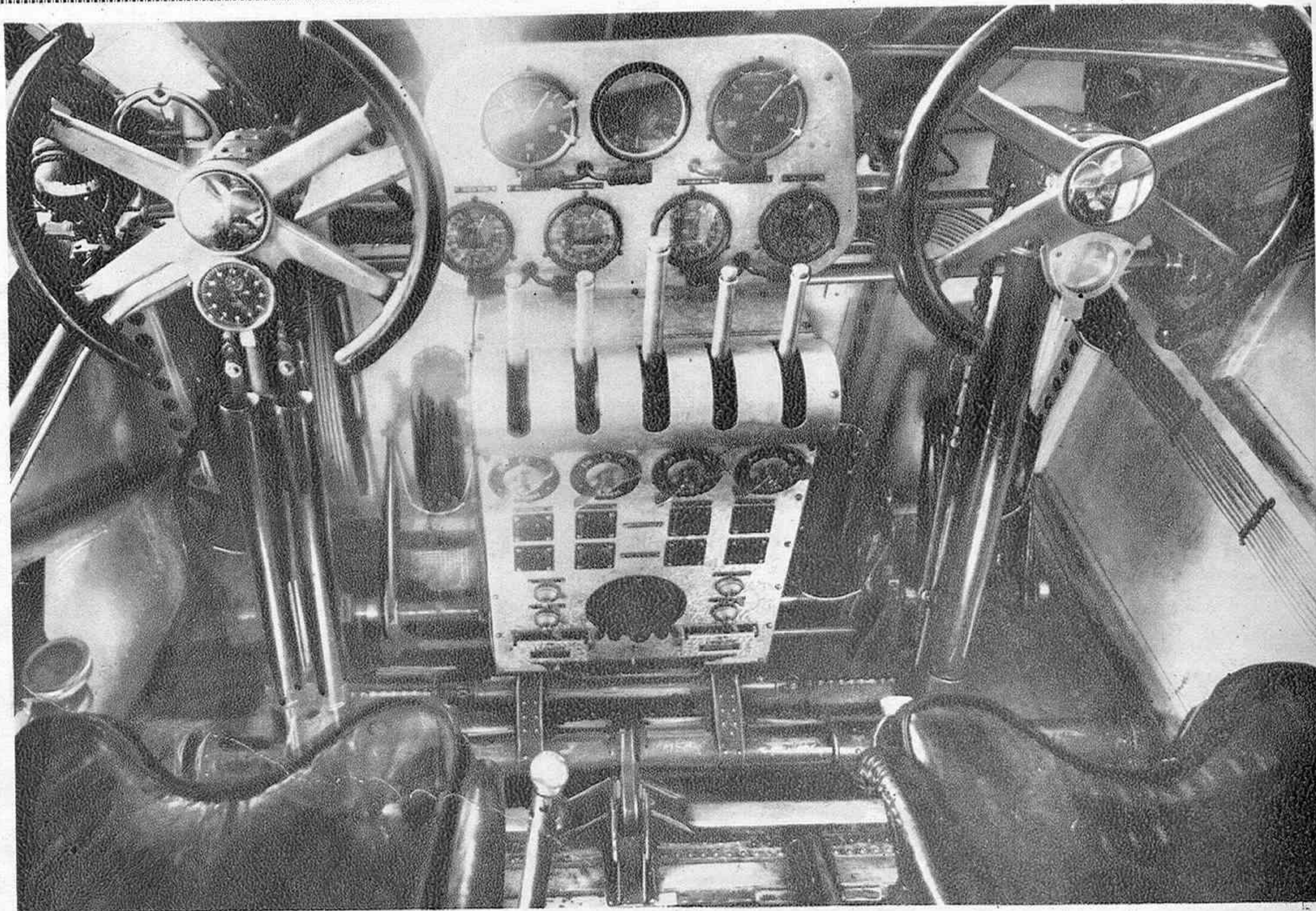
El aparato «Numancia» preparándose en sus vuelos iniciales para dar la vuelta al Mundo.



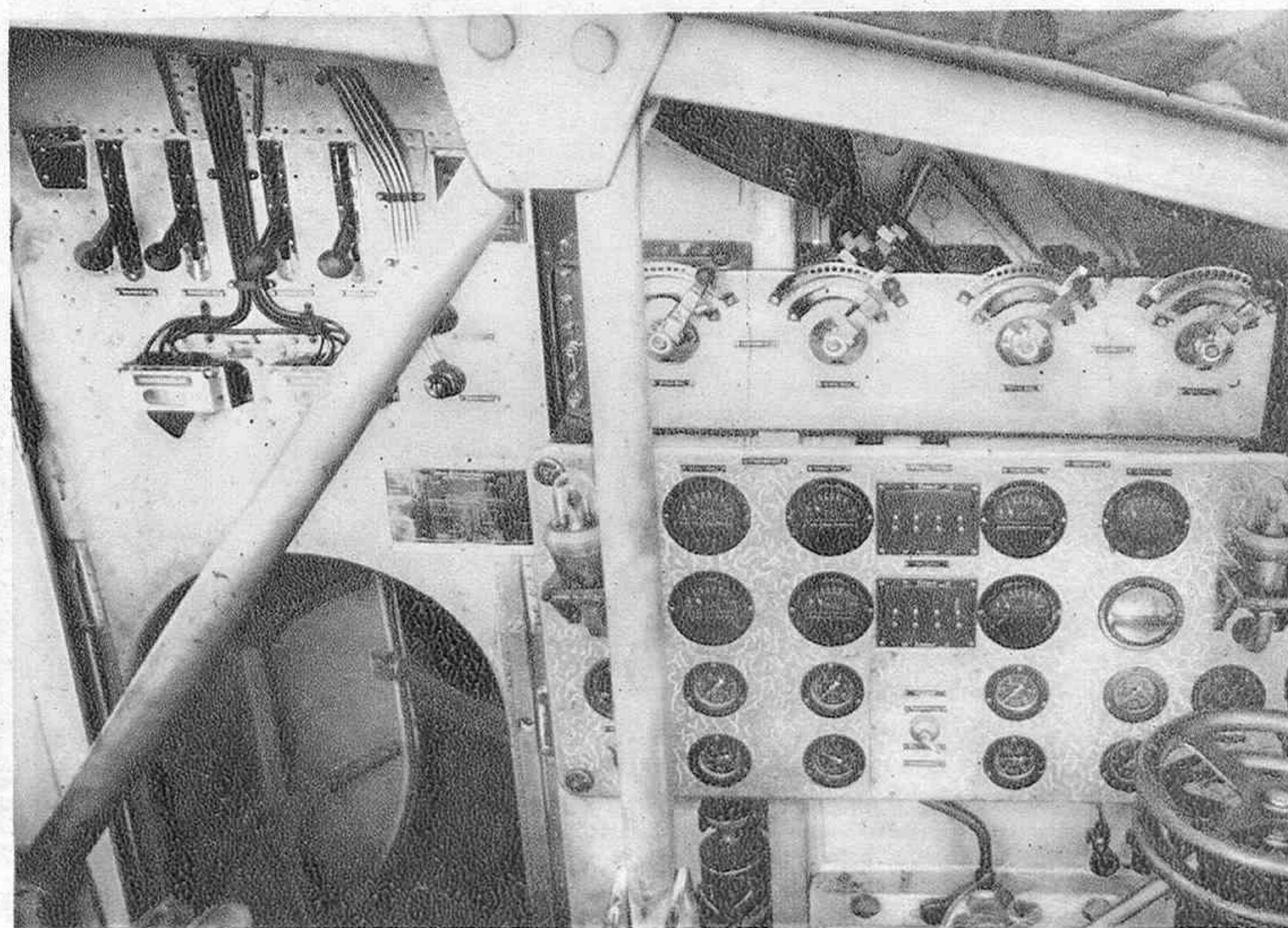
El «Numancia», enorme pájaro de aluminio, bate sus alas sobre el verde tapiz del Atlántico, teniendo por todo la belleza del cielo andaluz. Codicioso de inmensidad, ebrio de volar bajo otros cielos, llevando junto a sus motores tronitantes los corazones afanosos de gloria de un puñado de españoles, el hidro *desentumece* su complicado armazón en estos vuelos preliminares, preparándose

para dar el salto gigantesco sobre la corteza terrestre. El ruido de los motores del «Numancia» no acallará, seguramente, el latir del corazón de España, que acompañará en su *raid* a los bravos compatriotas, cuya heroica proeza abre ilimitados horizontes a su patria, inmortalizando los nombres de estos fervorosos amantes de la gloria. (Fot. de nuestro enviado especial Sr. Díaz Casariego)

# Detalles del « Numancia »



El puesto de mandos del «Numancia», que ocuparán Franco y Gallarza



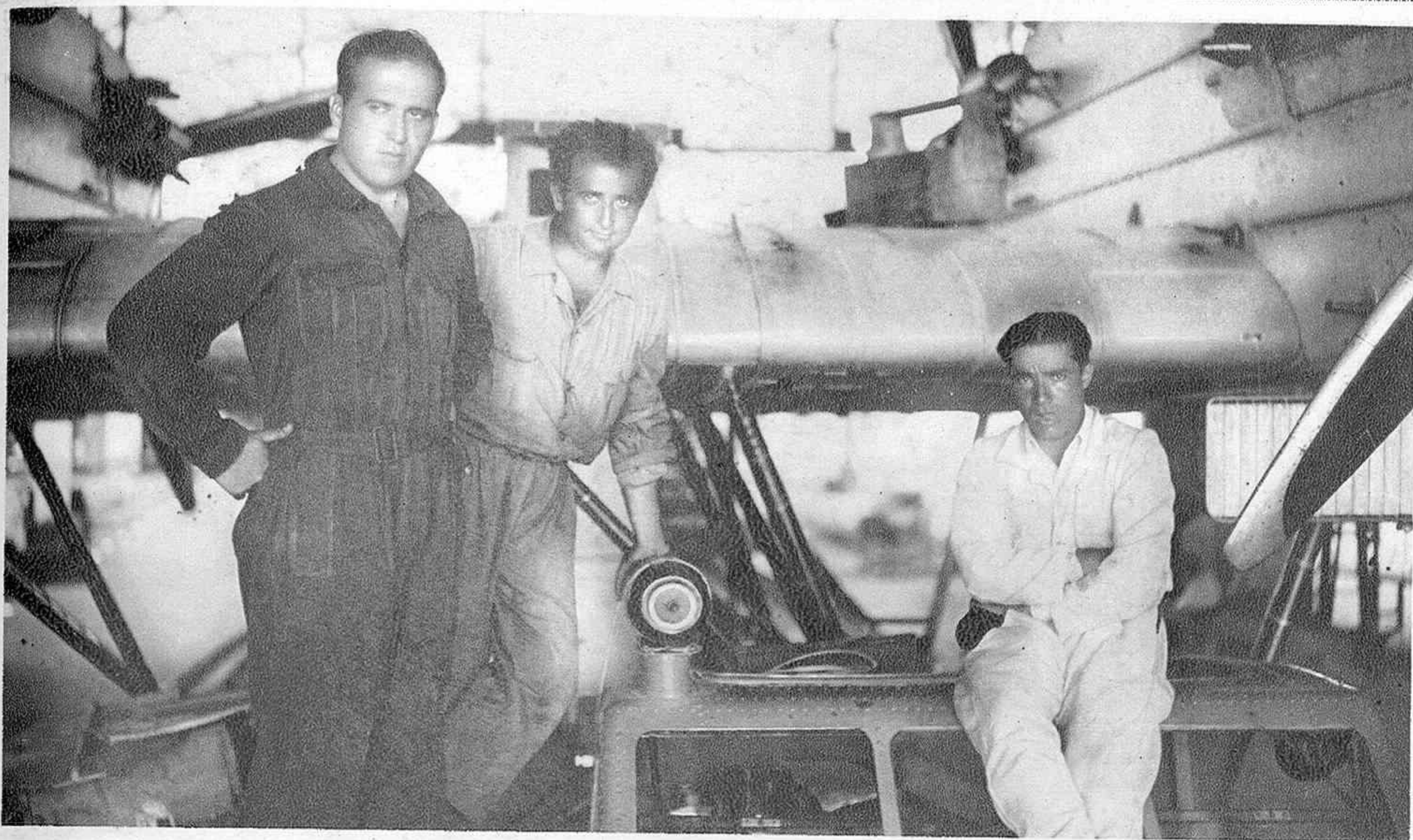
La empresa es realmente admirable, y su éxito acrecentará el prestigio sólido de nuestra Aviación, llenando de gloria el nombre de esos españoles que con su ciencia y denuedo se lanzan á la tarea difícil de cruzar el mundo, rememorando las viejas hazañas de los antepasados. Nuestros aviadores, con sus trabajos, sus conocimientos y su eficacia técnica, hacen recordar las palabras de Plutarco al hablar de la vida afortunada de Alejandro el Macedonio, el cual dijo del caudillo de la antigüedad que «es cierto que tuvo mucha suerte en sus intentos, pero que él también ayudó á la fortuna». Que ésta le sea propicia á Franco y sus compañeros es lo que desean los millones de españoles que desde el viejo solar patrio van á seguir, con el corazón henchido de amor, de esperanza y de orgullo, las rutas del glorioso *Numancia*.

X. X. X.

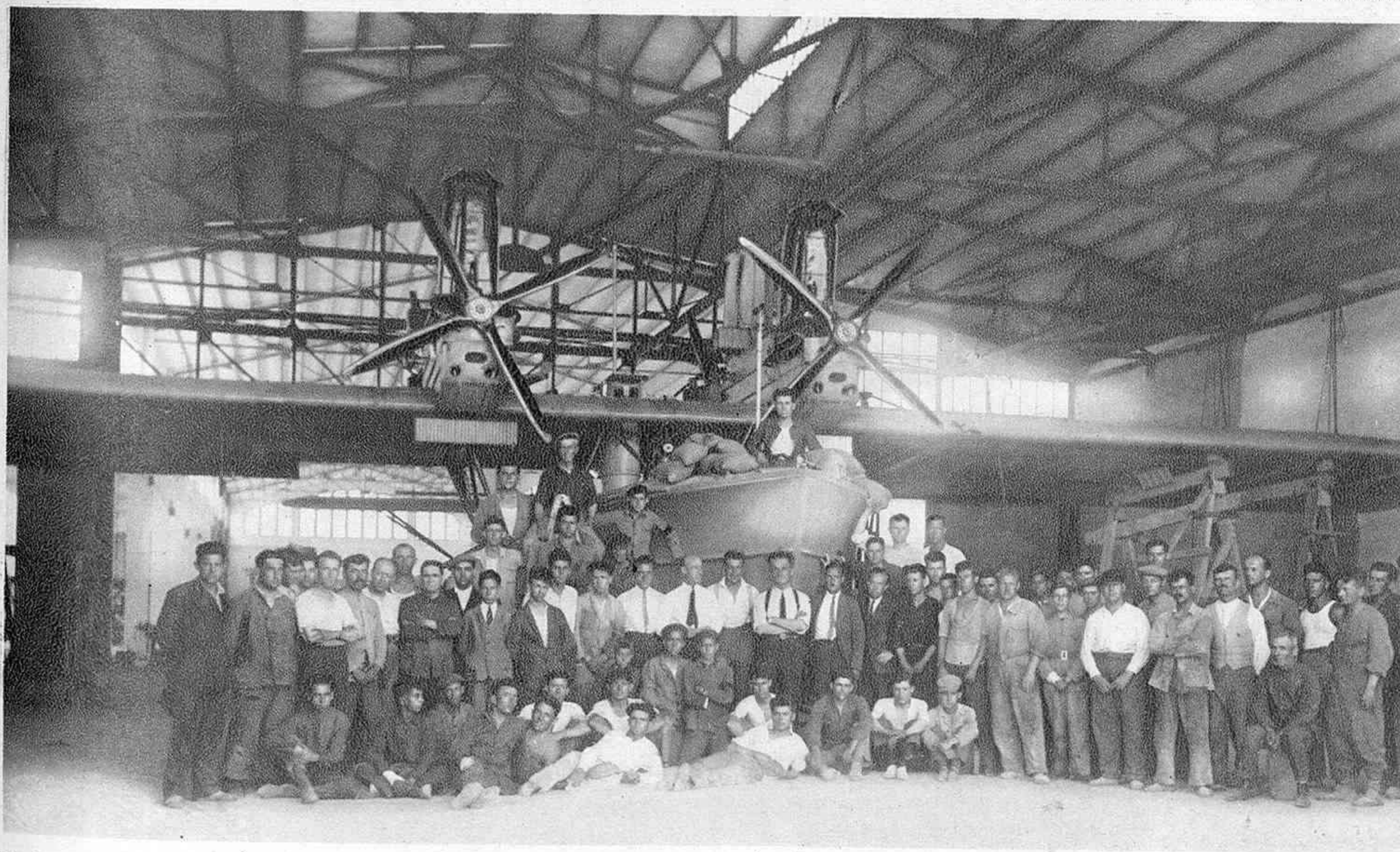
Lado lateral del puesto de mando del «Numancia», con el cuadro eléctrico

(Fots. de nuestro enviado especial Díaz Casariego)

# Los tripulantes del «Numancia» y los constructores del avión



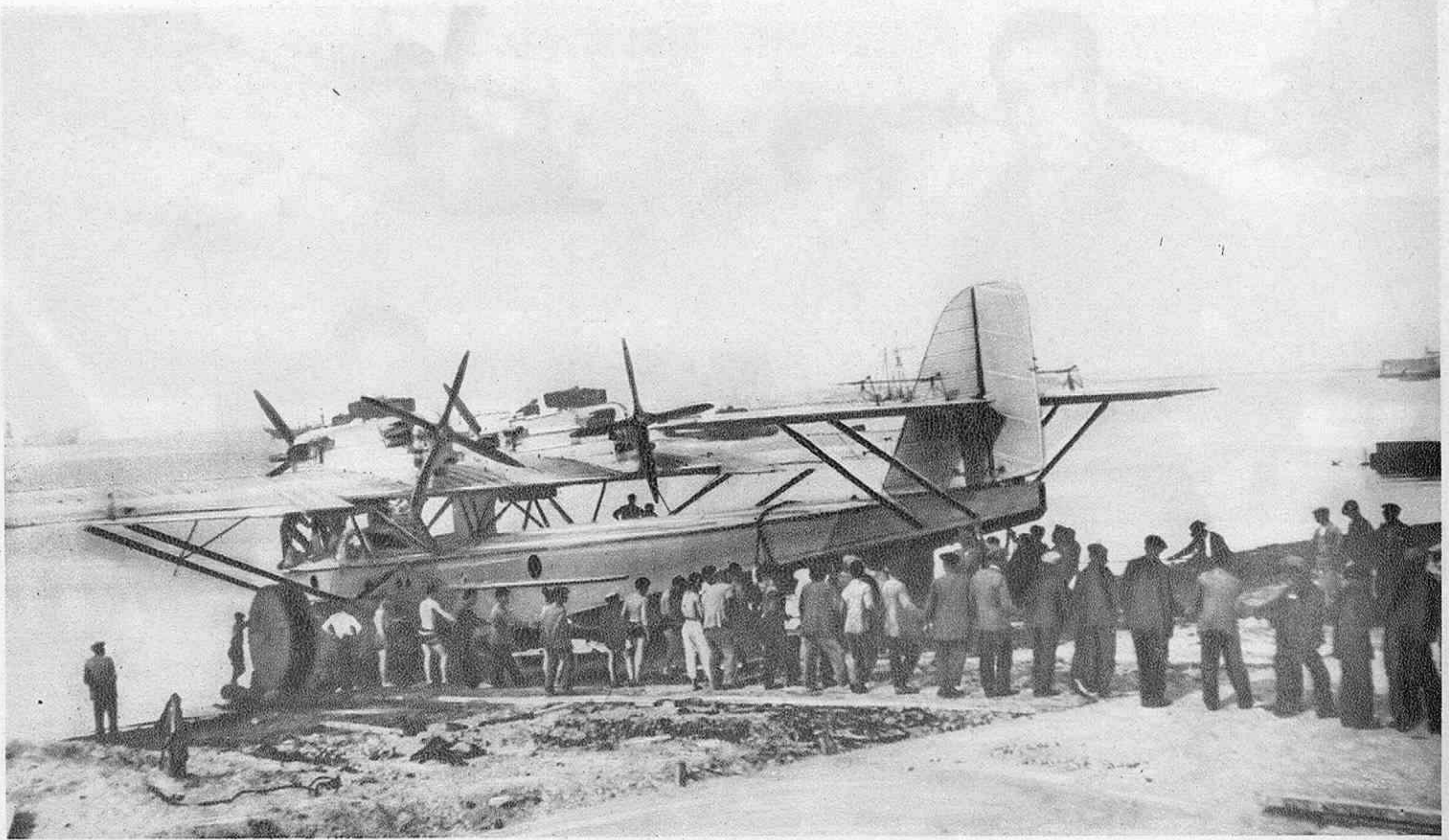
Ruiz de Alda, Franco y Gallarza en las alas del avión «Numancia», durante su construcción, en el hangar de Cádiz



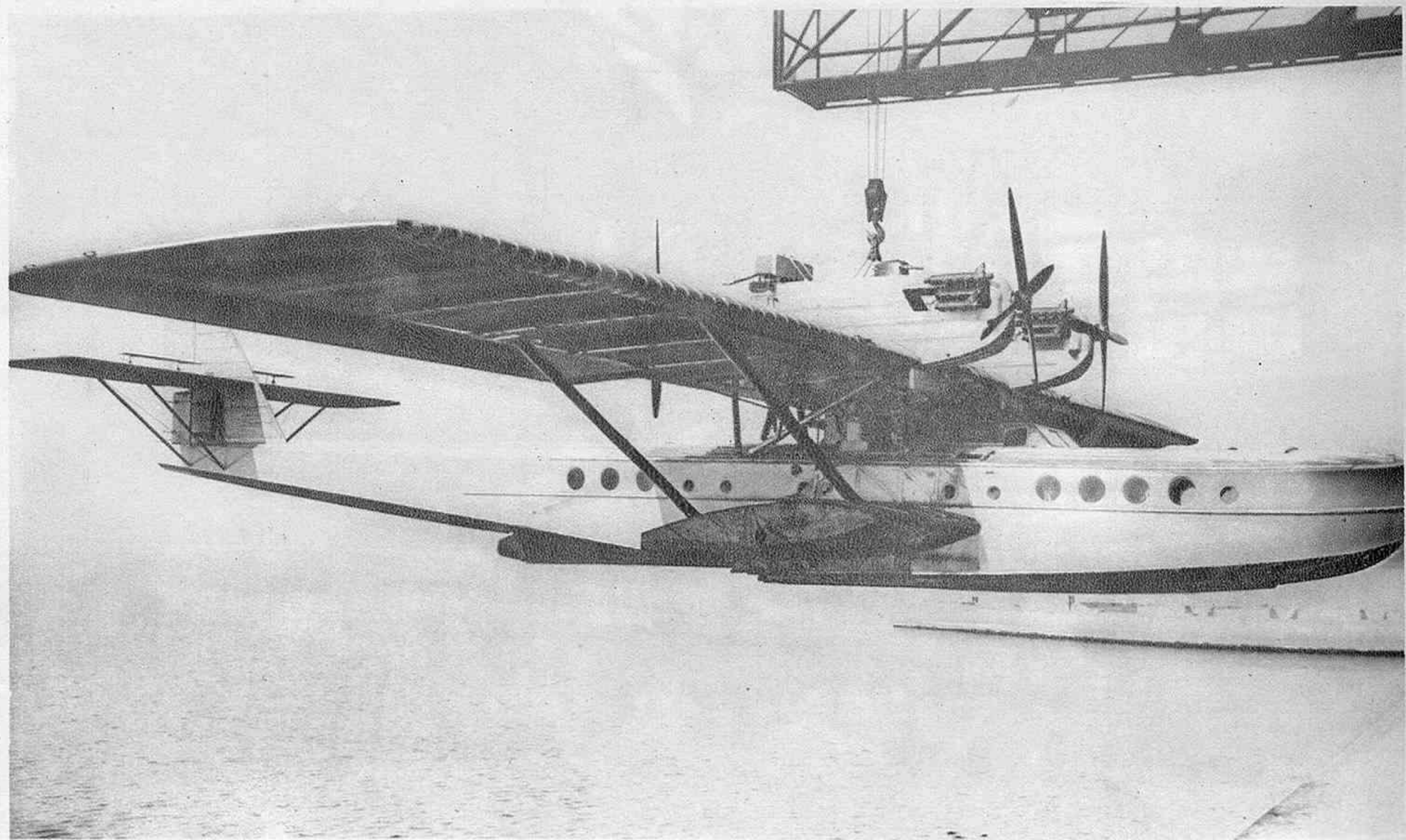
El ingeniero constructor del aparato, Sr. Espinosa de los Monteros, rodeado del personal obrero que ha construido el avión, en Cádiz  
(Fots. de nuestro enviado especial Díaz Casariego)



# Las pruebas del «Numancia»



Momento de sacar el hidroplano «Numancia» del hangar para ser lanzado al agua



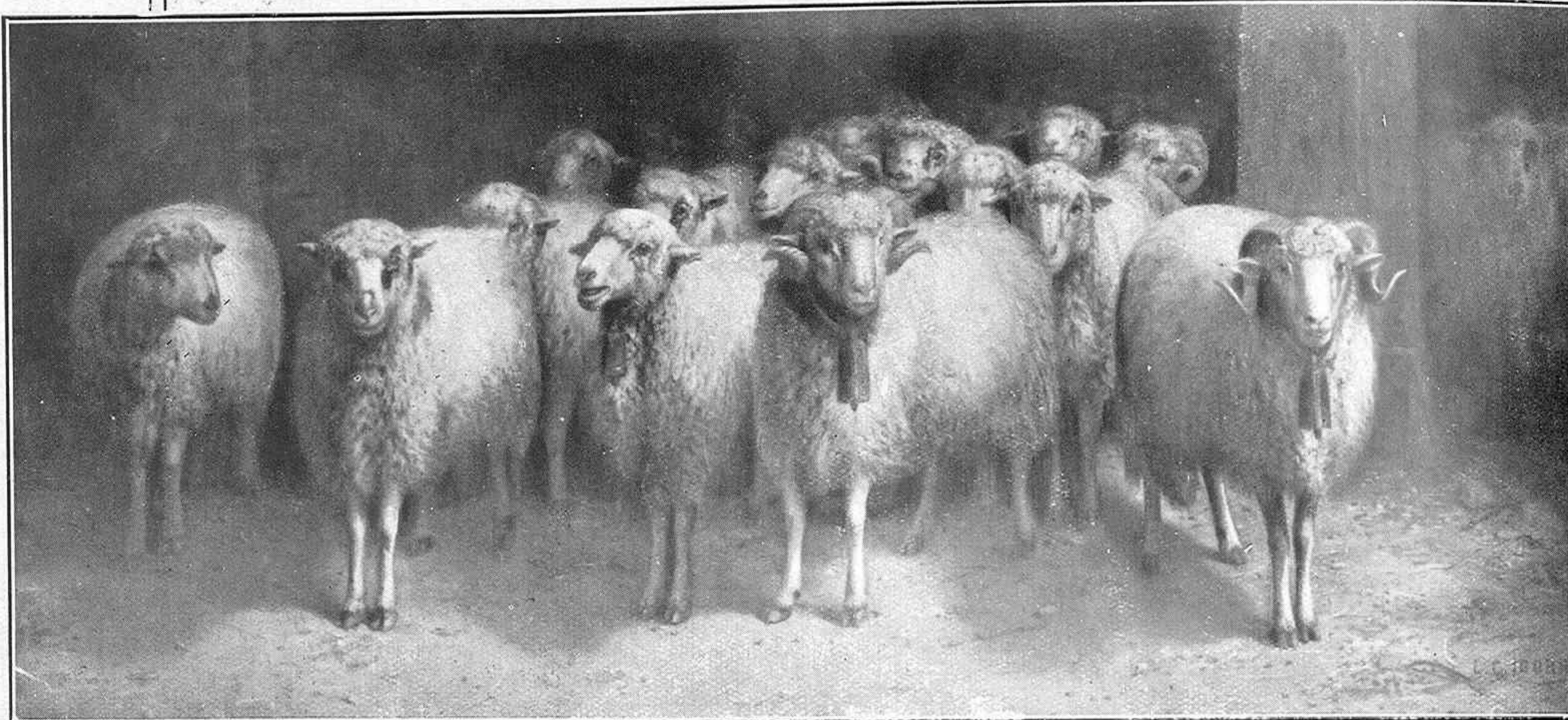
Acto de descenso al agua del «Numancia» en la bahía de Cádiz  
(Fots. de nuestro enviado especial Díaz Casariego)



ARTE ARGENTINO

«Función de gala», dibujo original de Jorge Larco

# LA COPLA DEL ZAGAL



«Esperando la salida», cuadro original de Lino Casimiro Iborra, propiedad del marqués de Villarrubia de Langre

Ya rompió el día las sombras;  
luz del alba; el cielo raso;  
las altas cumbres con nieve,  
y, en los pinares, cantando  
el viento, como el murmullo  
de un mar profundo y lejano.

Ya ha amanecido en la sierra;  
mañana fresca de Mayo;  
ya en la majada comienzan  
su desespero, temblando,  
las esquilas; ya el mastín,  
con la carlanca en el áspero  
cuello, saluda á la aurora,  
entre las jaras, saltando.

Ni una nube; limpio, el cielo  
es un zafiro esmaltado  
que, por Oriente, ya muestra,  
fugaz, un tímido rastro  
de nácar; ya pronto el sol  
se anunciará galopando  
con sus corceles de fuego;  
¡mañana hermosa de Mayo!

¿Dónde está mi zagala,  
que no la veo?  
Ven, zagala, ven pronto,  
porque me muero.

Canta un zagal, y la copla  
se pierde, triste, á lo largo

del cielo, como si fuera  
las leves alas de un pájaro  
que va buscando su nido  
sin que jamás pueda hallarlo.

Por más que voy buscando  
dónde te encuentras,  
nunca puedo encontrarte;  
nuestras dos sendas  
van por distinto lado;  
¡mira qué pena!

Ya sale de su majada;  
ya baja por el atajo  
el zagalín de la copla;  
ya viene con su rebaño  
todo de blancas ovejas;  
van las esquilas sonando  
y el rudo mastín camina  
junto al zagal.

Ya ha asomado  
su roja faz por Oriente  
el sol; ya tienen los álamos  
del valle, en sus altas puntas  
inmóviles, un dorado  
matiz; la bruma del río  
va deshaciéndose en vagos  
jirones, y en el espejo  
del agua, al dar de soslayo,  
el sol, tan fúlgido brilla,  
que casi ciega el mirarlo.

Ya el cielo es volcán de lumbres;  
ya no hay sombras; todo el campo  
está lleno de armonías  
y de luz; todo está claro;  
todo parece que sueña  
con una esperanza; hay tanto  
de ilusión en el paisaje  
de esta mañana de Mayo,  
que hasta el zagal de la copla  
que baja con su rebaño  
por la ladera del monte  
hacia los líricos álamos  
del río, donde la siesta  
se pasa mejor soñando,  
canta esta copla que tiene  
el vuelo alegre de un pájaro:

Ya no tengo la pena  
que antes tenía;  
esta noche he soñado  
que me querías.  
Ya no tengo la pena  
que antes tenía;  
¿será verdad mi sueño,  
serrana mía?

Ya todo el campo es de oro;  
todo de sol se ha llenado;  
cumbres, valle, sendas, cielo,  
pinos, jaras, río y álamos;  
ya en su cuadriga la aurora  
sube al cenit galopando  
con sus corceles de fuego...  
¡mañana ardiente de Mayo!

FERNANDO LOPEZ MARTIN

## IMPRESIONES BARCELONESAS

## DOS SIMILES DEL SEÑOR TRULLOLS

EL señor Trullols, como todas las mañanas, ha dado cuenta del desayuno, se ha enterado por *La Vanguardia* de las últimas noticias, ha discutido con su mujer por no importa qué futesa, y sale a la calle en dirección al despacho en que ha consumido el setenta y cinco por ciento—lo tiene perfectamente calculado—de las horas de su existencia.

Va pensando en «el negocio»; camina abstraído en sus preocupaciones, sin advertir que cuanto le rodea vibra y se conmueve por el influjo de la primavera. Hay en el cielo una maravillosa luminosidad que impregna de alegría todo cuanto alcanza, y el perfume de las mujeres y el aroma de las flores llenan el aire de una suave fragancia. El señor Trullols es una persona seria, y no advierte nada de esto, porque no puede destinar la más pequeña fracción de su tiempo a «majaderías».

De repente oye un lejano zumbido. Otro zumbido. Y otro. Y otro. Estos zumbidos, á poco, se convierten en un horrible estrépito que atruena el espacio. ¿Qué pasará? Y el señor Trullols, que

hace lo que ve hacer á la gente, eleva su mirada al cielo.

Y ve un avión, y otro, y otro, hasta cerca de un centenar de aviones, que cruzan en bandada la inmensidad azul. Se reconcentra un momento, medita, y al cabo expresa su pensamiento con estas palabras:

—Parecen palomas.

•••••

Pocos días después, el señor Trullols pasea en la mañana dominguera por los jardines del parque de Montjuich. Ha subido lentamente la rústica escalera que se alza frente á la plaza de España y se ha distraído observando cómo de rellano en rellano iban aumentando las perspectivas ciudadanas. Primero, la plaza de toros, la Gran Vía, el Paralelo y las azoteas vecinas; más tarde, las cúpulas, la Catedral, la Sagrada Familia, Colón; después, el mar, las barriadas extremas, los cercanos pueblecillos costeros. Y cuando ha llegado á lo alto, insensiblemente, su mirada ha ido á buscar un punto perdido en la

aglomeración urbana. «Allí—se ha dicho—está el despacho», lo más interesante para él de cuanto se encierra en la ciudad.

Y mirando hacia «allí», como embobado, no ha visto que á pocos pasos de él se desarrollaba un magnífico espectáculo. De unas cestas apiladas en el suelo salían docenas y docenas, centenares de palomas, que aleteaban torpemente á lo primero y después se elevaban con majestuosidad en el espacio. Cuando se ha dado cuenta, ya estaban en lo alto formando una bandada inmensa.

Y el señor Trullols, después de pensarlo un buen rato, mientras la bandada de palomas se convertía en una nube que se alejaba rumbo al Norte, ha dicho así:

—Parecen aviones.

•••••

El señor Trullols es uno de esos hombres pintorescos que alardean de llamar al pan, pan, y al vino, vino.

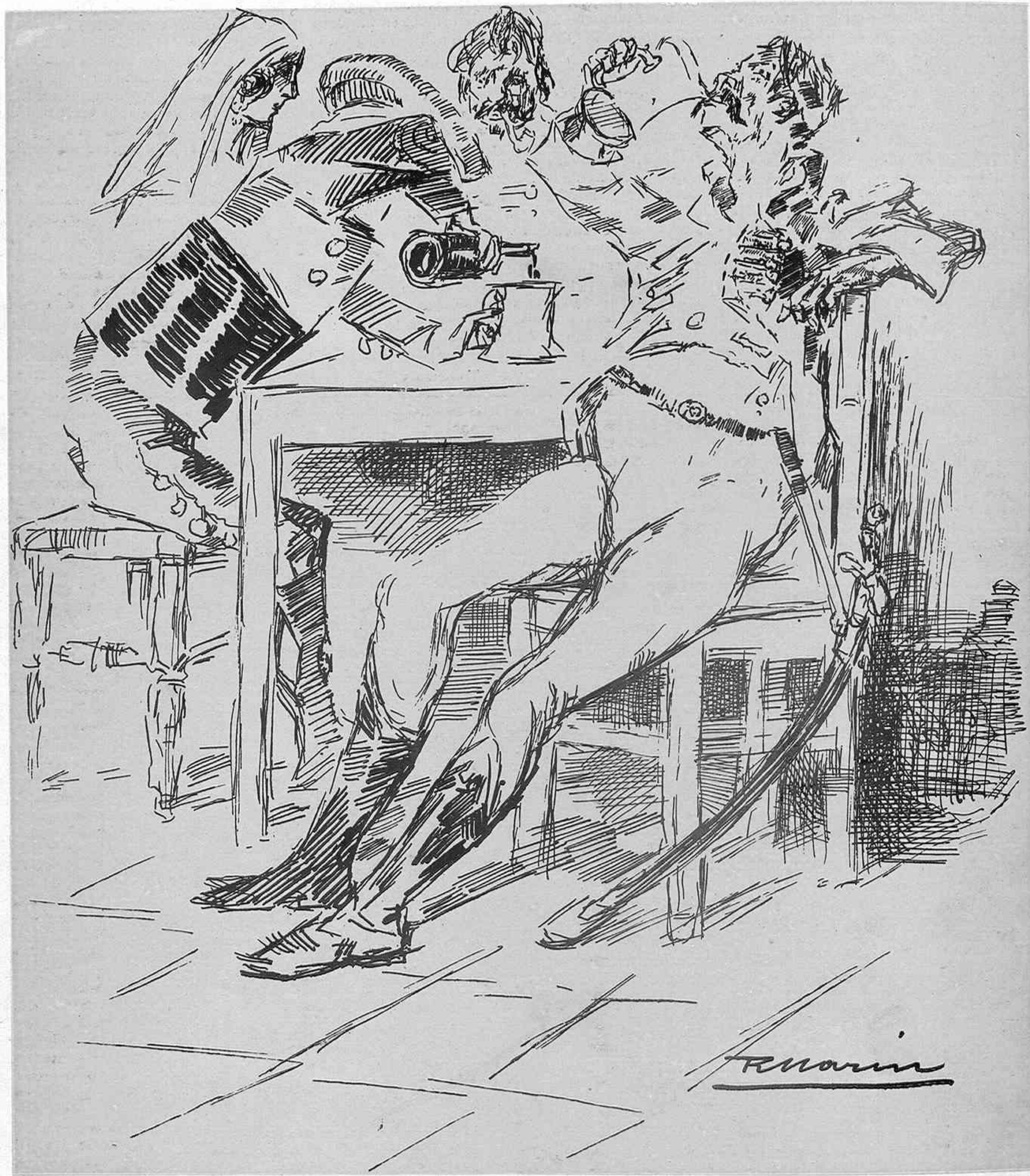
BRAULIO SOLSONA



... que aleteaban torpemente á lo primero, y después se elevaban con majestuosidad en el espacio

## G L O S A G A L D O S I A N A

## LA BATALLA DE LOS ARAPILES



... que si eran enemigos mortales de España, no lo eran del vino que dan sus vides...

(22 de Julio de 1812)

EN tierras de Salamanca hubo de jugarse el genio de Napoleón, representado por el mariscal Marmont, y el ejército aliado, compuesto por fuerzas británicas, lusitanas y españolas, á las órdenes de lord Wellington, una de las partidas más interesantes de aquel cruento y enconado juego en que España y Francia

andaban empeñadas desde hacía cuatro años.

Los dos cerros llamados Arapiles, cerca del pueblo del mismo nombre y cercanos á la docta ciudad que baña el *Tormes*, eran como si dijéramos el garito en donde empeñárase tan trascendental jugada.

*Gabriel de Avaceli*, á quien amor y el deber militar trajeron á esta campaña con el grado de comandante, que paulatinamente fué ganado en

las memorables jornadas de Bailén, Zaragoza y Albuera, hablaba con un grupo de compañeros, dándoles noticia de la arriesgada visita de espionaje que hizo á Salamanca de orden del lord; comisión más difícil de cumplir por habersele agregado aquella miss Fly, que era parte integrante del ejército británico.

Hubo necesidad de disfrazarse de charro para penetrar en la nueva Atenas y hacer amistad

con algunos gabachos, que si eran enemigos mortales de España, no lo eran del vino que dan sus vides; y, á pesar de estos conocimientos, estuvo en riesgo inminente de que le descubrieran, que hubiera sido tanto como haber recibido pasaporte para la otra vida. Pero lo que se calló, porque á nadie mas que á él le interesaba, fué la entrevista con su novia y la desesperación que sintió cuando una vez más se le desvaneció como una quimera a prenda de su amor.

No faltó quien le diera *vaya* con la señorita inglesa que no volvió con él al campamento. ¿Qué, se la había dejado allá como objeto insertible? Pues á fe que los ingleses pediríanle cuenta de ella, y ya se sabía que el coronel Simpson hubo de llegar á tal extremo. El mismo general D. Carlos de España, no dando crédito á que la caprichuda amazona campaba por sus respetos, dijo á Araceli con cierta familiaridad, muy extraña en aquel ogro que años más tarde hizo su nombre tristemente célebre en todo el principado de Cataluña:

«—Picarón redomado, ¿dónde demonios has metido á la inglesita? ¿Qué has hecho de ella? Ya te tenía yo por buena alhaja—. Cuando el coronel Simpson me dijo que estaba sobre ascuas, le contesté: —No tenga usted duda: los españoles miran á las mujeres como cosa propia.»

Con arreglo á los datos suministrados por Araceli, dispuso el caudillo inglés el plan de batalla.

Amaneció el 22 de Julio. Desde la noche anterior estaban acampadas las fuerzas aliadas, dispuestas á entrar en batalla tan pronto como lo ordenara el generalísimo.

«Con las primeras luces del día, la brigada inglesa se puso en marcha hacia el Arapil grande. A medida que se acercaban —dice Araceli en sus gloriosas Memorias—, más nos convencíamos de que los franceses se nos habían anticipado, por hallarse en mejores condiciones para el movimiento, á causa de la proximidad de la línea. El brigadier Pack distribuyó sus fuerzas y las guerrillas se desplegaron. Detrás de una columna aparecieron los franceses. El brigadier Pack, uno de los hombres más valientes y más serenos que he visto, arengó á los *highlanders*. El coronel que mandaba el tercero de cazadores arengó á los suyos, y todos arengaron, incluso yo, que les hablé en español, el lenguaje más apropiado á las circunstancias. Tengo la seguridad de que me entendieron.»

Luego de un furibundo choque en que franceses y británicos se acometieron con infernal saña, retiráronse los primeros; pero todo hacía sospechar que tal retirada no era huida, sino evitar nuestro ataque hasta tanto que les llegaran refuerzos. En uno y otro campo las pérdidas venían á ser iguales. La desventaja del ejército aliado estaba

en ignorar las fuerzas con que pudiera volver el enemigo.

«Veíase enfrente el espeso bosque de Calvarrasa, y nadie sabía lo que se ocultaba bajo aquel manto de verdura.»

Tan pronto como Pack vió retirarse á la segunda columna francesa, redobló la tentativa contra una ermita que parecía servir de base á la operación. Los *highlanders* atacáronla por varios puntos con denodados esfuerzos; pero al sonar los primeros disparos comenzaron á salir franceses del bosque en tan crecido número, que amenazaban envolver nuestras fuerzas.

El momento era decisivo; la más ligera vacilación podía traer una espantosa derrota. Los franceses continuaron avanzando, pero en silencio, como monstruosa fiera que aguarda el instante propicio para lanzarse ventajosamente sobre su rival. De pronto comenzaron á disparar, y como una nube de plomo y de fuego se disponían á caer sobre las filas inglesas.

Gabriel de Araceli «había visto cosas admirables en soldados españoles y franceses tratándose de atacar; pero no había visto nada comparable tratando de resistir. No había visto que las columnas se dejaran acuchillar. El viejo tronco inerte no recibe con tanta paciencia el golpe de la segur que le corta como aquellos hombres la bayoneta que les destroza. Repetidas veces rechazaron á los franceses, haciéndoles correr mucho más allá de la ermita. Había gente para todo, para morir matando y para morir resistiendo.»

Pack necesitaba fuerzas para cubrir las nume-

rosas bajas que hacía el enemigo, y mandó al ayudante Araceli que fuera á pedir las al lord, diciéndole que *con lo que quedaba* no era posible dominar el Arapil grande, á lo que respondió Wellington con su flema imperturbable:

«—Yo no he mandado á Pack que domine el Arapil grande, porque eso es imposible, sino que impida el que los franceses se establezcan allí definitivamente. ¿Se establecerán? ¿No queda ya el 23 de línea, ni el 3.º de cazadores, ni el 7.º de *highlanders*?»

Las fuerzas napoleónicas parecían cambiar de táctica, intentando envolver á las inglesas; pero el genio militar de Wellington todo lo tenía previsto, y por un claro que abrieron entre el *Tormes* y Calvarrasa, metió, como si dijéramos, su espada hasta la empuñadura. Aquello fué el principio del fin. Despreciando los fuegos de la artillería francesa, que disparaba desde el bosque, comenzó á lanzar la gente á la conquista del Arapil grande, y á fuerza de innumerables vidas, que se ofrecían estoicamente en aras de la vieja Inglaterra, aunque peleaban por la independencia de España, los bravos cuerpos de ejército de las tres naciones aliadas llegaron á la cumbre; pero como si de pronto abriérase en aquella altura el cráter de un volcán, una verdadera bocanada de fuego cayó sobre las fuerzas invasoras. ¡La meseta estaba llena de franceses!

«El pánico se apoderó de todos; no aquel pánico nervioso que obliga á correr, sino una angustia soberana y grave que quita toda esperanza, dando resignación. Era de todo punto imposible seguir subiendo, y para bajar era punto más difícil... Había llegado la ocasión de que muriese estoicamente uno para resguardar con su cuerpo al que daba un paso atrás. De este modo se salvaba la mitad de la carne. Así se fué cediendo lentamente parte del terreno hasta que los imperiales dejaron de atacar.»

Por la otra parte parecía que las cosas iban favorablemente para la causa española. Aquel claro que abrieron las fuerzas enemigas era su muerte. Corrió Marmont á poner orden en sus desmandadas tropas, y una bala de cañón le llevó el brazo derecho; en seguida cayeron los generales Frey, Tonnières y Desgravières, que intentaron substituirle en el mando.

Araceli logró arrebatarse una bandera francesa, defendida heroicamente, aunque estuvo en buen riesgo de pagar la hazaña con la vida; pero su heroísmo acertó á fulminar rayos de muerte con tanta saña, que el trofeo imperial fué suyo, y abrazado á él, puesto el pensamiento en su Inesilla, rodó por la vertiente del cerro, apretándole contra su pecho, como si en lugar de un trapo sanguinolento y enlodado apretara el gentil cuerpo de su novia.



Araceli logró arrebatarse una bandera francesa...

DIEGO SAN JOSE

(Dibujos de Marín)

## CUENTOS DE «LA ESFERA»

## LA MUERTE MISTERIOSA DE LUZ ESTEBAN

**D**URANTE nueve años consecutivos, Luis López, antiguo *croupier*, había sido feliz, plenamente feliz, entre las prisiones tibias y frías que las magníficas pupilas verdosas, la melena dorada y los brazos blanquísimos de Luz Esteban pusieron á su carne y á su corazón. Hermosa, rica y selecta, aquella mujer poseía esa fuerza suave y cautivadora — fuerza de resistencia—con que los remansos hondos debilitan el ímpetu emigrador de los ríos; y así, semejante á una ola fatigada, el aventurero se detuvo en ella. Más tarde, junto al Amor fortificado y como legalizado por el tiempo—¿qué es una Ley sino una costumbre escrita?—, el Hastío asomó su rostro bostezador. En el decurso de otros dos años, esta desgana se trasmutó en antipatía y, finalmente, en odio intolerable. A pesar de lo cual, el amor no se iba. Para Luis López, peregrino de innúmeras romerías sentimentales, Luz simbolizaba el Pasado, la melancolía inefable de los días extintos; era el Recuerdo, la ruina, querida y veneranda. Desgraciadamente, su alma epicúrea no se satisfacía con la contemplación. Necesitaba del Hoy palpitante. Quizá el aborrecimiento, más codicioso cada vez, que le mordía, sólo fuese, en puridad de verdad, el deseo de apurar libremente, hasta las heces, las delicias de «la hora que pasa». Sin renunciar al cariño de Luz, precisaba de otros cariños. La admiraba, pero la sentía incómoda, absorbente. Luis López era como esos turistas que, después de extasiarse ante las magnificencias de la Alhambra, corren en busca del regocijo maquillado de los *music-halls*.

Además, ella, en un arranque de previsión maternal, había testado á favor de su amante, instituyéndole heredero único de sus bienes; el contrato de la casa que habitaban, lo mismo que los relativos á diversos negocios que emprendieron, estaban á nombre de él. Ella, de consiguiente, aparecía anulada, y lo que no hace falta, estorba.

Entonces apareció en el obscuro espíritu del ingrato la idea del crimen. El crimen representaba la riqueza, la libertad, la orgía sin freno. Había, pues, que eliminar el obstáculo; pero cautamente, sin comprometerse. Un asesino avisado dispone de infinitos recursos para evitar la acción de la Justicia. Y la impunidad no suele hallarse en los viajes largos, pues las fronteras están vigiladas, ni en ningún medio extraordinario de ocultación, sino en los detalles: hay detalles evidentemente triviales y que, no obstante su pequeñez, bastan á borrar una pista.

Convencido de esto, Luis López aplicóse á meditar en aquel astuto pormenor ó circunstancia que, de llevar á término su vitanda intención, había de ponerle al abrigo de peligrosas sospechas. La rebusca fué laboriosa, prolija, y se convirtió en obsesión. Muchas veces, sentado en

frente de su probable víctima, quedábase inmóvil, sin acordarse de fumar, los ojos dilatados y ausentes, persiguiendo una idea en la que vislumbraba un camino. Extrañada de verle tan absorto, tan lejos, Luz solía exclamar:

—¿En qué piensas?...

El miserable parpadeaba, sonreía; puede afirmarse que despertaba. Y luego, con suavidad feroz:

—En ti pensaba—decía.

Era cierto: en ella reflexionaba incansablemente, y semejante al ajedrecista que estudia una combinación definitiva, así perseguía el ardid que había de testimoniar su inocencia ante los tribunales. Aquella treta ó zancadilla exculpadora él la sentía—la adivinaba—junto á él, fácil, accesible, perfectamente encubridora por obra de su misma sencillez.

Al cabo la halló. Mejor dicho, fueron cinco, que no una, las circunstancias amparadoras con que magistralmente acertó á taparse.

—O—

Era á mediados de Noviembre. Una tarde, terminando de almorzar, Luis López preguntó á Luz:

—¿Cómo sigue la madre de Benita?

La interrogada hizo un mohín de ignorancia.

—No lo sé; creo que está muy enferma. Benita era la criada.

—Debías autorizarla para que luego, á la noche, fuese á verla.

—Como quieras; pero díselo tú; diciéndoselo tú tardará menos en volver.

El repuso, galante:

—No; quien debe otorgarla el permiso es la dueña de la casa. Aquí, entre estas paredes, la autoridad máxima la ejerces tú.

Luz Esteban sonrió, halagada.

—Como gustes.

El insistió, meloso y artero:

—De ese modo el favor te lo agradecerá á ti. Transcurridos unos momentos, el futuro asesino, que ya comenzaba á devanar su plan, con reposados pasos salió del comedor.

Luz inmediatamente llamó á la criada:

—¿Has tenido nuevas noticias de tu madre?... A la moza se la acuitó el rostro; sus ojos pitafiosos se humedecieron.

—No, señora...

Con el delantal se restañó una lágrima, y añadió, temblorosa la voz:

—Lo peor es que cayó en cama con pulmonía. ¡Figúrese usted!... Y como para cuidarla no tiene más que á mi hermana, que es chica...

Luz Esteban miró el reloj. Pronto serían las cuatro.

—¿Acabaste de fregar?...

—Todavía no he principiado.

—Pues friega y vístete, para ir á ver á tu madre.

—¡Ay, sí, señora!... ¡Dios se lo pague á usted!...

Pasada una hora—ya empezaba á palidecer la luz en los balcones—, Benita se asomó al gabinete, en donde sus amos tertuliaban.

—¿Tienen ustedes algo que mandar?... Luis López manifestóse sorprendido.

—¿Adónde va la muchacha?...

—La di permiso—replicó Luz—para ir á visitar á su madre.

—¡Ah, muy bien!...

Benita saludó, y segundos después la puerta de la escalera se cerraba tras ella con un eco que á Luis López le pareció extraño. Luz, de súbito, sintió miedo.

—Voy á pasar el cerrojo—dijo.

Intentó levantarse, pero su amante no la dió tiempo, é inclinándose sobre ella, cual si fuese á besarla, con una navaja, que á prevención llevaba abierta, la degolló. El golpe lo asestó con la mano izquierda, para que más adelante los forenses hablasen de la zurdiridad del asesino, y fué tan certero y hondo, que la víctima sucumbió sin quejarse.

Hecho esto, lavóse pulcramente en el fregadero de la cocina, se vistió, y á las seis—á la hora de todos los días—marchóse á la calle. En el zaguán saludó á la portera.

—Buenas tardes, señora Julia.

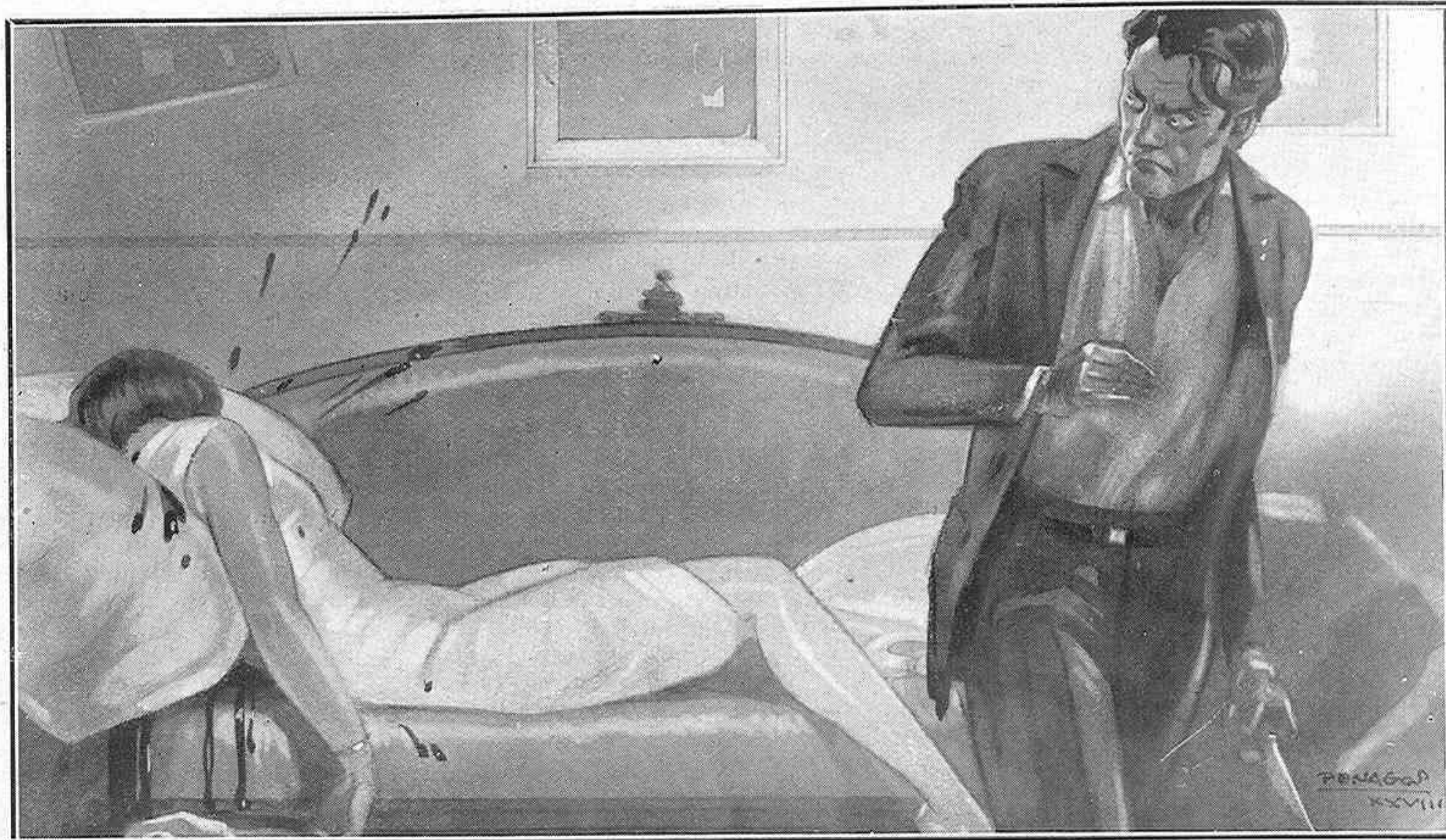
—Buenas tardes, don Luis...

Al doblar la esquina, el asesino, que tenía prisa en desarrollar su proyecto, subió á un auto.

Veinte minutos más tarde, la señora Julia y las dos vecinas que, de vuelta de sus compras, habíanse detenido á platicar con ella, vieron aparecer en el zaguán, á medias invadido por las penumbras crepusculares, un hombre metido en una «trinchera» gris. Aquel individuo cruzó el portal con paso rápido, musitó vagamente un saludo al enfrentar la portería y emprendió el ascenso de la escalera, ganando los peldaños de dos en dos. Un sombrero negro y haldudo, derribado indolentemente sobre una oreja, le recataba el rostro.

—¿Habéis reparado en ése?—comentó la señora Julia, siguiéndole con la vista—. Le falta un brazo.

Las interrogadas miraron al que subía, y advirtieron que, efectivamente, la manga derecha de su «trinchera» flameaba vacía. Los movimientos acelerados de su dueño la agitaban fuertemente, dándole una silueta vagarosa, á la vez



El golpe lo asestó con la mano izquierda...

dió, temblorosa la voz:

—Lo peor es que cayó en cama con pulmonía. ¡Figúrese usted!... Y como para cuidarla no tiene más que á mi hermana, que es chica...

Luz Esteban miró el reloj. Pronto serían las cuatro.

—¿Acabaste de fregar?...

—Todavía no he principiado.

—Pues friega y vístete, para ir á ver á tu madre.

—¡Ay, sí, señora!... ¡Dios se lo pague á usted!...

Pasada una hora—ya empezaba á palidecer la luz en los balcones—, Benita se asomó al gabinete, en donde sus amos tertuliaban.

—¿Tienen ustedes algo que mandar?... Luis López manifestóse sorprendido.

—¿Adónde va la muchacha?...

—La di permiso—replicó Luz—para ir á visitar á su madre.

—¡Ah, muy bien!...

Benita saludó, y segundos después la puerta de la escalera se cerraba tras ella con un eco que á Luis López le pareció extraño. Luz, de súbito, sintió miedo.

—Voy á pasar el cerrojo—dijo.

Intentó levantarse, pero su amante no la dió tiempo, é inclinándose sobre ella, cual si fuese á besarla, con una navaja, que á prevención llevaba abierta, la degolló. El golpe lo asestó con la mano izquierda, para que más adelante los forenses hablasen de la zurdiridad del asesino, y fué tan certero y hondo, que la víctima sucumbió sin quejarse.

Hecho esto, lavóse pulcramente en el fregadero de la cocina, se vistió, y á las seis—á la hora de todos los días—marchóse á la calle. En el zaguán saludó á la portera.

—Buenas tardes, señora Julia.

—Buenas tardes, don Luis...

Al doblar la esquina, el asesino, que tenía prisa en desarrollar su proyecto, subió á un auto.

Veinte minutos más tarde, la señora Julia y las dos vecinas que, de vuelta de sus compras, habíanse detenido á platicar con ella, vieron aparecer en el zaguán, á medias invadido por las penumbras crepusculares, un hombre metido en una «trinchera» gris. Aquel individuo cruzó el portal con paso rápido, musitó vagamente un saludo al enfrentar la portería y emprendió el ascenso de la escalera, ganando los peldaños de dos en dos. Un sombrero negro y haldudo, derribado indolentemente sobre una oreja, le recataba el rostro.

—¿Habéis reparado en ése?—comentó la señora Julia, siguiéndole con la vista—. Le falta un brazo.

Las interrogadas miraron al que subía, y advirtieron que, efectivamente, la manga derecha de su «trinchera» flameaba vacía. Los movimientos acelerados de su dueño la agitaban fuertemente, dándole una silueta vagarosa, á la vez

Las interrogadas miraron al que subía, y advirtieron que, efectivamente, la manga derecha de su «trinchera» flameaba vacía. Los movimientos acelerados de su dueño la agitaban fuertemente, dándole una silueta vagarosa, á la vez

Las interrogadas miraron al que subía, y advirtieron que, efectivamente, la manga derecha de su «trinchera» flameaba vacía. Los movimientos acelerados de su dueño la agitaban fuertemente, dándole una silueta vagarosa, á la vez

Las interrogadas miraron al que subía, y advirtieron que, efectivamente, la manga derecha de su «trinchera» flameaba vacía. Los movimientos acelerados de su dueño la agitaban fuertemente, dándole una silueta vagarosa, á la vez

Las interrogadas miraron al que subía, y advirtieron que, efectivamente, la manga derecha de su «trinchera» flameaba vacía. Los movimientos acelerados de su dueño la agitaban fuertemente, dándole una silueta vagarosa, á la vez

triste y grotesca, de-espantapájaros. Una de las mujeres preguntó:

—¿Quién es?...?

—No sé; no le he visto nunca...—repuso la portera—. ¿Quién va á llevar cuenta de todas las personas que entran y salen diariamente por aquí?...?

Asomóse, sin embargo, á la caja de la escalera, y miró hacia arriba. El desconocido continuaba subiendo precipitadamente, y á intervalos, al doblar los descansos y rellanos, su manga flotante parecía revolotar, semejante á un gallardete, por encima de la barandilla.

—Debe de ir al tercero—comentó la señora Julia, apartándose de su observatorio.

Y agregó rezongando:

—De fijo va al cuarto de don Luis, que acaba de marcharse. Luego bajará refunfuñando, y es capaz de recriminarme por no habérselo dicho. A lo cual yo le contestaré: «¿Usted me preguntó algo?... ¿O cree usted que estamos aquí para adivinar?...»

Fuéronse las dos vecinas que comadreaban con la portera, y á poco llegaron la hija de ésta, que era planchadora y regresaba del obrador, y la francesa «masajista» que habitaba en el «bajo», y que siempre, al volver de la calle, entraba en la portería á echar un rato de palique. Casi al mismo tiempo se sumó á la tertulia la criada del «principal».

Minutos después, la señora Julia columbró, desde el fondo de su atisbadero, «al hombre de la trinchera gris», que bajaba la escalera acaso con mayor celeridad que la había subido. Dijérase que rodaba por ella. Su ademán, evidentemente, era de fuga, y su ancho sombrero, echado hacia adelante, delataba su propósito de no ser conocido. Sobreponiéndose al reuma y al peso de sus muchas carnes, la portera trató de detenerle.

—¡Oiga usted, caballero!...

Pero el interpelado, que acababa de salvar de un brinco los últimos seis peldaños, echó á correr hacia la calle. Un instante la manga hueca de su «trinchera» se agitó en el aire, con un tremolar de despedida, y desapareció.

—¡Es manco!...—exclamó la planchadora.

—Sí, le falta el brazo derecho—ratificó la «masajista». ¡Pobre!... Quizá sea un escapado de la Gran Guerra...

La señora Julia hizo un mohín.

—No sé quién es—declaró—; pero me parece un tipo sospechoso. Con tal que no haya venido á robar...

A las ocho llegó Benita, la cara triste, el andar cansino.

—Buenas noches, señora Julia.

—Buenas noches.

—Hasta mañana...

Apoyándose en la barandilla, como si no pudiera tirar de sus pies, emprendió la ascensión. La portera inquirió:

—¿Y tu madre?

—Lo mismo ó peor.

—¡Vaya por Dios, mujer!...

Minutos más tarde Benita regresó á la portería.

—Me he hartado de llamar—exclamó, dejándose caer sobre una silla—, y nadie contesta. Los amos deben de haber salido.

—El sí—explicó la señora Julia—; pero á tu señorita no la he visto bajar.

—¿Y cómo no ha salido á abrir?

—Se habrá dormido. ¿Tú llamaste bien?

—Hasta cansarme: primero con el timbre, que suena mucho; luego con los nudillos. ¡A ver si la ha sucedido algo malo...!

La portera convenció á Benita de que debía llamar nuevamente. Hízolo así la muchacha, y á poco tornó á bajar, lívida, acobardados los ojos, las manos trémulas y frías.

—No abren—balbució—, no abren, y, sin embargo, la luz del recibimiento está encendida. Por el montante de la puerta se ve el reflejo.

—Y antes, cuando subiste por primera vez, ¿estaba apagada?...?

—No me fijé...

La señora Julia frunció el entrecejo: la silueta huidora «del hombre de la trinchera» volvía á su espíritu. Aunque acobardada, tuvo un rasgo de valor.

—¡Vamos á subir las dos!

Benita denegó con la cabeza.

—¿Yo subir?... ¡Ni arrastrada! ¿Y si hubiera ladrones?... Mejor será avisar á los guardias...

En esta discusión se hallaban cuando apareció don Luis, apersonado y pulcro, y con la cara risueña de todos los días. Informáronle ellas de lo que ocurría, y á sus malicias policíacas él opuso un gesto incrédulo.

—Ahora saldremos de dudas—dijo—, pues yo traigo el llavín de la puerta.

Dirigiéndose á Benita, que con la presencia de su amo parecía recobrarla, añadió:

—Ven; no tengas miedo. Lo que sucede es que mi mujer, cansada de estar sola, se habrá echado á dormir.

Subieron; él iba delante. Momentos después la señora Julia, á quien su instinto porteril había aconsejado mantenerse en acecho, oyó lamentos y voces de «¡socorro...!», «¡socorro!...». Inmediatamente ella y otras vecinas, acudidas como por ensalmo, precipitáronse escaleras arriba. En el segundo rellano vieron á Benita y á don Luis que bajaban trémulos, espantosamente pálidos, agarrándose á las paredes y sin apenas poder hablar.

—¡Han matado á la señora!—tartamudeaba la criada—. ¡En el gabinete está!... Muerta... ¡Da horror!... Yo la he visto... ¡Está muerta!...

•••••

El asesinato de Luz Esteban monopolizó la atención pública y apasionó á los reporteros durante varias semanas. El móvil del crimen había sido el robo, puesto que su autor escapó llevándose todas las alhajas de la víctima y cuanto dinero y objetos de algún valor halló en los armarios. Lo inaveriguable era el asesino. Fundándose en lo declarado por la señora Julia y otras personas, los periódicos hablaron insistentemen-

te de un hombre, «manco del derecho» y vestido con una «trinchera gris». Pero este señalamiento, aunque harto expresivo, no dió fruto, y el rastro, al fin, acabó por perderse.

Psicólogo hábil, Luis López había trazado bien los pormenores de su obra cminca. El estaba cierto de que la manquedad, aparentada fácilmente con sólo abstenerse de introducir su brazo derecho en la manga correspondiente del impermeable, era una anomalía impresionante de tal fuerza, que bastaba por sí sola para desfigurarle y evitar que nadie le mirase al rostro, como así sucedió.

El dictamen de los peritos respecto á que el agresor era zurdo, según lo atestiguaba la espantosa herida por donde á Luz Esteban se la evaporó el ánimo, y el haber manifestado Benita al juez que no fué «el señor», sino «la señora», quien la dió permiso para salir á ver á su madre, también le favorecieron.

El hecho de dejar prendidas las luces del recibimiento, del gabinete y de la alcoba contribuyó asimismo á ponerle al abrigo de cualquiera sospecha, pues á las seis de la tarde—hora en que la portera de su casa le vió salir—aun era de día. Todo le ayudaba.

Finalmente, el robo que el miserable simuló cooperó más que nada á desorientar á la justicia, y por esta vez la Verdad «no salió del pozo».

Comentando una película policíaca, Luis López—cuya historia repugnante conozco, pero á quien mi conciencia honrada se niega á delatar—, me decía:

—Crea usted que en los crímenes célebres, como en las obras de teatro, el mérito está en la preparación, en los detalles..., más que en el argumento.

EDUARDO ZAMACOIS

(Dibujo: de Penagos)



Un sombrero negro y haldudo, derribado indolentemente sobre una oreja, le recataba el rostro



DE LA LUZ A LA SOMBRA



JENNY GOLDER

Famosa artista australiana de los grandes teatros de revistas mundiales, que se ha suicidado en París, cuando todo sonreía en torno suyo

## UNA EXPOSICION IMPORTANTE

## LOS ARTISTAS GALLEGOS

**D**URANTE el mes de Junio y los primeros días de Julio, en la misma época que otros años colmaba el conjunto heterogéneo de las Exposiciones Nacionales el Palacete del Retiro, se ha podido ver este año un excelente conjunto de obras originales de artistas gallegos, reunido por Rafael Marquina.

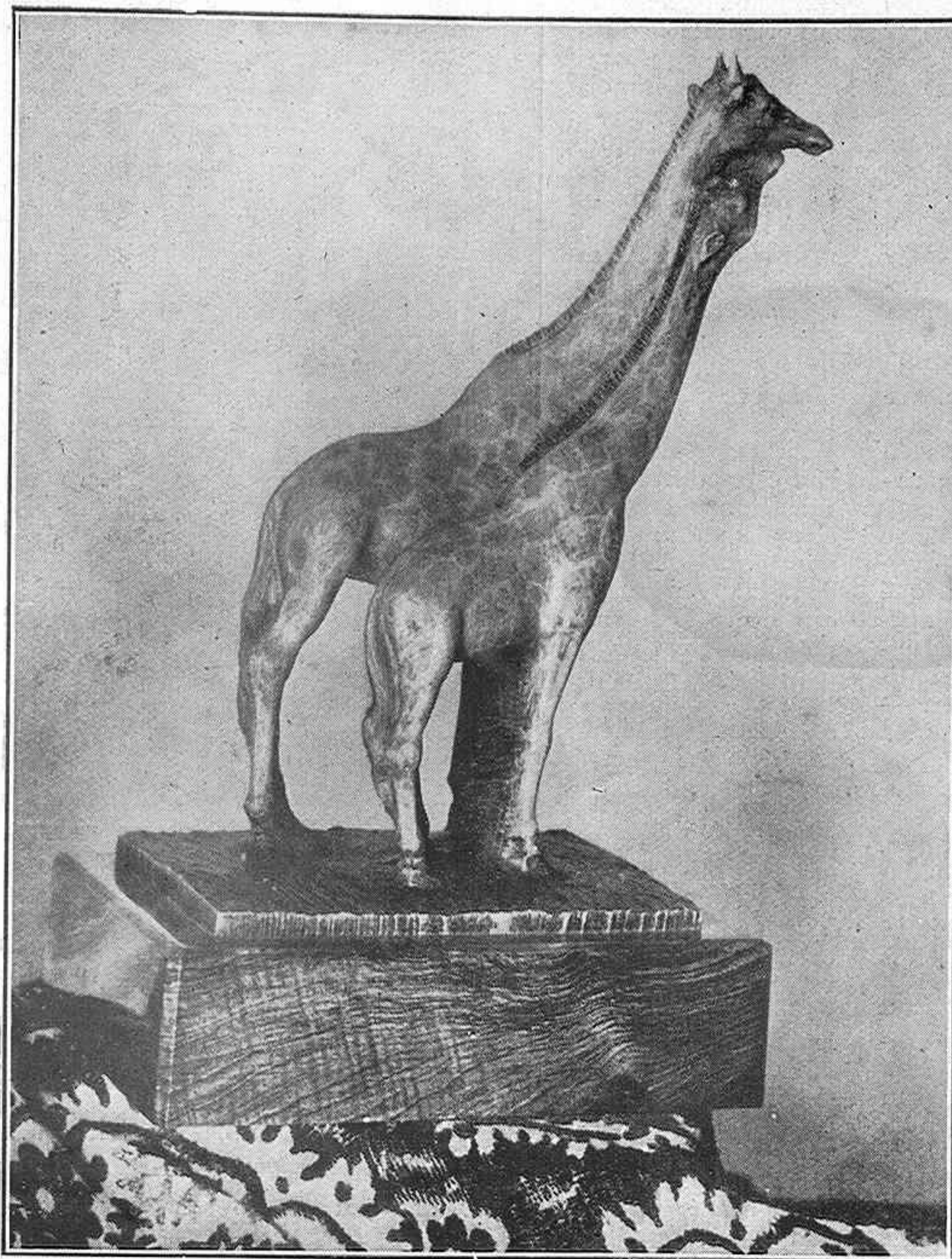
De igual modo que hizo con los catalanes, los asturianos y los andaluces, ahora el inteligente y activo crítico de arte ha procurado mostrar el espíritu de una región española á través de sus pintores y escultores.

Nunca se estimará bastante en las regiones estos esfuerzos personales ó colectivos que tienden á definirlos mejor, á consentirlas nuevas oportunidades de revelación con el desinterés y entusiasmo que significan semejantes iniciativas. Pero, además, con elocuentes reproches á los organismos antiguos ó flamantes creados precisamente para esto: para difundir las bellezas, los valores y las energías materiales ó espirituales de un país.

La Exposición era muy completa. Ocupaba once grandes salas y estaba dispuesta con excelente tino, que consentía el examen de ella sin ese confusiónismo frecuente y endémico de tal género de exhibiciones.

Su organizador conoce bien lo que trae entre manos, y así no hubo peligro de que naufragasen figuras ú obras de escasa importancia, ni perdiesen su jerarquía las que desde hace tiempo vienen representando dignamente la pintura y la escultura galaicas.

A los nombres ya estimados se



«Jirafas», talla en madera, de Compostela

unían otros de revelación súbita ó de segura formación, lejos de los ecos multitudinarios. Quien no seguía de cerca, como nosotros seguimos, la evolución progresiva del arte gallego, ha encontrado no pequeñas sorpresas.

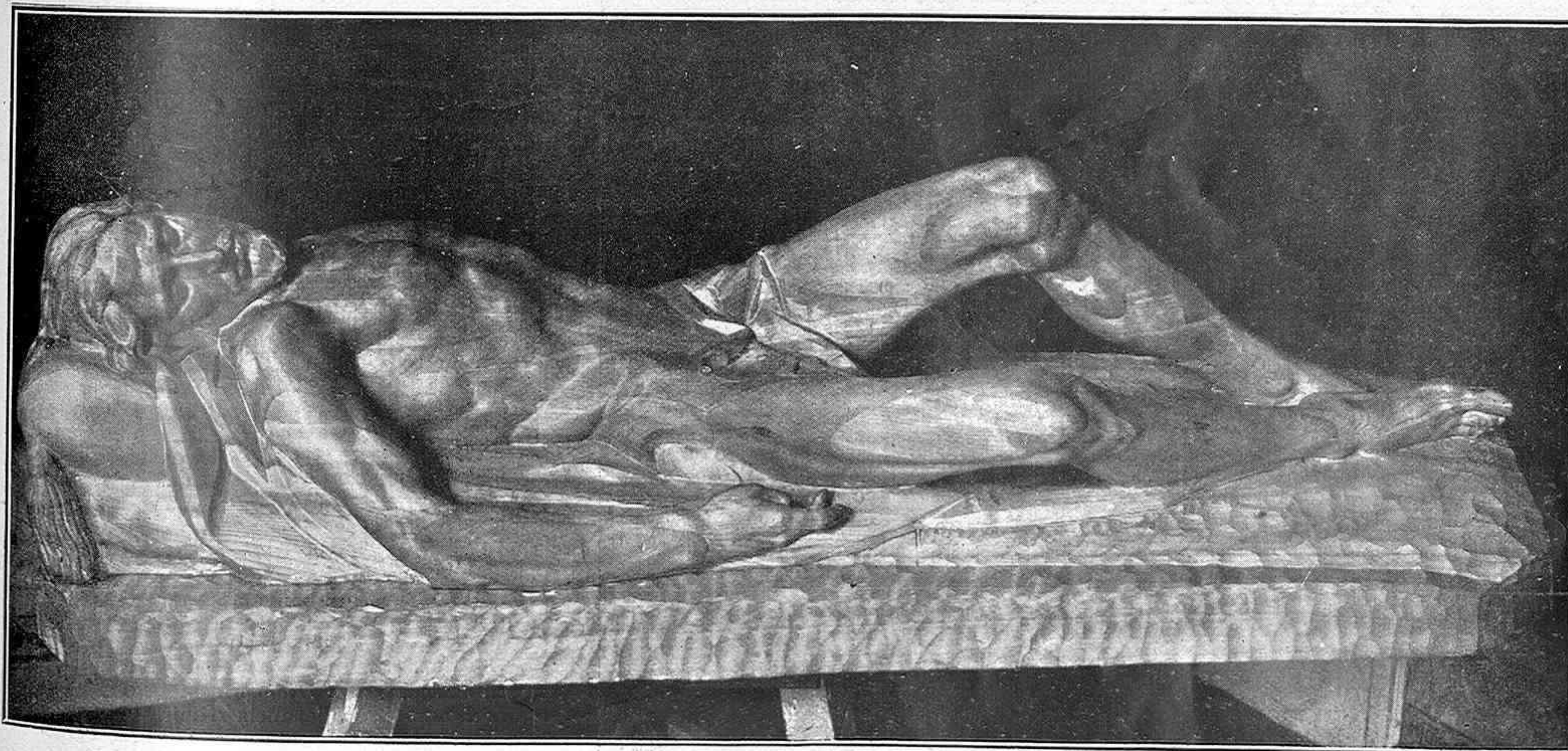
A semejanza de lo ocurrido el año 1926 con la Exposición de Artistas Asturianos, se ha visto que Galicia tiene un núcleo de creadores de belleza plástica, inspirándose filialmente en los temas y paisajes raciales, saturándose de la luz y del sentimentalismo de su tierra natal, que consiente ya decir con toda exactitud: *arte gallego* y justificar la adjetivación.

No cabe, sin embargo, en las dimensiones forzosamente breves de una reseña periodística, recoger con toda amplitud los comentarios que sugiere una Exposición de esta índole, donde se han logrado reunir tantas y tan diversas obras. Hemos de limitarnos á mencionar algunos nombres y títulos.

## LA PINTURA

Desde la sala retrospectiva, donde se evoca á Parada Justel y á las tendencias del siglo XIX, hasta la sala de Arturo Souto, la mejor y más gallarda revelación de novedad que hoy puede ofrecer la pintura gallega, se podía seguir los múltiples aspectos de una evolución consciente, fértil, á tono con las diferentes características estéticas, no sólo nacionales, sino universales. Esta condición de universalidad es cualitativa de las regiones del Norte en su arte y en su literatura.

Predominan los lienzos de paisaje como una certera consecuen-



«Cristo yacente», talla en madera, de José Núñez

cia ambiental. Y no, ciertamente, dentro de una modalidad única, con un criterio monocorde y una visión restringida.

Galicia, á través de sus paisajistas, muestra esa gran diferenciación de formas, colores y emociones que su naturaleza presenta. Así, los pintores que copian su cielo, sus costas, sus agros interiores, sus valles, sus aldeas, sus bosques, no precisan mentir por el legítimo afán de evitar coincidencias con otros advenidos antes.

Pródiga y multiforme, la campiña gallega está henchida de diferencias infinitas.

Llorens, el idílico, el sosegado cantor de las calmas auriverdes, de las marinas sonrientes. Imeldo Corral, el impetuoso, el dramático glosador de aspectos bravíos y hoscos. Luis Tenreiro, que ama la pompa de los árboles centenarios y da á sus cuadros un acento clásico. Bello Piñeiro, delicado, elegante, de una indudable finura sentimental. Abelenda, de fogoso realismo, ó Seijo Rubio, un poco frío á fuerza de meticulosa observación. Y los jóvenes como este Huici, que surge con aurales optimismos cromáticos.

Los cuadros de composición, las escenas de género, las alusiones anecdóticas y costumbrísticas, abundan también.

Y en tal concepto, el envío de Juan Luis se destaca por número y mérito de obras. El joven maestro ha querido que se aprecie hasta qué punto procura no enmohecer su estilo ni apenumbra su visión. Es el suyo un conjunto admirable, donde lienzos del ayer romántico y sentimental—*Monjas de San Payo, Aldeana, etc.*—no desmerecen al lado de lienzos de magnífica envergadura y excelente logro, como *En el mercado* y *Renteiros*. Este último es, incluso, el mejor cuadro de la Exposición.

Tito Vázquez, casi ignorado en Madrid, y que, no obstante, viene realizando en Galicia una labor de estímulo y de orientación estética, hace muchos años exhibe tres pequeños lienzos de figura, un autorretrato y tipos gallegos resueltos con vigor naturalista.

Roberto González del Blanco reitera sus notas cálidas, apasionadas de un ruralismo idealizado, y Suárez Couto, inquieto buscador de sí mismo, da esas síntesis un poco ásperas, pero tan profundas en la aparente diafanidad. Abelenda, además de los paisajes, exhibe un cuadro, *A cacharreira*, pintado con escrupuloso amor á las calidades de las cosas y con un atrevido ritmo compositivo.

María Corredoira sostiene su legítimo prestigio de artista concienzuda, en que la técnica ayu-

da al sentimiento nítido.

Tres jóvenes, Echeagaray, Manuel Castelao y Emiliano de la Iglesia, se anuncian con afirmativa condición dentro de sus orientaciones diversas. He aquí tres nombres que importa retener, porque, ó mucho me engaño, habrán de lograr supremacía de ecos para lo futuro. Testimonios respectivos son el *Retrato de dos hermanas*, de Echeagaray; *Lagarterana*, de La Iglesia, y los bodegones de Castelao.

Arturo Souto ha sido el expositor más discutido. Su colección de pinturas admirables, sus dibujos de recia y personal estructura, la enorme potencia emotiva y sensitiva de este artista, no podían ser aceptados fácilmente. A mí me parece no sólo uno de los primeros valores de la pintura gallega, sino de la española.

Es un luminista de extraordinaria fineza, un espíritu de elevada selección intelectual y un colorista creador de gamas delicadísimas. Cuadros como *La ecuyère*, *Guignol*, *Salimbanquis* y *La niña del caballo de cartón*; dibujos como *Mujer gallega*, *Niños*, *Taberna en París*, *Retrato de señora*, lo muestran con sugestiva elocuencia.



«Dors», talla en madera, de Santiago Bonome

#### LA ESCULTURA

El ejemplo de Asorey y de Bonome, seguido de cerca y con carácter propio por Compostela, no ha dejado de influir en los escultores gallegos. Nos encontramos, pues, en esta Exposición con demasiadas tallas en madera que pretenden acercarse á las sendas orientaciones tan bellamente acusadas por Francisco Asorey y Santiago Bonome.

No todas ellas afortunadas y muchas recusables. Debe exceptuarse, sin embargo, á José Núñez, cuyo *Cristo yacente* es una obra de positivo mérito y que revela un artista conocedor de su oficio y dotado además de verdadera sensibilidad.

Y acaso no debe olvidarse el grupo *Pláticas*, de Narciso Pérez, gracioso de concepto y de resultado.

Francisco Asorey sólo hace acto de presencia con la lápida de Concepción Arenal.

Compostela añade á tallas bien conocidas y admiradas como *Ternura* y el *Cocodrilo del «Boreo»*, algunos pequeños grupos deliciosos; *verbi gratia*, la pareja de *Jirafas*.

Pero es Santiago Bonome quien exhibe la más completa colección de obras. En una sala especial ha reunido quince tallas en madera. Algunas ya conocidas, de anteriores Exposiciones; otras nuevas. Todas reveladoras, una vez más, de esa maestría, de ese originalísimo estilo que rápidamente han consagrado al ilustre escultor.

Tornan á verse con singular agrado bustos como *Dors*, *Carreteiro* y *Niño*; grupos de la recia y viril estructura de *Hidalgo Campesino* y *Recordo*; figuras de la elegancia rítmica de *Caviá-tide*. Y el boceto de la estatua yacente de Pérez Lugín, ó la serie de retratos, señalan además otras facetas del talento de este artista admirable.



«Santiago de Compostela», por Julio Prieto

DIBUJO Y GRABADO ARTE DECORATIVO

Se sabe bien cómo son gallegas precisamente algunas de las personalidades culminantes en el arte del grabado y de la estampa: Castelao, Federico Ribas, Bujados, Máximo Ramos, Castro Gil, Carlos Sobrino.

No podían faltar, ciertamente, estos maestros en una Exposición general de su región.

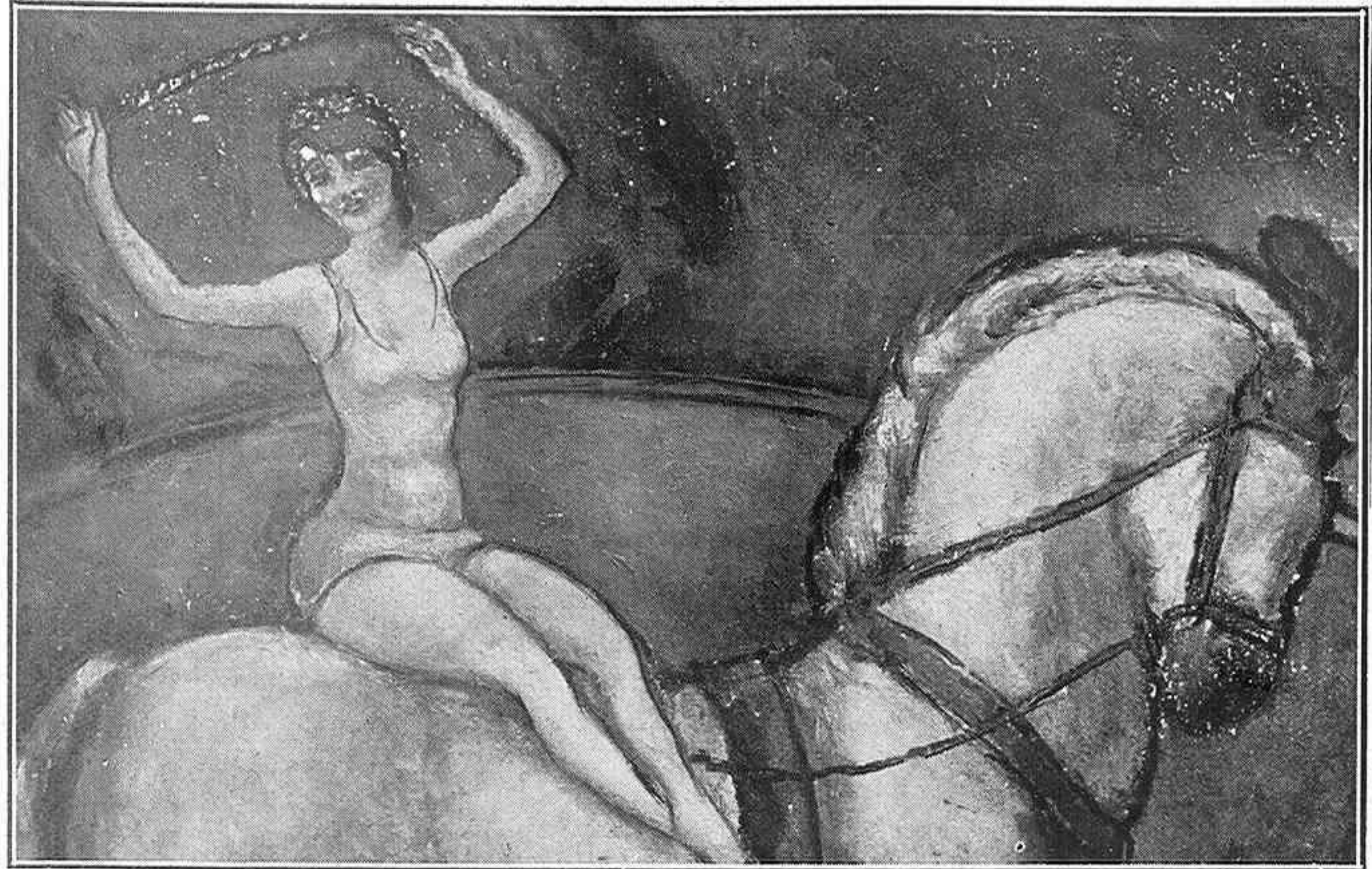
De Castelao se exponía un dibujo únicamente, *A Castañeira*, que nos evocaba el estilo del artista hace quince ó veinte años, pero sin que haya quedado rezagado ó envejecido. Tal es, desde siempre, la virtualidad estética del gran dibujante.

Manuel Bujados presentaba dos estampas: *Miedo* y *Poyteña*. Esta última, uno de esos retratos femeninos espirituales, tan animados de un extraño encanto sugeridor, que significan una de las facetas del gran estampista.

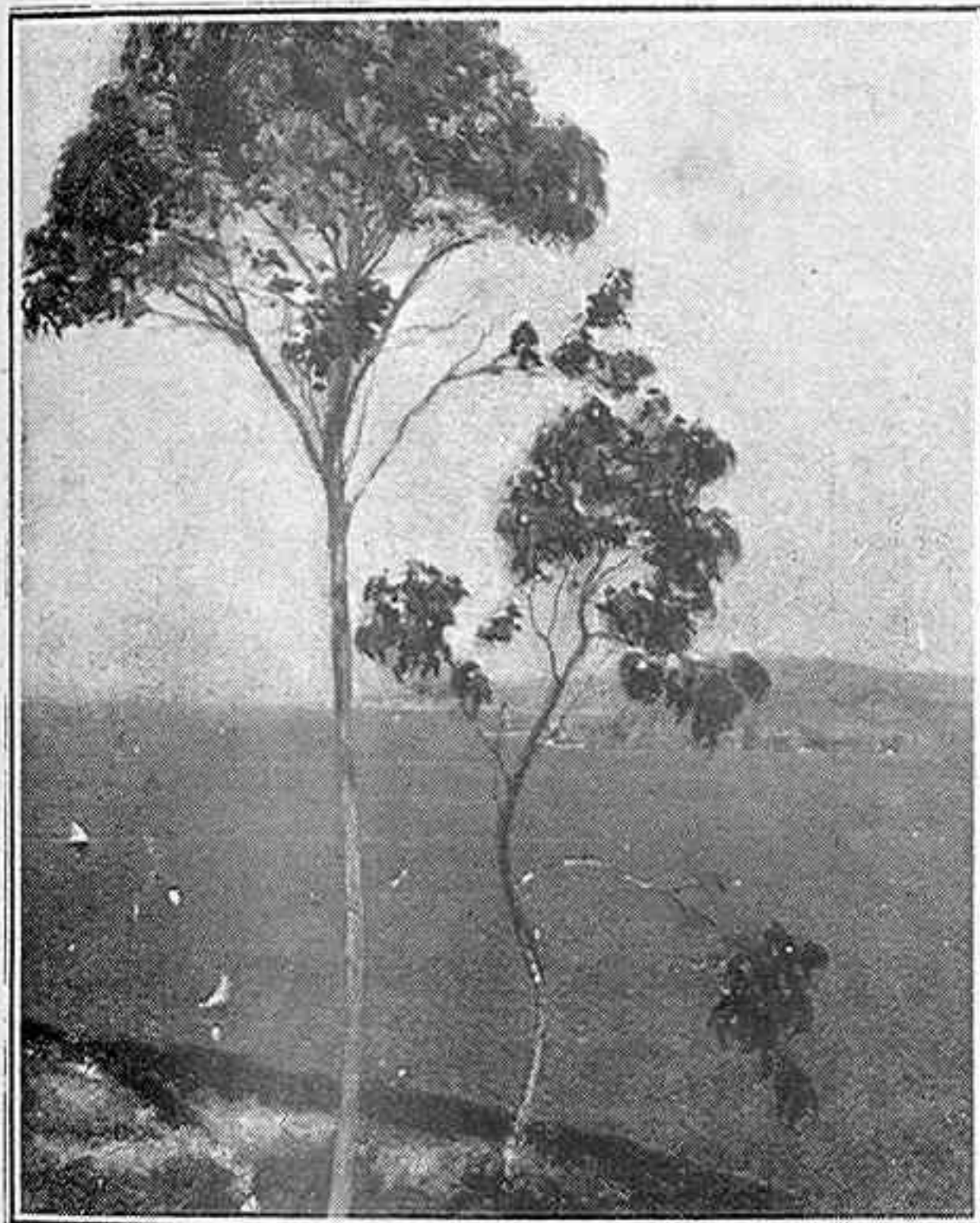
En cuatro dibujos antagónicos mostraba Federico Ribas la múltiple riqueza de sus facultades.

Carlos Sobrino reiteraba, en una serie de dibujos y aguadas, ese amor fecundo á las viejas piedras, á los lugares recónditos, á los saudosos rincones aldeanos de Galicia.

Máximo Ramos exponía nueve estampas bellísimas, donde el procedimiento de reproducción manual añade nuevos atractivos á la belleza del tema y del estilo. Verdaderas estampas estas del admirable dibujante, constituían acaso



«Ecuyères», cuadro de Arturo Souto



«El pajarito roto», por Francisco Llorens

uno de los principales alicientes de la sección. *Recuerdo*, *complacido*, *O home que viu a sirena*, *Feirantes*, *Estampa china*, *Gaviota*...

Castro Gil alternaba con los motivos galaicos los parisienses, en su colección de sus ocho aguafuertes, trabajadas con ese vigor de dibujo que le es habitual.

Y al lado de estos maestros ya definidos y consagrados, había una ratificación poderosa y una revelación admirable de otros dos artistas notabilísimos. La ratificación era la de Julio Prieto, acuafortista de verdadero mérito, que presentaba trece grandes pruebas de asuntos gallegos.

La revelación era la de Maside, dibujante que nos era conocido por su colaboración en la prensa periódica de Vigo; pero cuyas tres estampas —en curiosa coincidencia con la evolución de Juan Luis— revelan además un ilustrador y un colorista de positivas cualidades.

Deben citarse también los dibujos de José Caesares, las caricaturas de Senra y Karikato y las acuarelas de Evarista Santa Marina.

Los arquitectos Palacios y González Villar exhibían sendos proyectos y bocetos acuarelados.

Por último, en la sección de arte decorativo importa mencionar, sobre todo, los esmaltes de joyería *Pincia* y algunos muebles y objetos tallados de Angel Alen, Francisco del Río y José Juan González.

José FRANCES

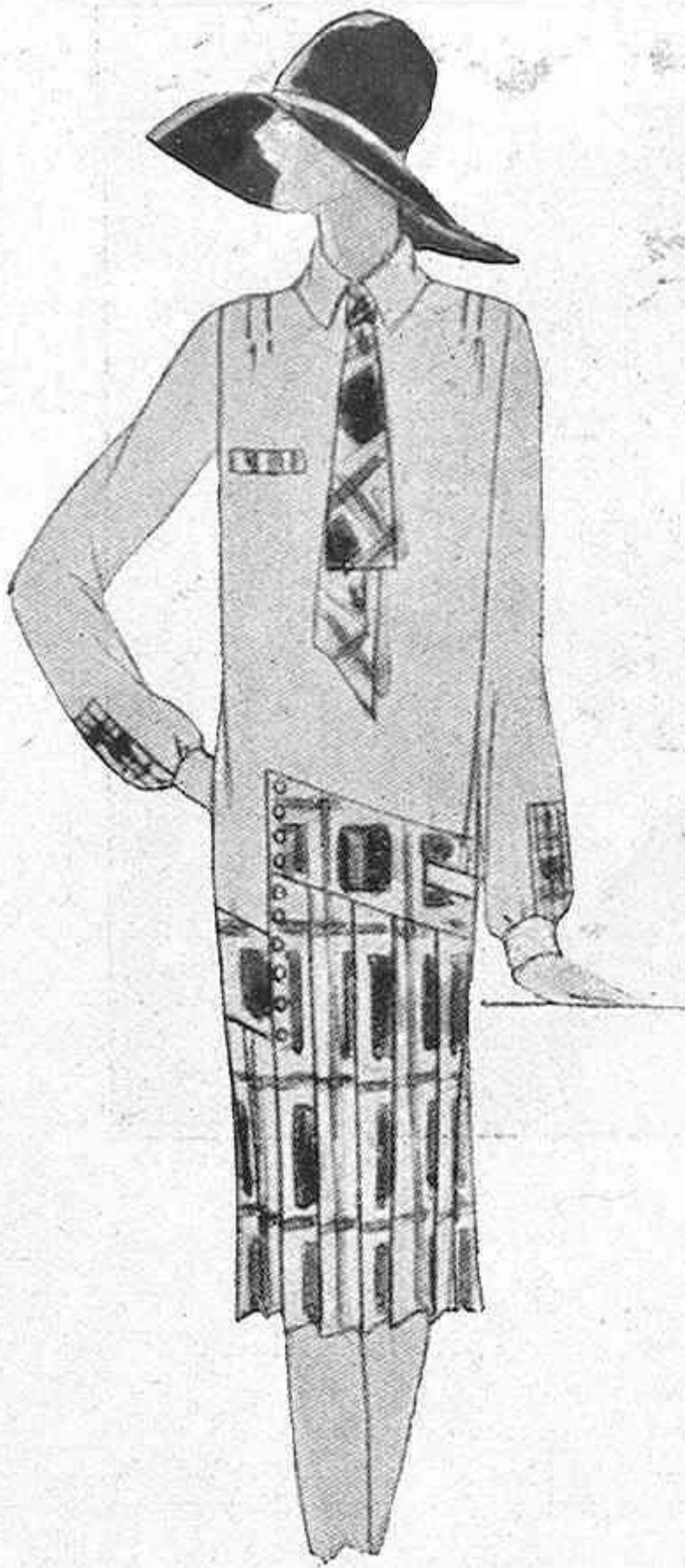


«Rendeiros» por Juan Luis López



«Miedo», por Manuel Bujados

# Elegancias



Vestido deportivo en lanilla blanca y escocesa á grandes cuadros azules y beige»

(Modelo Drecoll)

**A**CABA de celebrarse en París un concurso de modas, al cual han concurrido las firmas más elevadas de la alta costura.

Más de cincuenta bellísimas artistas del teatro y del *cine* han tomado parte como maniqués en el magnífico desfile de la elegancia francesa.

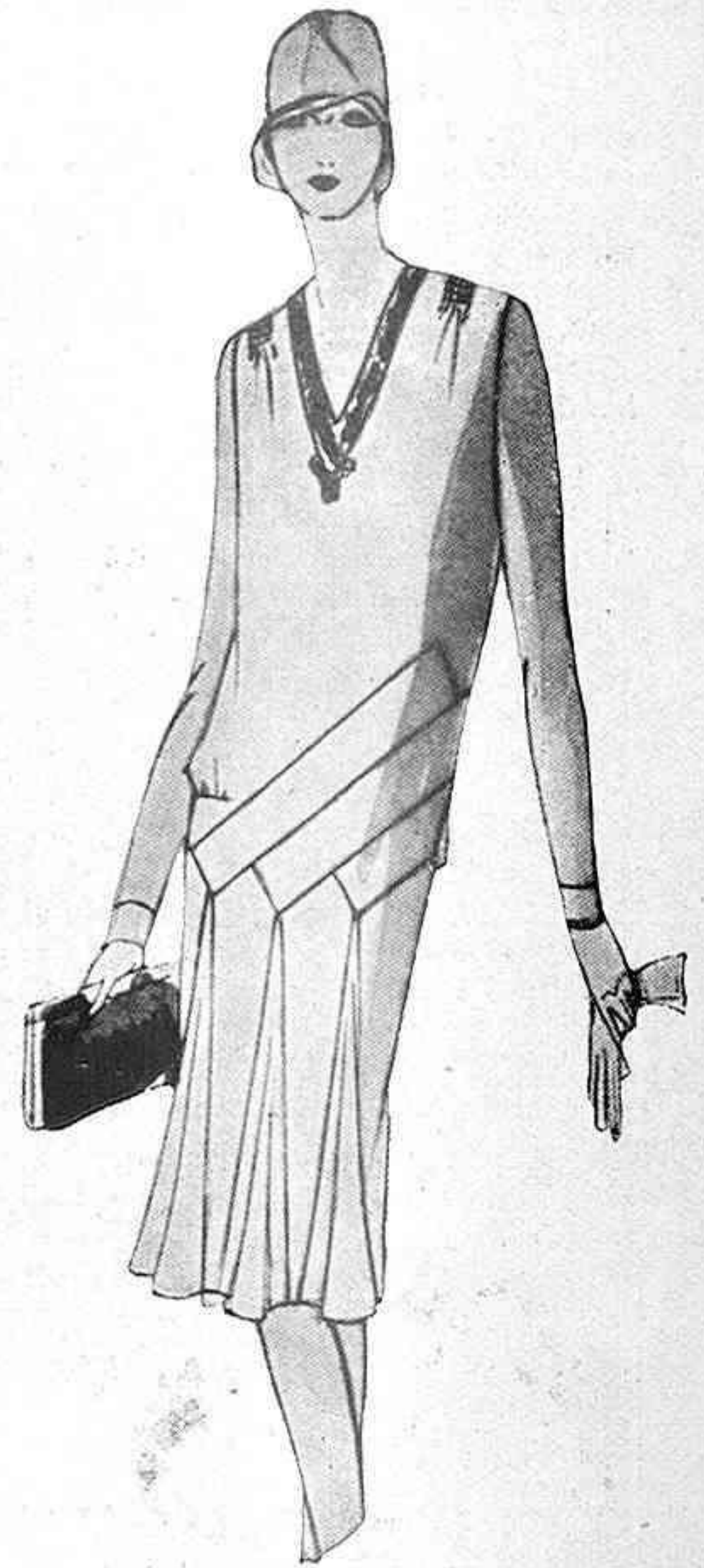
El aspecto del local donde se ha celebrado este acto era imponente. Todo el público *chic* de París se hallaba allí reunido para presenciar el magnífico espectáculo organizado por los creadores de la Moda.

El desfile ha sido un acierto de organización y de orden. Desde todas las butacas, colocadas al efecto, se podían contemplar los más mínimos detalles con toda precisión.

Han pasado ante la vista de los espectadores modelos de todas clases: desde el traje de baño completo al más suntuoso de sociedad; trajecitos de playa en telas vaporosas y muy coloristas; los denominados deportivos en todas sus fases: alpinismo, *tennis*, equitación, regatas, etc.; los *tailleurs* clásicos de mañana y viaje; los vestidos de tarde, en crepones y muselinas estampadas: unos para ir al paseo y al te de las cinco, y otros de formas complicadas, con adornos de bordado y encaje, para asis-



Elegante toaleta que ha llamado la atención en las recientes carreras de caballos de Longchamp



Vestido de paseo en «crêpe marocain» azul con ligero bordado de «soutache» en el cuello

(Modelo Rolande)

tir á fiestas íntimas; los encantadores modelitos de *petit diner*, de encaje *civile* y muselinas, ó de tul y *crêpes* finísimos.

Una parte de la fiesta ha estado integrada por la exhibición de trajes de *soirée*, que ha producido á los que la han visto una impresión deslumbradora. ¡Qué derroche de lujo, de buen gusto, y, sobre todo, qué exquisita armonía en los conjuntos! Cada *toilette* arrancaba un murmullo de admiración de los espectadores, por lo que era empresa difícil la elección del mejor maniquí y el otorgamiento con plena justicia del Gran Premio (cien mil francos), que por mayoría de votos fué concedido á mademoiselle Laffon.

La nota dominante del conjunto en los trajes de noche la ha dado el color blanco, que se ha visto en todas las calidades de tejidos, incluso en el tul y los encajes.

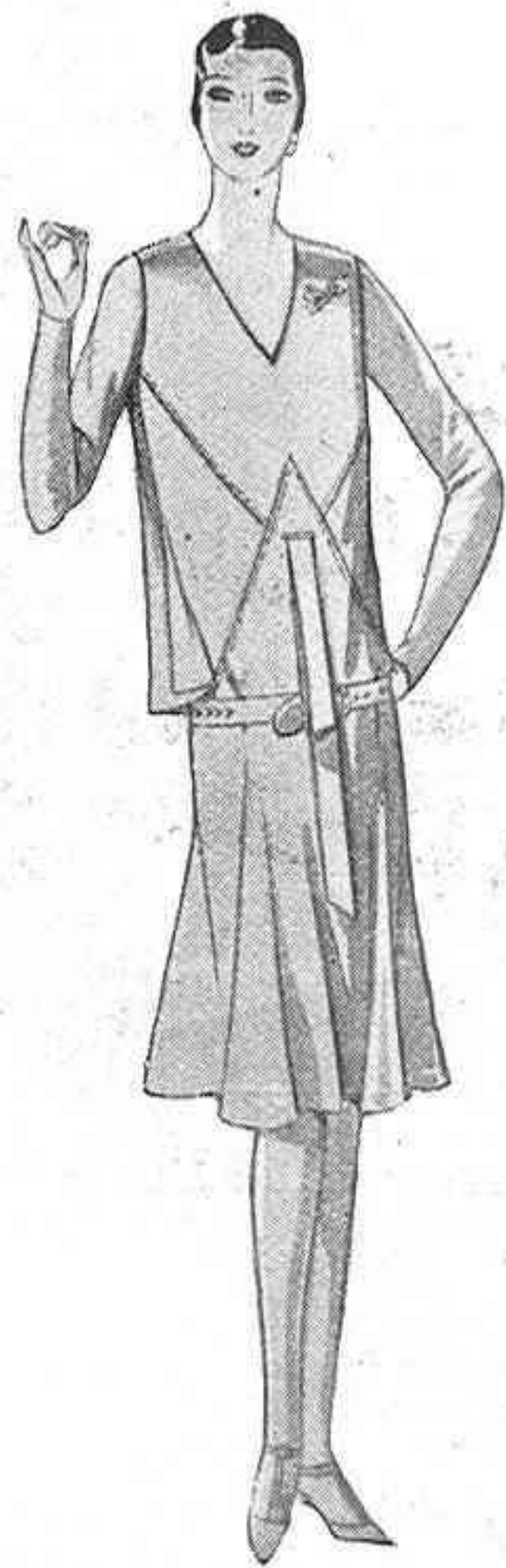
Las formas todas muy complicadas de corte, especialmente las faldas.

El triunfo de la falda irregular es definitivo; pero sólo en los trajes de noche, pues en los trajes de tarde no ha desfilado ni un solo modelo en este sentido.

Los adornos en las *toilettes* de sociedad son suntuosísimos; mucha *ecaille*, *strass*, perlas, é infinitas fantasías de materias brillan-



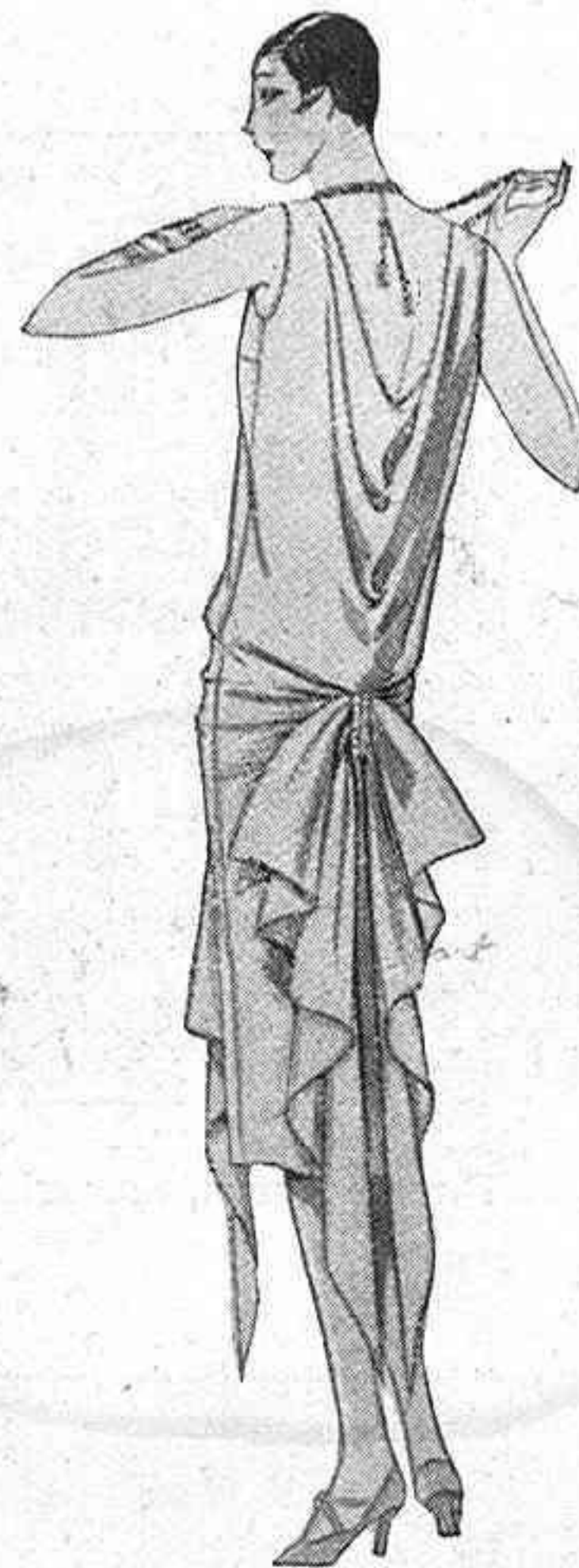
Abrigo de entretiempo en seda estampada y armiño  
(Modelo Vionnet)



Vestido de «crêpe georgette» color «beige»  
(Modelo Beer)



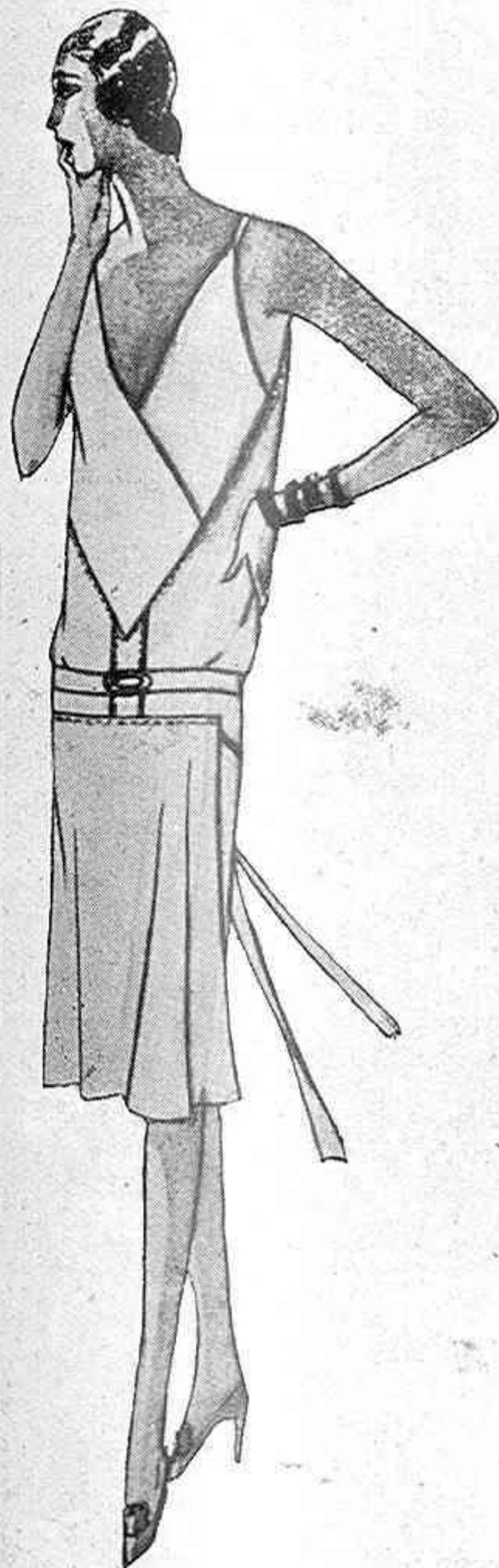
Vestido de noche en color malva con encaje de seda metal  
(Modelo Agnes)



Vestido de crespón amarillo con la falda irregular  
(Modelo Patou)



Vestido de noche en tul rosa sobre fondo del mismo tono  
(Modelo Louise Roulanger)



Vestido de tarde en «crêpe marocain» blanco  
(Modelo Chanel)



Capelina de fieltro negro con margaritas



Vestido de noche en encaje «beige» sobre fondo del mismo tono  
(Modelo Patou)

tes y muy luminosas de color cuando se trata de bordar trajes que no sean blanco ó negro.

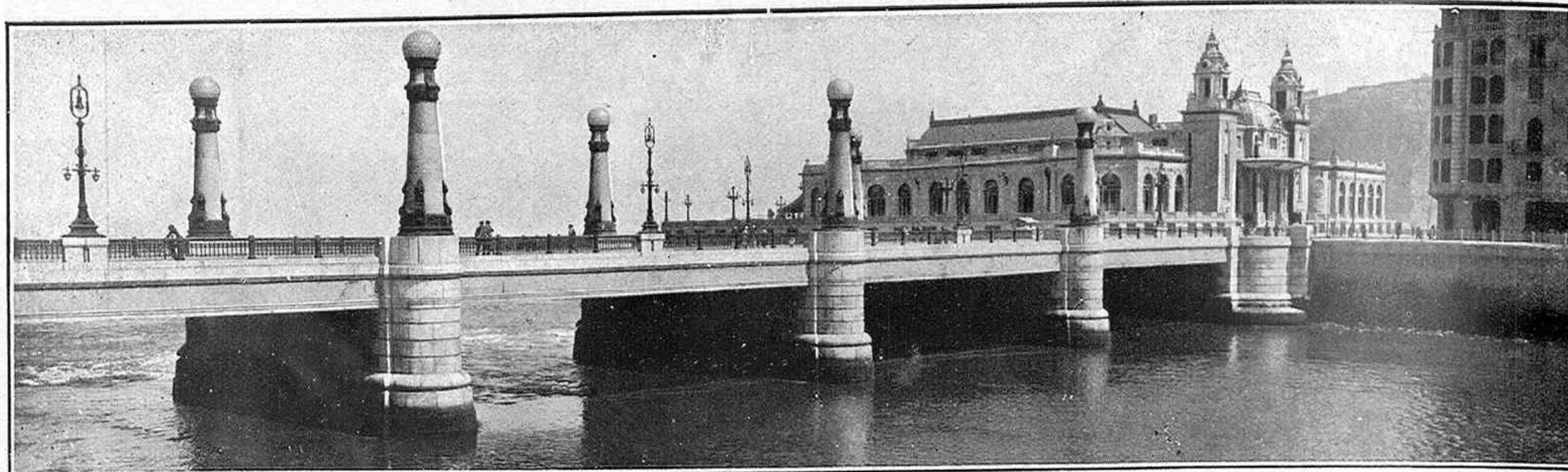
El violeta fuerte también domina en los trajes de noche, especialmente en los de «estilo». Pero este tono sólo es conveniente para la mujer de tez muy blanca y cabellos dorados; para las morenas, el verde Nilo, el amarillo (también muy en boga) y el encarnado son los colores más indicados, pues armonizan deliciosamente con el ébano de sus cabellos.

El color gris bajo los radiantes focos eléctricos nos ha parecido también ideal. Se ha visto en el desfile un traje de este tono verdaderamente lindo: el cuerpo, ceñido hasta modelar las formas discretamente; la falda, en cambio, amplia, sumamente amplia, con cascadas de tela que descendían irregularmente por un lado casi hasta el tobillo, mientras que en otros dejaban ver la pierna hasta la misma rodilla.

Ni un bordado, ni un simple adorno en este encantador modelo; sólo unas joyas en armonía con el color y con el estilo del traje

ANGELITA NARDI

# PERSPECTIVAS DE SAN SEBASTIÁN, CIUDAD DE VERANO



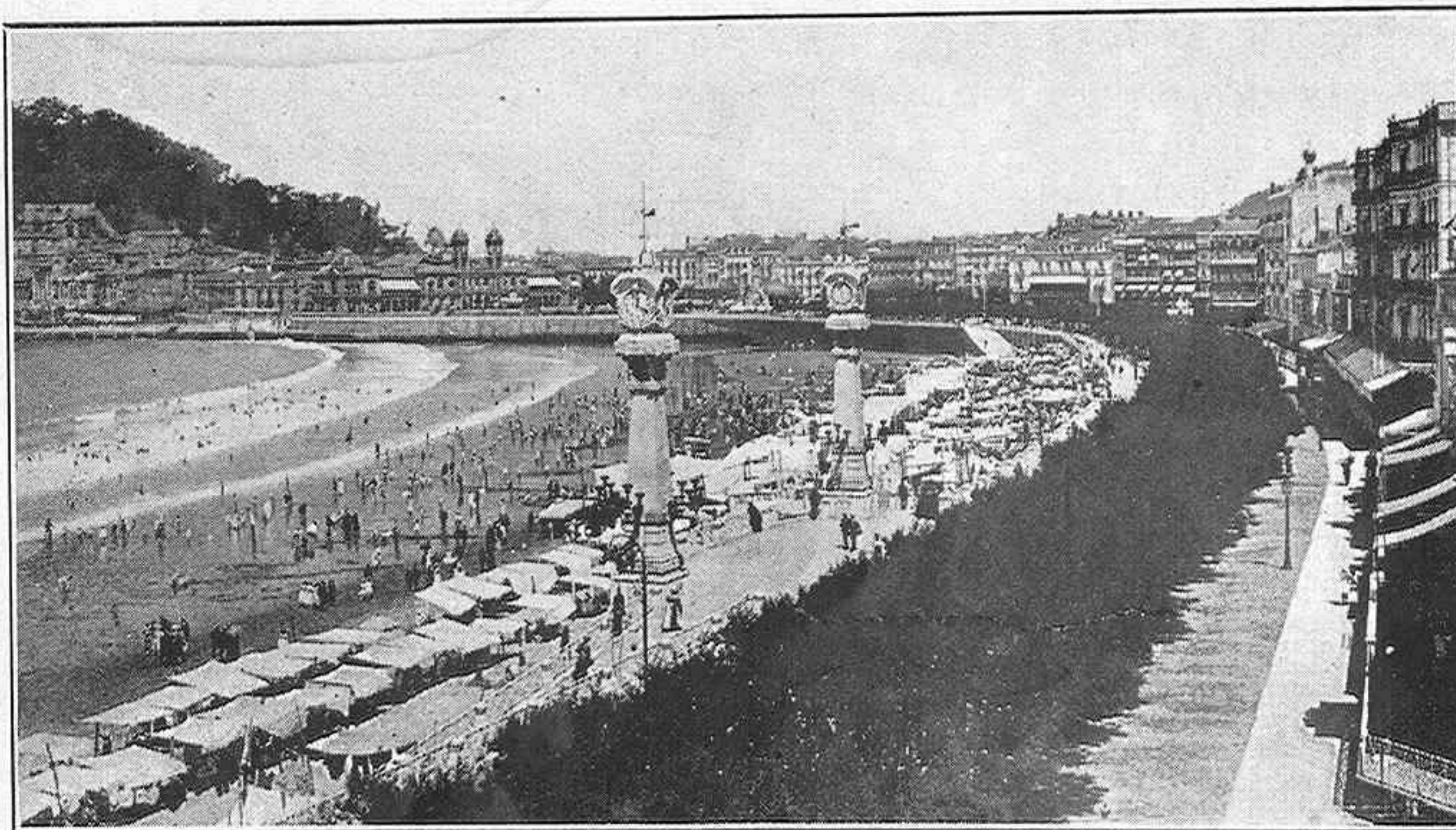
El Puente Nuevo, maravilloso balcón sobre el mar, y un aspecto del soberbio Kursaal  
(Fot. Cámara)

EL viajero que llega a San Sebastián, año tras otro, durante la temporada veraniega, halla siempre motivo de admiración.

No hay obstáculos bastante fuertes para impedir el mejoramiento, la urbanización, el progreso en general de la maravillosa ciudad.

Se levantan magníficos edificios, se construyen parques, se trazan calles y aun barrios enteros, y el resultado es esa impresión de ciudad ideal en todos los aspectos — clima, urbanización, costumbres —, que se recibe renovada en cada una de las visitas.

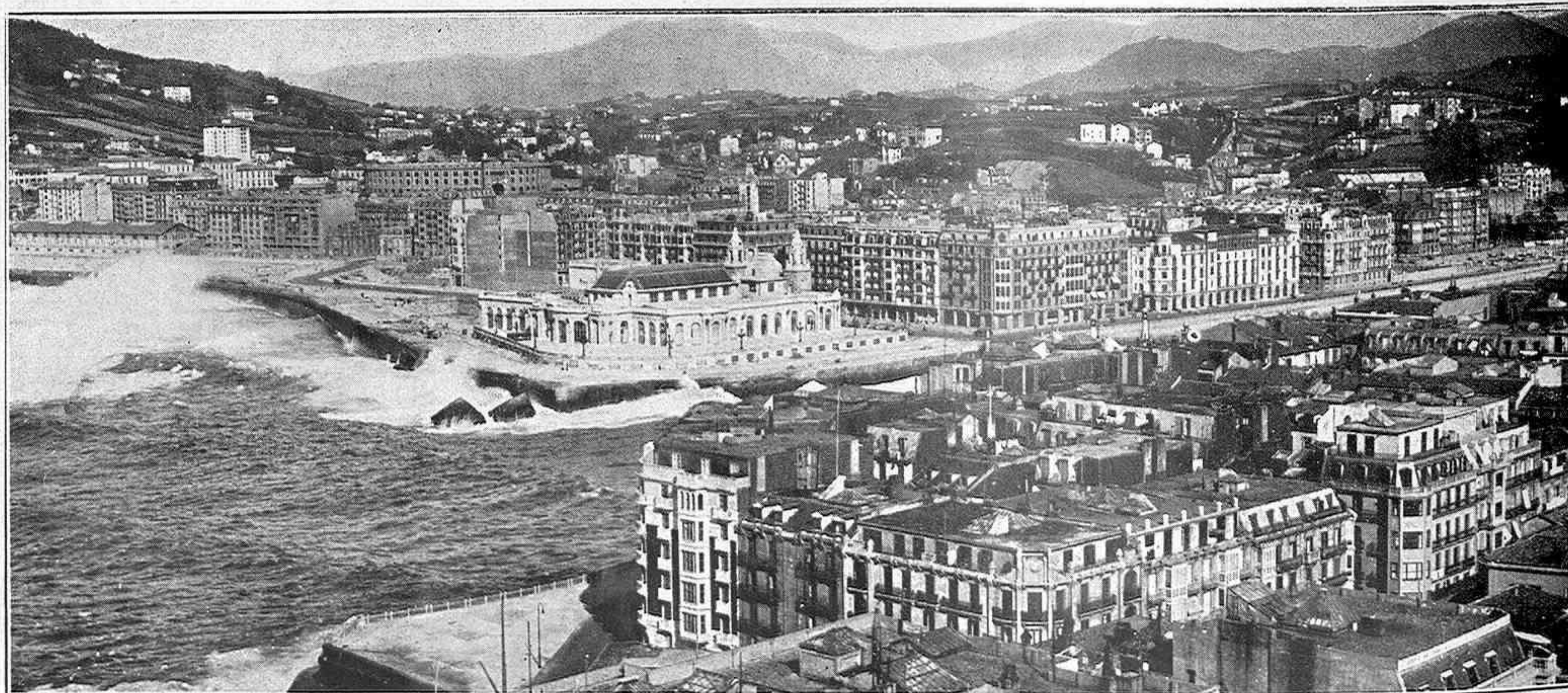
San Sebastián tiene además el encanto



El espléndido paseo y playa de la Concha

propio de la playa y del carácter: esa suavísima cinta extendida alrededor de la Concha que es el lugar ideal para niños y mayores; la sonrisa de la ciudad, cuyos habitantes saben hacer gratisimas las horas que pasan en familia los forasteros.

En la temporada que corre, San Sebastián, como es tradicional, se ha renovado para embellecerse. Y sus fiestas y los encantos que ofrece de todo orden serán para el veraneante y para el turista motivo de distracción gratisima y de restauración física para los que acuden en busca del descanso bien ganado.



Vista parcial de San Sebastián, la preciosa capital donostiarra, en constante y magnífica renovación  
(Fots. Galarza)



Piel suave y poros limpios  
tiene quien usa  
**JABÓN HENO DE PRAVIA**

Predilecto de la mujer  
cuidadosa y elegante.

Pasta pura. Espuma suave.  
Perfume intenso.

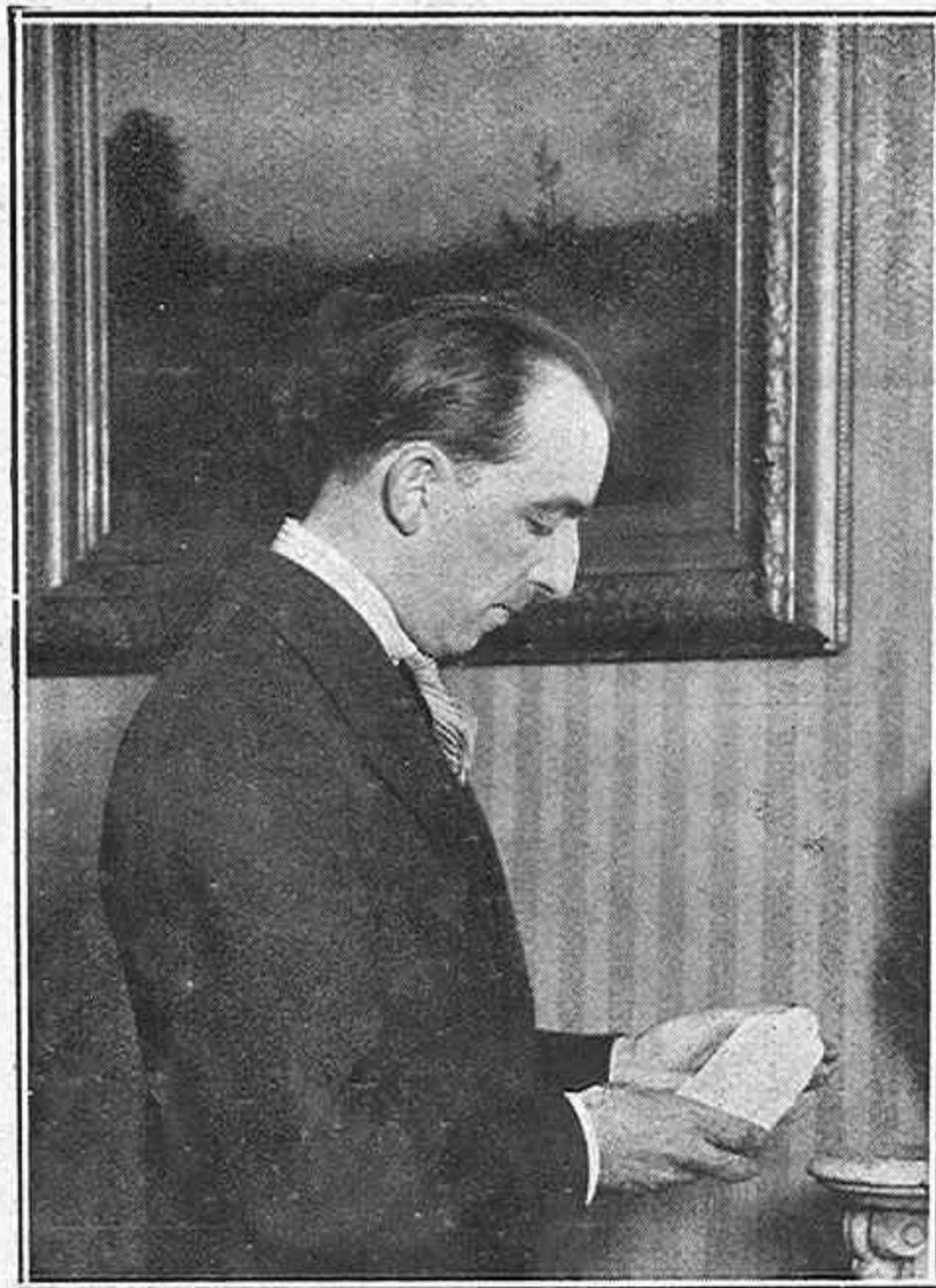
Pastilla, 1,25 en toda España.

**PERFUMERÍA GAL. - - MADRID**

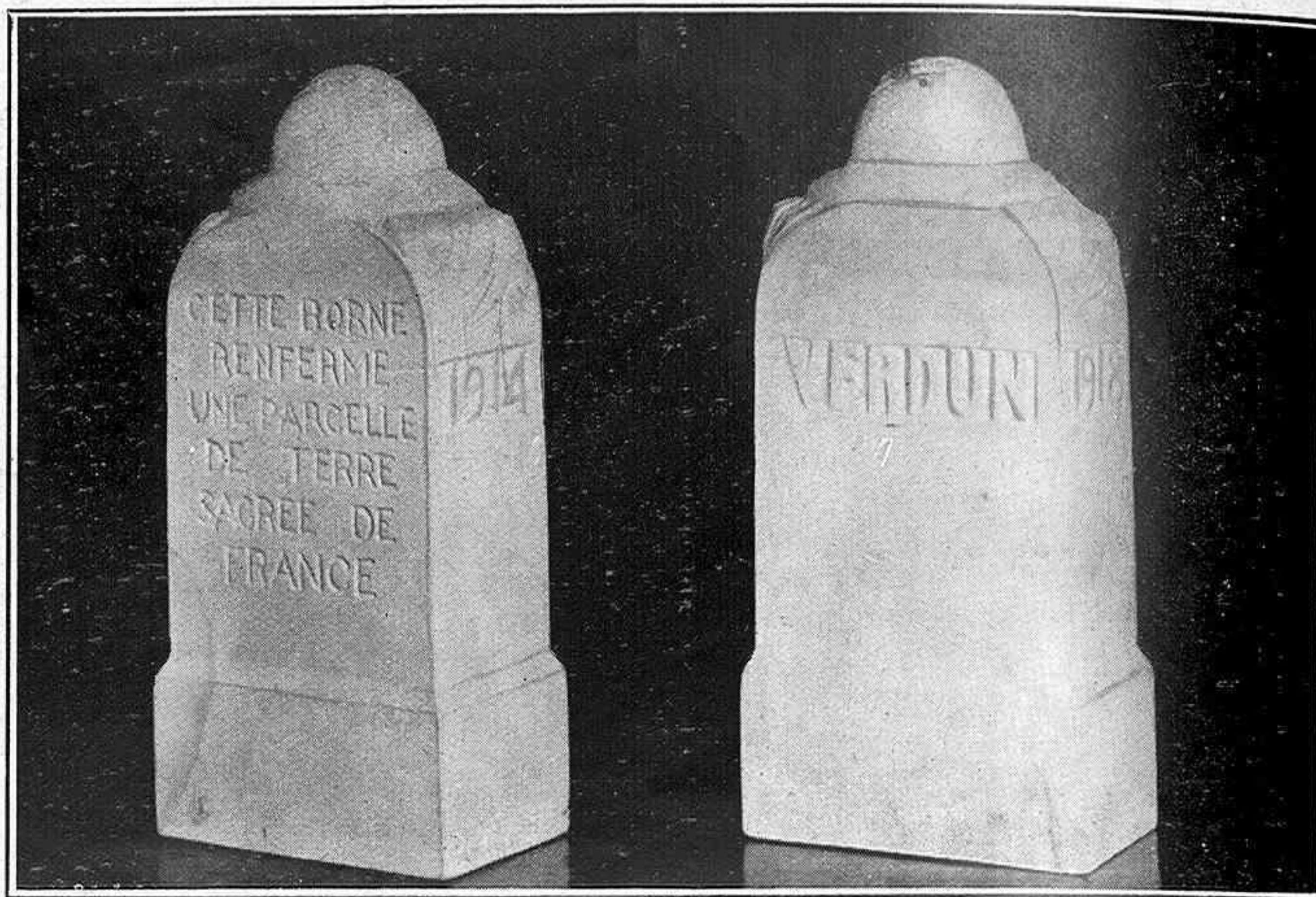


## HEROICOS RECUERDOS UN POCO DE TIERRA SAGRADA

Es evidente que París ha cambiado de corazón. París ya no es cordial. En la vorágine se ha fecundizado la semilla de una xenofobia que no sabemos quién ha sembrado. Pero que existe. Los sonidos de una lengua extraña despiertan entre los franceses unas hoscas actitudes de malestar. Por mi parte, estoy seguro de que en un día más ó menos próximo ocurrirá algo definitivamente desagradable. Pero París sin



**GASTON DEBLAIRE**  
Escultor francés que ha modelado pequeños guardacantones que encierran tierra francesa



Los pequeños guardacantones que modela Deblaire, y que guardan puñaditos de tierra recogida en Verdún

los extranjeros no sería París. Y esta verdad, de la que particularmente los periodistas parece que se esfuerzan ahora en dar á entender la gran importancia, es lo único que reduce un poco las animosidades de los franceses ante los extranjeros. Por fortuna, ya no tiene impulsiones el romanticismo. Si los tuviera, se hubieran quedado solos los franceses en París. La necesidad de una tolerancia benéfica es el único freno de su verdadero espíritu actual.

El caso es que en el fondo tienen razón los franceses. Y aunque no la tuvieran. Después de Verdún y del Marne, que son las gestaciones de la Europa contemporánea, nos es forzoso mirar á la República como un poco hijos suyos. Es la segunda patria de todos los hombres nacidos en el occidente europeo. Sin las vidas de los franceses periclitados en el Marne y en Verdún, ¿cuál sería ahora nuestra suerte?

Es preciso recordar de tiempo en tiempo estas evidencias. Y es preciso saber que Francia, por haber envejecido, se transforma, de alegre cortésana, en abuelita gruñona. Nuestro deber es respetar sus manías. El nacionalismo es, en realidad, lo más desagradable. Pero hay que tener en cuenta que nosotros no hemos perdido nuestra juventud en las batallas de este siglo.

Todas estas verdades han sido materializadas por Gastón Deblaire, escultor francés que fué soldado en la gran guerra. Un día, Gastón Deblaire cumplió el deber de hacer á Verdún la peregrinación á que realmente todos estamos obligados. Gastón Deblaire hubo de sentir con una dolorosa intensidad las emociones que despierta aquel panorama sagrado. Yo os aseguro que sobre la tierra obscura de Verdún es muy delicado aventurarse serenamente. Nos asalta el supersticioso temor de pisar un muerto olvidado ó de ensangrentarnos los pies. Creemos descubrir ante nuestros ojos la imagen de la terrible metamorfosis del envejecimiento de la abuela Francia. En aquel panorama todo es fantasmagórico. Entre los árboles mutilados y sobre la tierra, con el vientre aun abierto, deambulan millones de sombras. En el aire mismo parece que han dejado las balas y los obuses huellas entrecruzadas como los hilos de una enorme red que extiende sus cruces sin número entre la tierra y el cielo.

Gastón Deblaire, tomado de un fervor místico, tuvo la idea de encerrar en unos pequeños guardacantones, modelados por él, puñaditos de tierra santificada por la sangre de los héroes desaparecidos. El barro con el que se reproducen estos guardacantones primorosos está hecho con tierra de Verdún. Lo que se encierra en ellos pertenece á los campos de las grandes batallas. El producto de la venta de estas reliquias está destinado á la «Asociación de las Caras Rotas», que es el más trágico grupo de heridos de la guerra que existe. Pobres guerreros sin rostro condenados á esconder en los rincones su gloriosa fealdad.

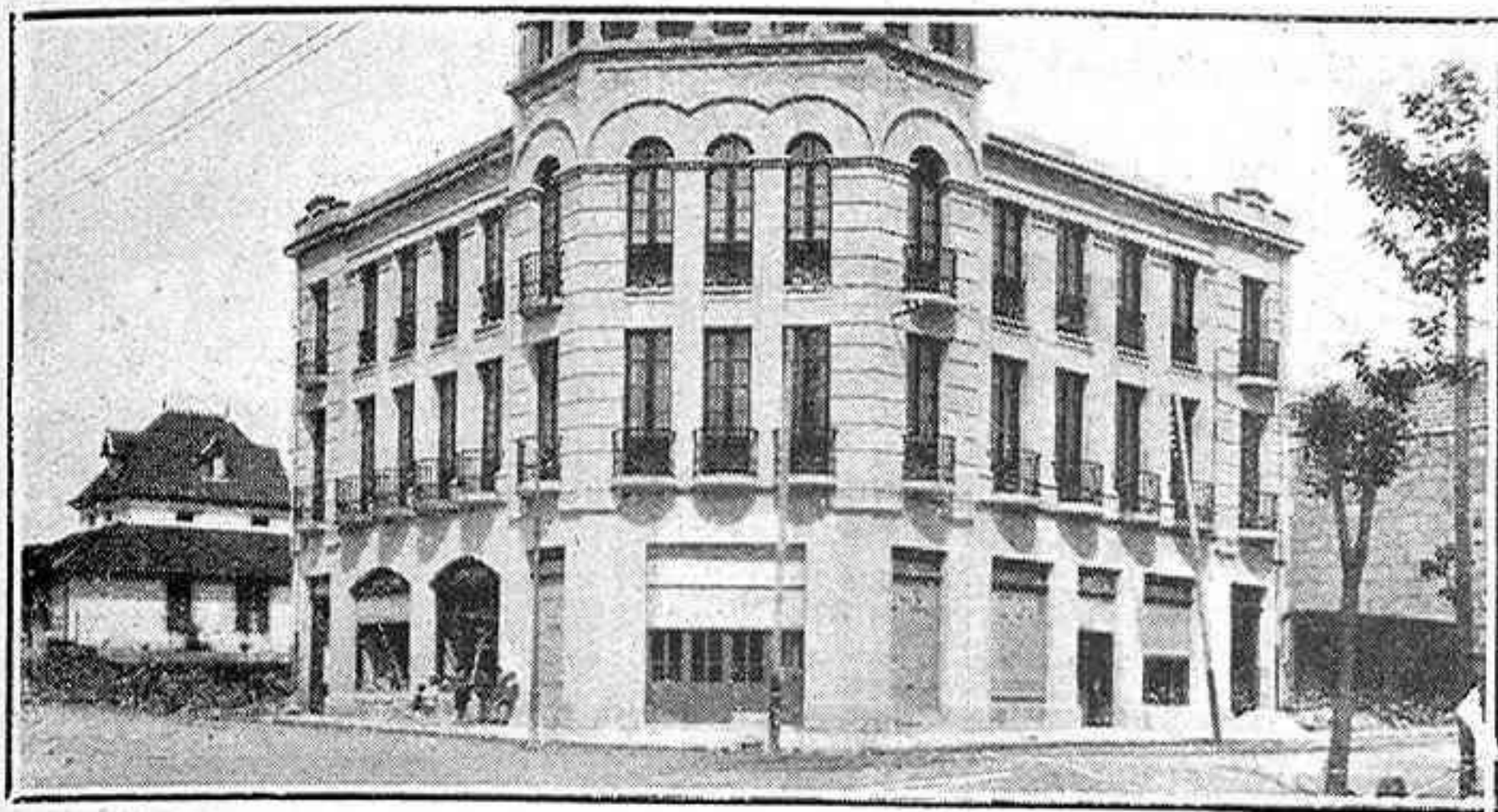
Yo tengo sobre la mesa donde escribo un pequeño guardacantón de los modelados con barro de Verdún por Gastón Deblaire. Cuando alguna vez regreso á mi taller con la lucha en el espíritu de un gesto hostil recibido en la calle, tomo entre mis manos la reliquia, y á su contacto disculpo al xenófobo desconocido.



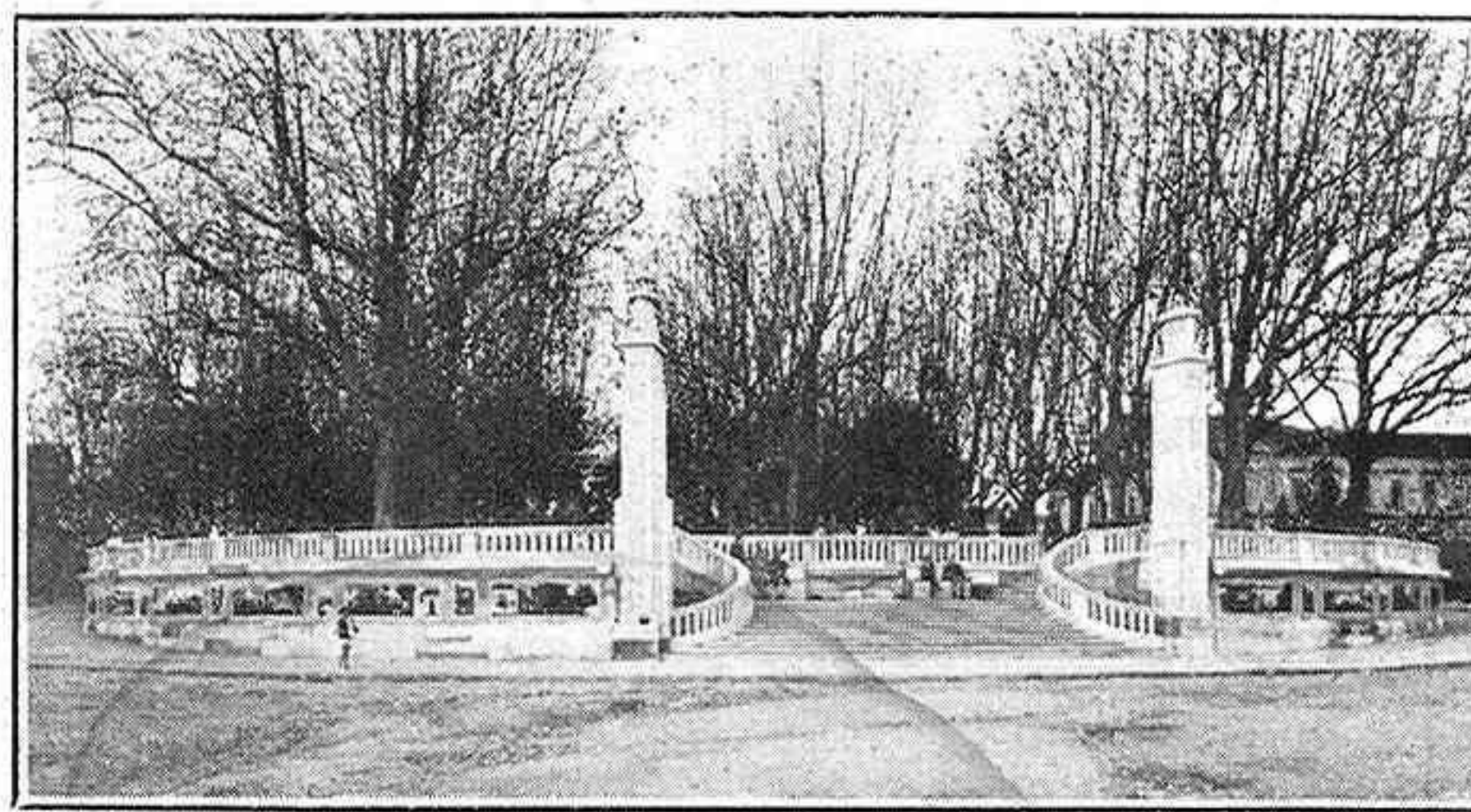
El taller, en Alsacia, donde se preparan los recuerdos heroicos que ideado Gastón Deblaire

CEFERINO R. AVECILLA

# « LA ESFERA » EN VIGO



Magnífico edificio construído en Pontevedra por el arquitecto D. Emilio Salgado Urtiaga, cuya estructura exterior es de sillería y los forjados interiores de cemento armado



Escalinata monumental de sillería granítica y basáltica de las canteras de Villagarcía, cuyo autor es el joven arquitecto D. Emilio Salgado Urtiaga



DON EMILIO SALGADO URTIAGA  
Inteligente arquitecto vigués

La arquitectura moderna en Vigo ha llegado á adquirir una nota interesante para el turista.

Esta gran población gallega se desenvuelve de una forma progresiva en su riqueza comercial, teniendo su manifestación más elocuente en la grandiosidad de sus edificios, que cada vez son más y mejores. Unos arquitectos jóvenes, con temple y técnica, han llenado á Vigo de verdaderas joyas arquitectónicas, que le dan á la ciudad un moderno aspecto de urbe europea.

Los arquitectos, que con sus maravillosas concepciones artísticas han contribuído en gran parte á este embellecimiento de la población, son D. Jenaro de la Fuente y D. Emilio Salgado, de quienes se admira la exquisitez de sus inspi-

raciones y el gusto del detalle en sus proyectos, con cuyas cualidades, ya que cuentan con todos los elementos necesarios para la ejecución de aquéllos, no es de extrañar cuantos encomios de ellos se oigan por toda aquella región.

Don Jenaro de la Fuente, como arquitecto municipal de Vigo, tiene realizadas obras de urbanización que patentizan la justa fama de que goza, así como D. Emilio Salgado, arquitecto municipal de Pontevedra, en donde tiene ejecutadas varias obras urbanas, siendo autor del magnífico plano de alineaciones y rasantes de la capital, proyecto de apertura de importantes calles, ya realizados, y director de las obras de traída de aguas y alcantarillado.

## EL CONTRATISTA D. BENITO LORENZO RIVEIRO V I G O

Este importante contratista vigués, dedicado al negocio hace unos treinta años, tiene consolidado su prestigio con todos los arquitectos de la región, ya que con todos ha colaborado con resultados satisfactorios, debido á su táctica y conciencia del ramo.

En su despacho de la calle Placer, núm. 43, nos recibió amablemente el Sr. Lorenzo, quien á nuestros ruegos nos hizo mención de cuantas obras importantes ha ejecutado, de las cuales recordamos la casa del Sr. Durán, Banco de Vigo, casa propiedad de D. Luciano González, en la calle de Pablo Morillo; en la calle de García Ollorqui, la casa del doctor D. Enrique Lanzós, y la de D. Leandro Figueroa; en la calle del Marqués de Valdares, una casa del Sr. Sánchez Puga, y otras muchas.

Actualmente tiene en construcción, con los Sres. Barreras, la Plaza de Abastos de Villagarcía, obra de considerable importancia.

Para obras de gran amplitud, y en donde la capacidad del señor Lorenzo se hace insuficiente, tiene como socio al inteligente contratista D. Francisco Alvarez Coloré, yendo ambos unidos en todos aquellos edificios que más poderosamente han llamado la atención.

Los Sres. Alvarez y Lorenzo tienen ejecutadas importantísimas obras, y que recordemos son: la casa de D. Máximo de la Riva, en la calle de Colón; la de D. Eugenio Domínguez, en la calle Eldmayen, y la de D. Emilio Méndez Branda, en la calle Urzáiz.



Proyecto de edificio en construcción, cuyo arquitecto es D. Jenaro de la Fuente y los contratistas D. Benito Lorenzo y D. Francisco Alvarez Coloré

## FUNDICIÓN DE HIERRO Y BRONCE DE D. MANUEL MALINGRE LUDEÑA O R E N S E

Deseosos de reflejar en estas informaciones todo lo importante y digno de mención que existe entre lo más floreciente de la industria gallega, sería un olvido imperdonable si, al hacerlo, pasásemos por alto la ya harto conocida y acreditada fábrica de fundición en general y fumistería de D. Manuel Malingre, que desde tiempos muy pretéritos viene trabajando con lisonjeros éxitos.

Acompañados por su inteligente propietario D. Manuel, fuimos recorriendo los talleres amplios, bien acondicionados y montados con arreglo á los más modernos adelantos.

En los talleres, donde encuentran ocupación infinidad de obreros, se advierte la buena organización y firme cimentación de una industria que, debido al esfuerzo y desvelos de su propietario, ha sabido colocarse á la cabeza de sus similares.

Don Manuel Malingre, hombre de energías, iniciativa y laboriosidad, ha introducido en el ambiente de su fábrica el temple y competencia de su personalidad, consiguiendo que todo el personal que bajo sus órdenes trabaja, rinda con su estímulo el producto que á todos les es beneficioso.

Los trabajos que en esta Casa se realizan son: instalaciones de calefacción central, independiente y combinada con cocina; columnas para edificios; balconadas y balaustradas; máquinas y carros para aserrar madera; prensas y estrujadoras para vino; cocinas económicas tipo «Bilbao», para particulares, asilos, hoteles y grandes establecimientos, etc.

Esta Casa ha instalado muchas fábricas de aserrar y molinos harineros, y construído todas las cocinas económicas para la Marina de Guerra, hospitales y cuarteles. Estos detalles ya acusan la importancia de la Casa de D. Manuel Malingre.

## EL CONTRATISTA DE OBRAS DON ANTONIO GONZÁLEZ ROMERO



DON ANTONIO GONZALEZ ROMERO  
Inteligente contratista

EN cumplimiento de nuestro deber informativo para dar á conocer á nuestros lectores la más detallada idea de la manifestación industrial y artística actual en lo concerniente á la construcción moderna, hemos tenido la satisfacción de estrechar la mano de nuestro distinguido amigo D. Antonio González Romero, que en tantas ocasiones supo manifestar el temple de su espíritu y competencia técnica en el ramo de construcción.

Desde su juventud hizo destacar su valía en

tre sus compañeros, adquiriendo un prestigio á su firma dentro del ramo.

En su despacho de la calle del Conto, núm. 17, fuimos recibidos por D. Antonio con su amabilidad peculiar, haciéndonos mención, atendiendo á nuestros ruegos, de todas cuantas obras sobresalientes tiene ejecutadas en Vigo.

Este prestigioso industrial está dedicado al negocio de contratación de obras desde los veintidós años de edad, debutando entonces con la ejecución de la obra del edificio de la calle de Montero Ríos, propiedad de D. José María Viertes Fornos, en cuyo trabajo dejó bien patentizada su competencia, razón por la cual hubo de contribuir más tarde en la realización de todas las importantes obras que en Vigo se emprendían, así como la casa de Simeón García, en la Puerta del Sol; casas del Banco Español del Río de la Plata, en la Plaza de Colón; casa y oficinas de *El Faro de Vigo*; cinco casas de D. Augusto Alvarez Granada; casas de D. Manuel Rodríguez Bonín; casa esquina á Montero Ríos, propiedad de Suárez Hermanos; casa de D. José Carballo, en la calle de Urzáiz; la de D. Ramón Arbones; otra para D. Fernando Rodríguez, en la calle de Urzáiz, y muchas más también importantes, de las que sentimos no recordar de momento.

Todos estos edificios de gran magnitud han llamado poderosamente la atención de cuantas personas, tanto técnicas como particulares, las han visto.

El Sr. González Romero, hombre laborioso é inteligente que en toda ocasión dejó huella de su valía, ha llegado á adquirir, dentro del ramo constructor, un puesto preeminente.

Como complemento para el negocio á que con tanto éxito se dedica, tiene instalado un magnífico taller de carpintería con toda la maquinaria que la moderna industria de este orden requiere, y en el que trabajan muchos obreros competentes bajo la experta dirección de su propietario, D. Antonio González Romero.

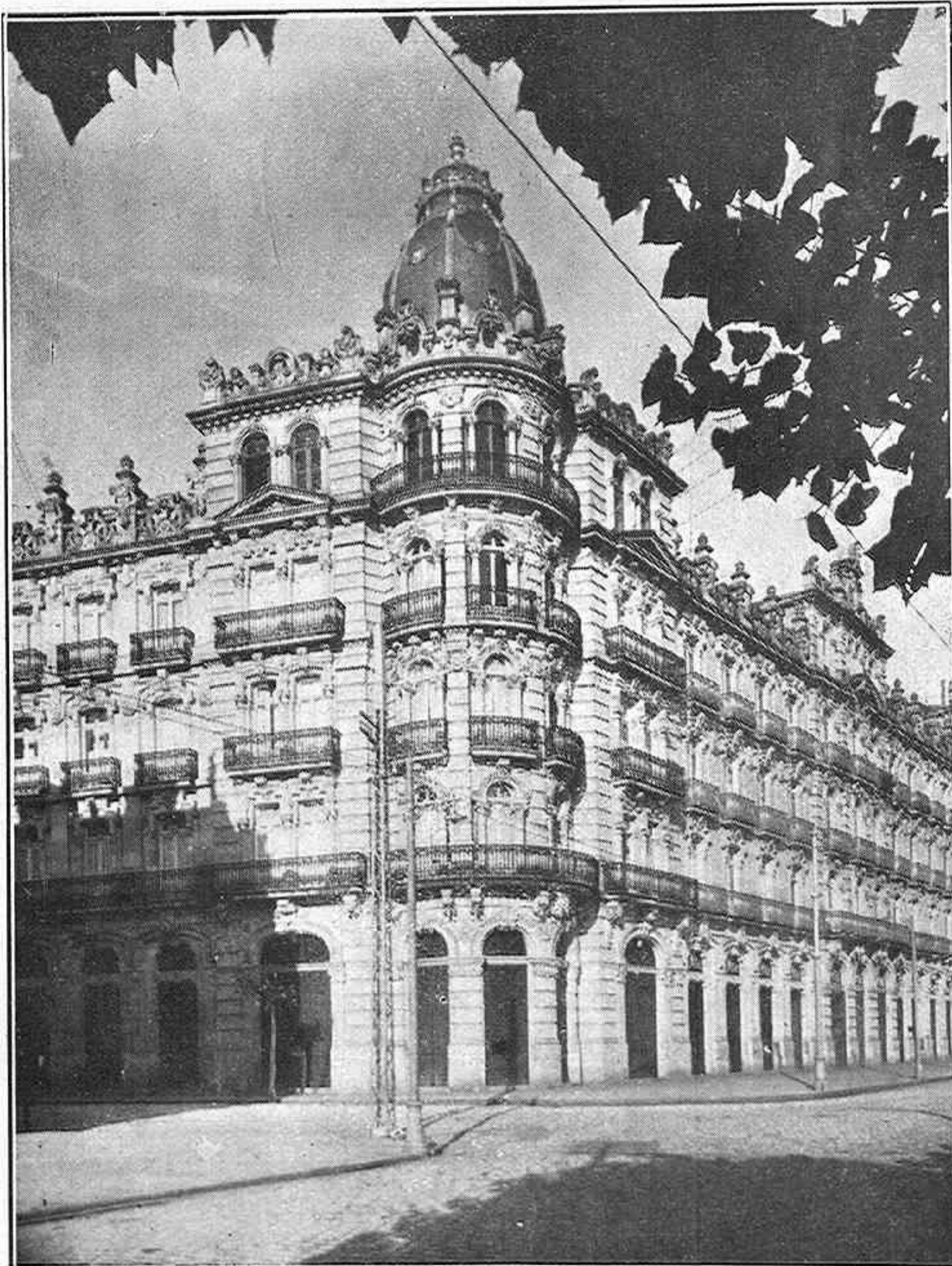
D. Antonio González Fresco, hijo del inteli-



Casa Simeón García en la calle del Príncipe y Puerta del Sol, cuyo contratista ha sido D. Antonio González Romero

gente industrial que nos ocupa, guiado por el estímulo de su padre, ha llegado á conseguir, en los nueve años que lleva en el Brasil, un puesto sobresaliente en el ramo y una figura eminente en todos los aspectos donde ha esparcido su actividad, estando construyendo en la actualidad el puente de Río de Janeiro.

¡ Por todos cuantos éxitos ha llegado á conseguir el Sr. González Romero, como asimismo su hijo, le enviamos desde estas columnas nuestra más efusiva felicitación.



Edificio de la familia señores de Bonín, en la calle Arenal, construido por D. Antonio González Romero



Edificio de los Sres. Suárez Hermanos, construido por D. Antonio González Romero